

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13 - 19 enero 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 424

PLENOS PODERES



**STALINISMO EN EL
KREMLIN; DECISION
EN EL CAPITOLIO**

TRAGEDIA EN EL MONT BLANC, por Luis Lo-
sada (pág. 22). * Este año, los obispos españoles
harán la visita «Ad limina» (pág. 9). * La condesa
Quintanilla entre las diez mujeres más elegantes
del mundo (pág. 13). * Tradiciones y fábulas alpu-
jarreñas (pág. 17). * Entrevista con Dolores Medio
(pág. 27). * El drama del desierto (pág. 32). * El
libro que es menester leer: «Las nuevas dimensiones
de la paz» (pág. 44). * Entrevista con el Premio
«Nadal» 1957. (pág. 49). * El caso del doctor Adams
a punto de desvelarse (pág. 53). * EL COLORIN,
cuento, por José Miguel Naveros

RELEVO DE POTENCIAS EN EL ORIENTE MEDIO

Lengua
sucia?



Pocas ganas de comer y lengua sucia, son indicio de un trastorno gástrico. Se impone la limpieza. Pero suavemente, naturalmente como si de la fruta fresca y madura se tratase.

Un purgante sólo debe darse cuando el médico lo prescriba.

"Sal de Fruta" ENO, laxante natural, suave y eficaz que actúa fisiológicamente. Los niños lo apetecen por su buen paladar y por su acariciadora efervescencia.

ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

LAXA SUAVEMENTE



LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID

El Presidente Eisenhower, en el momento justo de terminar el mensaje que inicia una nueva etapa internacional en Norteamérica



PLENOS PODERES

STALINISMO EN EL KREMLIN; DECISION EN EL CAPITOLIO

RELEVO DE POTENCIAS EN EL ORIENTE MEDIO

DESDE los jardines del Capitolio se domina ampliamente el panorama increíble de la ciudad. Apunta, afilado y blanco entre las ramas de los árboles, el monumento a Washington. A un paso del Congreso, por la avenida Pensilvania, suben los tranvías verdosos el tramo más alto de la ciudad. En el césped, de cara a los niños, las libres ardillas suben y bajan, huyen rápidas o comparten el pan de las señoras tranquilas.

En este escenario, donde la cúpula del Capitolio lo llena todo, se ha celebrado la apertura del LXXXV Congreso de los Estados Unidos. Antes de las doce del sábado día 5, quién más, quién menos de los representantes del Congreso, repetía el gran tópico de este año: «Jamás, hasta el momento presente, un Presidente de los Estados Unidos se había presentado delante del Congreso con anterioridad al mensaje tradicional sobre el «estado de la Unión»...

Sin esperar, pues, a la apertura «oficial» que lleva por sus



Nixon y Sam Rayburn, «speaker» del Congreso, de pie, detrás de Eisenhower, en el momento que recibe éste la ovación de bienvenida

aguas el programa legislativo del año, Eisenhower ha querido, y obtenido, sin género de dudas, un escenario de universal expectación para su exposición. Cuando a las doce y media de la mañana la alta voz del «comandante civil», cargo que recuerda al viejo sargento de armas, anunciaba al Presidente de los Estados Unidos, dos hombres, Richard Nixon y Sam Rayburn, *speaker* de la Cámara, se acercaron para estrechar su mano. Esto forma parte del protocolo. Acallada la tradicional ovación de bienvenida, Eisenhower, después de ponerse las gafas, abrió un portafolios de cuero negro y comenzaba la lectura.

Es evidente que el Presidente había escogido, con gran habilidad política, lo excepcional de su presentación para afirmar, aun antes de definir públicamente su posición, la importancia extraordinaria que concedía al Oriente Medio.

LA CONSULTA A LOS MAS DESTACADOS MIEMBROS DEL CONGRESO

Días antes de la apertura del Congreso, Eisenhower había llamado a consulta a los hombres más destacados del Senado y del Congreso. El asunto, exteriormente, parecía delicado porque en las dos Cámaras la mayoría es demócrata. Insignificante en el primero, pero de cierta importancia en el segundo, donde los 48 Estados están repartidos de la siguiente forma: demócratas, 234 asientos; republicanos, 201.

Sin embargo, el peso centrista del Congreso forma siempre, por encima de los partidos, una enorme ala moderada que difícilmente deja de aprobar las proposiciones legislativas del Presidente. Desde el punto de vista de lo puramente parlamentario las últimas elecciones norteamericanas han puesto sobre el tapete un hecho curioso: que sean los demócratas quienes hayan tenido el privilegio de «organizar» las Cámaras y designar los presidentes de las grandes comisiones.

Así se da el caso que el Presidente «republicano» a la hora de las consultas sobre el Oriente Medio estuviera rodeado, en buena parte, por demócratas. Hay excepciones, sin embargo. Fundamentalmente la de Teodoro F. Green, que encabeza la de Relaciones Exteriores. Sería importante advertir que un país donde la juventud tiene tanta fuerza, las diez comisiones más importantes quedan bajo la dirección de hombres de mucha edad: cuatro pasan de los ochenta; tres, cerca de los setenta, y del resto el más joven tiene cincuenta y uno.

LA «DOCTRINA EISENHOWER» ES LA SALIDA REALISTA A UN RELEVO INEVITABLE

Antes que otra cosa, el Plan Eisenhower para el Oriente Medio es el planteamiento oficial y realista de un hecho histórico: el relevo de las naciones inglesa y francesa que, por siglos,



Como contraste, la represión húngara. Las tropas soviéticas ocupando las calles de Budapest

ocuparon la posición dominante en aquellos territorios. Su expulsión y ocaso parcial o total de su influencia coincide con la presencia de Rusia en algunos países árabes. Era inevitable, entonces, a menos de resignarse a ver adelantarse los peones soviéticos en el Mediterráneo, con todas sus graves consecuencias económicas y militares, ocupar el puesto que aquellas naciones dejaban. ¿Pero se producirá el relevo sin tropiezos grandes?

No se puede olvidar, con relación a ello, un suceso verdaderamente importante: que la «doctrina Truman» dedicada a defender Asia tuvo por último bastión a Turquía. Hoy en día, en los momentos actuales, al elaborar el nuevo sistema defensivo, Eisenhower tiene que plantearlo en un terreno entonces todavía potentemente instalado en manos occidentales, pero que en poco más de un lustro han movlizado enormes fuerzas nuevas.

Hasta qué extremo este sentimiento de relevo se ajusta a la verdad, se acentúa viéndolo en todas y cada una de las posiciones adoptadas por el Oriente Medio. Justamente en los momentos que Eisenhower reunía en los salones de la Casa Blanca, el día 2, a los jefes de las comisiones del Congreso, el Gobierno egipcio denunciaba el tratado de amistad con Inglaterra firmado dos años antes: el 19 de octubre de 1954.

La importancia de la ruptura se advertirá cuando se diga que una de las cláusulas del pacto suponía el derecho de Inglaterra de enviar tropas al canal de Suez en caso de cualquier ataque contra un Estado árabe o contra Turquía era lo mismo.

«SI LA AGRESION SE PRODUJERA, OBLIGARIA A ESTADOS UNIDOS A UNA ACCION MILITAR»

La doctrina militar de Eisenho-

wer, en líneas generales y esquemáticas, queda circunscrita a tres grandes razonamientos:

a) El apetito imperialista de Rusia puede conducir su política a la penetración armada del Oriente Medio.

b) Si esa agresión se produjera provocaría una cadena de reacciones, que, «yo tengo razones para creerlo» —advertía—, obligarian a los Estados Unidos, de una forma casi automática, a emprender una acción militar.

c) El convencimiento de que esa peligrosa eventualidad desaparecerá expresando de una manera terminante nuestra decisión de defender el Oriente Medio.

LOS PLENOS PODERES

Con un Congreso en manos de los demócratas, el mensaje de Eisenhower tiene, no obstante, la suficiente habilidad para hacer frente a la cuestión clave de la doctrina: los plenos poderes para utilizar las Fuerzas Armadas americanas. Aunque parece evidente que, dadas las consecuencias que tendría, el Presidente norteamericano obtendrá la mayoría necesaria en el Congreso, Eisenhower utiliza dos cláusulas moderadoras a la principal exigencia. Así... aun cuando insiste en la necesidad de la autorización para utilizar el Ejército en caso de necesidad subordinada a la intervención americana a la previa solicitud del país víctima de la agresión bélica «de cualquier nación controlada por el comunismo internacional».

Une a esa primera modificación otra segunda: la necesidad de obtener la autorización suprema del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

En los dos casos es evidente que la concesión de los plenos poderes en ese sentido implica ya una enorme capacidad de potencia activa, que no puede ser desconocida para nadie.

EL CONGRESO ANTE EL PLAN DEL PRESIDENTE

Después del discurso presidencial, la Comisión de Asuntos Extranjeros se inclina por depositar un proyecto de resolución conjunta de las dos Cámaras que «autorizará al Presidente de los Estados Unidos a emplear las Fuerzas Armadas americanas para asegurar y proteger la integridad territorial de toda nación o grupo de naciones, en el Oriente Medio, que solicitaran esa asistencia contra una agresión armada de parte de cualquier país colocado bajo el control del comunismo internacional...»

Las líneas generales de este proyecto son aprobadas, con mayor o menor agrado, por el conjunto total de representantes del Congreso, aunque no por eso dejará de asistirse durante algún tiempo a los debates parlamentarios y a las audiciones de los grandes personajes ante la Comisión del Exterior.

TRES PERIODISTAS SON OIDOS POR EL CONGRESO

En un país de tan enorme difusión de la Prensa diaria existe un importante grupo de periodistas que goza de una indudable solvencia internacional, aparte de ser considerados como expertos en los problemas mundiales. Atendiendo a esa sanción pública el Congreso ha solicitado a tres célebres periodistas que accedan a presentarse en las Cámaras para exponer allí su criterio personal sobre la evolución de los últimos acontecimientos. Estos tres periodistas son: Hanson Baldwin, cronista militar del «New York Times»; Ed Morrow, comentarista de la televisión y de la radio y, por último, el famoso Walter Lippmann.

Una serie de sucesivas personalidades han sido llamados para que expongan su opinión. Entre ellos los antiguos Presidentes Hoover y Truman, así como dos ex secretarios de Estado: Dan Acheson y George Marshall.

De esta forma, en medio de universal interés, va tomando cuerpo la «doctrina Eisenhower» en el seno de la nación, pero no sin que ésta olvide que el Presidente se ha caracterizado, hasta el presente, por su estilo moderador. La revista «Newsweek» llega a señalar que Eisenhower sigue manteniendo correspondencia con el mariscal ruso Zukov, que puede convertirse de la noche a la mañana en el verdadero poder militar de Rusia. Esta es, al menos, la partida que se juega.

MUCHOS DOLARES DE AYUDA AL EXTERIOR

Recientemente, la importante revista americana «U. S. News and World Report» advertía que el año 1957 sería, otra vez, un año de grandes planes financieros de ayuda al extranjero.

Todo hace pensar que el Congreso tendrá que votar igualmente los 400 millones de ayuda especial para el Oriente Medio aparte de los que pudieran corresponderle en los planes generales de Ayuda al Exterior.



He aquí un mes de la Historia: febrero de 1956. Hay estatuas de Stalin abatidas en Rusia

EL
NTE
den-
Ex-
itar
jun-
uto-
st-
uer-
ana
ad-
7-
nte
sis-
ar-
ois
co-
este
ma-
con-
del
de
gún
nta-
los
omi-

SON
ON

di-
ciste
dis-
able
e de
rtos
ales.
lica
tres
un a
para
onal
mos
erio-
ring.
ork
aris-
adio
alter
perso-
pa-
En-
ntes
dos
an

o de
ando
wern
no
resi-
asta
ode-
lle-
r si-
ncia
que
ne a
oder
me

DE
OR
ante
News
qua
año
s de

Com-
men-
a es-
edio
or
gente



Un momento de euforia. Bulganin y Krustchev, en los días de la coexistencia pacífica y la desestalinización. Sólo hace unos meses

Aun así, toda la doctrina Eisenhower puede tropezar con inconvenientes graves que sería injusto desconocer desde el principio y que corresponden, en cierta manera, al carácter de encrucijada que van teniendo en esa región del mundo los problemas.

Uno de ellos, de enorme importancia, es la doble incógnita de la apertura del canal de Suez al tráfico internacional y el acuerdo y solución del dilema israeliárabe.

«Mi programa — decía Eisenhower — no resolverá todos los problemas del Oriente Medio. Existe el problema de Palestina y el de las relaciones entre Israel y los Estados árabes. Queda pendiente el estatuto futuro del canal de Suez. Estas dificultades son agravadas por el comunismo internacional, pero existen independientemente de esta amenaza...»

Dejando, en parte, la solución de todo aquel haz de imponderables a las Naciones Unidas se llega a cierta transacción con mister «H», a quien han tenido que hacer frente, al menos durante un par de horas, Foster Dulles y mister Cabot Lodge, representante permanente este último de los Estados Unidos en la O. N. U.

¿LA VUELTA DEL «STATU QUO» ENTRE ISRAEL Y EL MUNDO ARABE?

En realidad, las diferencias entre el secretario de Estado norteamericano y el inquilino del piso 34 del palacio de las Naciones Unidas se cifran en la aceptación o la no aceptación del «statu quo» existente antes de la ruptura de las hostilidades entre Israel y Egipto.

La O. N. U. se limita a reemplazar a los soldados de Israel en el Sinaí y hacerlos retroceder al punto de partida.

Una serie de países, numerosos europeos entre ellos (aun la misma Suecia) consideran que es necesario intentar un planteamiento nuevo que evite, en cualquier momento inesperado, un nuevo conflicto bélico, inevitable si se vuelve a la misma solución.

El punto clave de la discrepancia es el territorio de Gaza. Constituye éste, desde 1949, un punto de constante fricción entre Egipto e Israel. El territorio, banda costera de unos cincuenta kilómetros de largo por diez de ancho es el punto de cita de todos los tiroteos. El hecho cierto es la exigua esperanza existente de que la O. N. U. sea capaz de resolver el problema. Volver al «statu quo», como desea Mr. «H» es la tesis del «aquí no ha pasado nada», pero que deja tras sí pesadas consecuencias, cuyos resultados recaerían, al final, sobre la nación que se ha convertido en mediadora en el Oriente Medio: Estados Unidos. Y todo ello como resultado de la manera poco racional, merced a la cual se planteó fronterizadamente el nuevo Estado de Israel.

Así, ante la negativa de este último país de abandonar el territorio de Gaza, Egipto ha organizado inmediatamente una represalia en gran escala: la prohibición de tránsito a los buques anglofranceses por el Canal mientras no se haya efectuado la evacuación israelí del dramático territorio: una faja de 50 kilómetros.

Con todos estos problemas que, como dice el propio Eisenhower, son independientes de la amenaza soviética, tendrá que contender Norteamérica al hacerse cargo de esa parte del mundo. No hay que olvidar tampoco a su vez, los centenares de miles de árabes que, expulsados de sus fronteras tradicionales, no encuentran acomodo ni ajuste normal a sus vidas en otros territorios. Una suerte, pues, de profundas, variadas y complejas situaciones que requiere



Un árabe, en oración hacia la Meca, de cara a los oleoductos del petróleo, clave del Oriente Medio

ren, con el respeto adecuado a la personalidad histórica y cultural de un mundo histórico, la chispa que prendía una serie de soluciones concretas y serias para cada encrucijada.

Ha de unirse a todo ello el hecho de la ampliación de la influencia rusa en Siria, lo que ha supuesto, en principio, considerables perturbaciones políticas en Jordania y, a su vez, en el Irak, el más importante de los países productores de petróleo en el Oriente Medio después de Kuwait y Arabia Saudita.

Estos siete países del Oriente Medio representan, desde el punto de vista del petróleo, una riqueza inmensa. Desde el punto de vista de las comunicaciones, el eje central de la economía europea. En total, el Oriente Medio, milenario y en trance de grandes transformaciones, nos supera en mucho la cifra de los 42 millones de habitantes.

LA REACCION ES UN NUEVO STALINISMO

Tres acontecimientos, de una forma u otra ligados con el Oriente Medio, se han venido produciendo casi en las mismas fechas: la preparación del Plan Eisenhower, la denuncia del Tratado angloegipcio y, por último, las declaraciones de Krustchev en Moscú proclamando de una manera concreta la vuelta a la política stalinista.

Naturalmente, Nikita Krustchev ha medido, caso raro en él, las palabras que definían, en el plazo de once meses, el más asombroso de los cambios: desde el que proclamó la locura y los crímenes políticos de Stalin, hasta el brindis moscovita en el que anuncia su emoción de haber «crecido en el mundo stalinista, que es el camino natural, cuando se trata de luchar con los imperialistas...»

Pocos diplomáticos occidentales tuvieron ocasión de oír la última gran paradoja del secretario del partido comunista, porque desde las últimas semanas no acuden a ninguno de los actos estatales moscovitas. Explicación: una increíble brutalidad del actual jefe del equipo ruso. Durante una recepción en medio del paralizado asombro de todo el mundo, dió suelta a una de

sus famosas «gaffes» (muy parecida, entre paréntesis, a la pronunciada en Londres, donde, invitado a comer por los laboristas británicos, utilizó los brindis para insultarlos). En esta ocasión se limitó, simplemente, a repetir lo mismo, pero con una última e incalificable agresión verbal: «Les enterraremos a todos».

Es curioso señalar, no obstante, de qué forma y por leyes inevitables que van incursas en el comunismo como tal sistema, hayan tenido que retornar los hombres del Kremlin a los mismos procedimientos que sólo hace unos meses, y a través de una intensa divulgación internacional, fueron calificados como muestra de los más repugnantes crímenes de la Historia. No damos, quede entendido, a las palabras énfasis alguno. Sólo es menester releer las declaraciones de Krustchev al Congreso del partido para encontrarlas mucho más gruesas y dramáticas.

No estaría de más recordar, por ejemplo, aquella alusión del propio Krustchev recordando como Stalin le había hecho bailar ante sus invitados.

LAS CONSECUENCIAS INTERNACIONALES DEL CAMBIO RUSO

La vuelta al stalinismo no es una fase más de la historia de Rusia, sino una grave e imperiosa necesidad interior de la que han de extraerse inmediatas consecuencias internacionales.

Por lo pronto, significa la defensa del primitivo planteamiento «imperialista» de Stalin, por lo que no sería de extrañar que volvieran a aparecer en la palestra las viejas Organizaciones internacionalistas, como la Kominform, que cubrían los frentes de vanguardia en la infiltración política.

El peligro que ha significado la breve alteración de todo el tinglado stalinista ha forzado, dentro del más asombroso descaro, a buscar por los caminos anteriores las fórmulas que hagan posible cerrar las brechas abiertas en el sistema. De ahí que en el fondo el peligro no sea sólo para Rusia, sino para todos los Regímenes comunistas, en general, razón última que explica el

brusco cambio de China al defender en todos los órdenes la política del Kremlin.

No cabe olvidar en este examen de la situación que este nuevo planteamiento de la política «imperialista» de Rusia obedece a reflejos internos. Las necesidades de la vida internacional, represión en Hungría y ocupación y desarme de los más de los ejércitos nacionales de los países soviéticos supone, a cambio, una disciplina «interior» a ultranza, donde cada desviación suponga un proceso legal de terror. He aquí el gran secreto de la esfinge moscovita.

EN EL ORIENTE MEDIO SE PLANTEA EL GRAN PROBLEMA

Muchos días antes de que Eisenhower leyera en el Congreso su mensaje sobre el Oriente Medio, Rusia había reaccionado violentamente contra él, afirmando que, en esencia, constituía un «plan para someter a esclavitud a los pueblos árabes». La verdad es que la decisión norteamericana, que difícilmente podrá ser rechazada por el Congreso, llega en el momento justo: cuando la situación provocada por la pérdida de las influencias tradicionales ampliaba el campo de operaciones de Rusia en una serie de países árabes.

PLAN RUSO: ESTRANGULAMIENTO DE LA ECONOMIA EUROPEA

Es fácil advertir que el equipo de dirigentes del Kremlin especialistas económicos en su mayoría y con un ministro del Exterior cuya mayor especialización política y periodística recae en los temas del Oriente Medio, tenía preparado un plan de enorme importancia en el Mediterráneo: la estrangulación de la economía europea.

Respiraba ésta, en sus líneas generales, por el pulmón estrecho del canal de Suez y se alimentaba por los oleoductos petrolíferos de Arabia Saudita, Kuwait y el Irak.

El simple relevo histórico de Inglaterra y Francia suponía una catástrofe que va mucho más allá del propio significado de Inglaterra y Francia. Es innecesario decir entonces que toda la reacción rusa contra el Plan Eisenhower corresponde, en el fondo, a una resistencia total a que Occidente pueda mantener en la neutralidad pacífica y en el orden interior, mediante grandes préstamos y toda clase de ayuda económica, a los siete países que componen la clave sustancial del Oriente Medio.

Al margen de cualquier otra cuestión, el hecho real es que el Plan de Eisenhower significa la lucha decisiva del mundo occidental por salvar a Europa de un dilema económico cuyas consecuencias serían difíciles de entender. Aparte de que un conflicto en el Mediterráneo supondría la guerra. Lo importante es que el Plan de Eisenhower, una vez establecido y aprobado por el Congreso, posea la fuerza y la energía inicial que el Presidente norteamericano le ha concedido en su mensaje.

Enrique RUIZ GARCIA



Una dramática fotografía de los tiempos de desestalinización: Molotov era la víctima



Los obispos de Coria, Ciudad Real Bilbao y Ma Horca rodean a Su Santidad, después de la pasada visita «Ad lim ina», en 1952

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A ROMA

ESTE AÑO LOS OBISPOS ESPAÑOLES HARAN SU VISITA 'AD LIMINA'

UN BALANCE MINUCIOSO DE REALIZACIONES Y PROBLEMAS

LA última semana, en palacio, ha sido de gran actividad. El vicario ha ido pasando ante los ojos del señor obispo los últimos datos sobre el estado de la diócesis, desde la más pobre y remota parroquia rural a la más boyante parroquia urbana.

—Y esto es todo lo que hay desde su última visita a Roma. Pero antes de partir, debiera de tomarse un pequeño descanso. Ultimamente, el estudio de la relación que ha de presentar a Su Santidad le ha tenido muy ocupado y el viaje es fatigoso.

La mirada del prelado se tiende en el vacío, se alarga hacia las torres y las campanas de Roma. Y parece recordar una por una las piedras de la plaza de San Pedro, doradas, siempre, bajo el cielo azul.

El domingo, en la catedral, ha sido la despedida ante los fieles. Fué durante la misa de diez, después del coro. Habló desde el púlpito:

—Hijos míos, cumpliendo un sa-

grado deber he de observar nuevamente las obligaciones que me impone la misión que desempeño. Esta semana, Dios mediante, debo ir a Roma a rendir cuentas ante el Sumo Pontífice, del estado de la diócesis. Esto es lo que se llama en lenguaje canónico visita «Ad limina apostolorum»...

El pequeño mundo del palacio episcopal apenas se ha alterado. El ambiente íntimo no sufrió el menor aspaviento. El viaje es largo, pero al señor obispo le llega con una pequeña maletita, humilde, limpia, y la cartera con sus papeles de despacho.

La vida diocesana no se interrumpe lo más mínimo. La Cancillería y los restantes departamentos continúan su marcha con el ritmo acostumbrado.

Han quedado atrás los tiempos en que la partida del obispo ocupaba semanas y semanas. Era necesario preparar todos los detalles de aquel viaje interminable que era la visita a Roma. Los coches de caballos e incluso el ferrocarril, han quedado retrasados.

Unas pocas horas, y el avión rozaba las cúpulas romanas como una paloma más de las mil que anidan en los campanarios de la ciudad de las siete colinas.

LA ANTIGUEDAD DE LAS VISITAS

El origen de esta visita es muy remoto. Ya en los primeros siglos del Cristianismo se encuentran las raíces de esta obligación, que habían de cumplir los prelados, si bien la esencia de este acto no era la misma que tiene hoy día.

Entonces, con cierta periodicidad, llegaban de todos los lugares del mundo conocido aquellos que tenían a su cargo el gobierno de una diócesis. Arribaban a Roma con carácter de peregrinos siendo el principal objeto del viaje rendir homenaje a las reliquias de los Santos Apóstoles.

Aprovechando la ocasión des-



El Prímado de España al salir de cumplir con la visita «Ad limina», en 1952

sometidas directamente a Roma. Es decir, las que no dependen de los respectivos metropolitanos.

Ya entrado el siglo XI, la costumbre —pues en puridad no se puede hablar de obligación— se extiende a la generalidad de los metropolitanos, y años más tarde a los obispos, que han de cumplir por sí mismos, o mediante un legado especial, la visita ya entonces denominada «Ad limina».

En las «Decretales» de Gregorio IX —siglo XIII— se la considera ya como «obligación» general. Y en ellas aparece especificada la fórmula del juramento en que los obispos, antes de ser consagrados, se comprometían a ir o enviar delegado, todos los años, «Ad limina apostolorum». Es claro que, en ciertos casos, el Papa podía eximirles de esta obligación.

HACIA LA LEGISLACION ACTUAL

La exención de la visita fué generalizándose con bastante frecuencia, viéndose obligado Alejandro IV, en 1257, a restringir las exenciones. Pese a todo, entre los siglos XIII y XVI, la obligatoriedad de la visita «Ad limina» fué perdiendo vigor.

Con el fin de remediar esta situación un tanto anómala, el Papa Sixto V publicó la bula «Romanus Pontifex», fechada el 20 de diciembre de 1585. Aquí aparece establecido ya, y definitivamente, como una «obligación jurídica» concreta. Ahora bien, Sixto V, más que imponer una nueva obligación, la restauró, dándole un más fuerte vigor.

Ya en una época relativamente reciente, 1740, el Pontífice Benedicto XIV volvió a dar instrucciones con el fin de recordar la obligación ineludible a que estaban sometidos la totalidad de los obispos, y que no era otra cosa que la confirmación de la Bula «Romanus Pontifex».

El año 1909, en un período de crítico «modernismo» religioso, San Pío X, en la Constitución «A remotisimis», estableció las bases, perfectísimas, de lo que se comenzó a cumplir el día 1 de enero de 1911, más tarde enmendado en el Código Canónico, y que concreta la legislación vigente.

DOCE CAPITULOS Y CIENTO PREGUNTAS

Todo está perfectamente controlado. Todo, manejados los hilos de la organización desde el Vaticano, funciona al unísono como sincronizado.

Desde el 1 de enero de 1911 a la visita «Ad limina apostolorum» o simplemente «Ad limina» se acordó confirmarle la periodicidad quinquenal. Todos los obispos del mundo se rigen por reglas simplísimas. Saben que están obligados a dar relación ordenada y minuciosa a la Santa Sede (Congregación Consistorial) del estado de su diócesis. Se logra así el conocimiento perfecto de las pequeñas piezas que forman el gigantesco engranaje de la Iglesia Católica.

En el mencionado quinquenio pasan por Roma todos los obispos del mundo. Los primeros que hablan de realidades y problemas son los obispos de Italia, a quie-

pachaban con Su Santidad y le exponían los problemas y dificultades que encontraban en el gobierno de las respectivas Diócesis. Eran épocas difíciles en que la Iglesia no pesaba todavía la perfección estructural de la época moderna.

Por otro lado, los obstáculos que suponía un viaje a Roma eran inmensos, e infinidad de casos que requerían una solución urgente habían de esperar meses y meses. De aquí que, aprovechando aquella visita de devoción las reliquias de los primeros Apóstoles, se acostumbrase a presentar al Sumo Pontífice un estudio, lo más completo posible de todo lo acaecido en la diócesis, exponiendo, igualmente, las condiciones en que se desarrollaba el apostolado. El Romano Pontífice daba entonces, verbalmente, las instrucciones y directrices oportunas para el mejor desempeño de la misión diocesana.

Hasta el año 1585, estas visitas no tenían una obligatoriedad efectiva. Existía, sí, una relativa obligación moral, que apoyaba a la devoción que se sentía por los

restos de los Santos Apóstoles que descansaban en Roma.

Pero en aquellos primeros años no podía hablarse de una verdadera obligación de los obispos, sino de una costumbre que era bien vista y recomendable desde el Vaticano. En el siglo V, el Papa San León le dió cierto carácter de obligatoriedad al aprobar e inculcar «la buena costumbre» que tenían los prelados de Sicilia de acudir todos los años al Concilio Romano.

No obstante, la actitud de San León no entraña todavía una posición en que deba hablarse de una norma obligatoria. A finales del siglo VI, San Gregorio Magno, partiendo de esta costumbre, que ya iba teniendo un matiz especial, «obligó» a continuarla anualmente. Más adelante, vistas las dificultades que surgían con gran frecuencia para acercarse a Roma, limitó la obligación de la visita a una vez cada cinco años.

Poco a poco, un hecho que en principio no parecía tener especial trascendencia va adquiriendo nueva conformación y sentido. El año 743 el Papa Zacarías extiende esta «obligación» no sólo a las sedes sicilianas, sino a todas las



Ha concluido la audiencia. El estado de la Diócesis ha sido expuesto al Papa. Ante la Guardia Suiza, el cardenal Quiroga, arzobispo de Santiago, posa para el fotógrafo

nes se les asigna la visita «Ad limina» en el primer año.

Después, en el segundo año, es decir, en los años que terminan en 2 y en 7, las cúpulas de la Ciudad Eterna ven desfilar por las calles a los obispos de España, Portugal, Francia, Inglaterra, Suecia e Irlanda.

En el tercero —años que terminan en 3 y en 8— corresponde la visita a las restantes ciudades de Europa para ya, en el cuarto, realizar una pirueta de kilómetros, atravesar el Atlántico y abrazar a los obispos de toda América.

Y, por último, el quinto año se reserva para Africa, Asia y Oceanía.

La visita «Ad limina» no es, en muchos casos, tan simple como parece a primera vista. La dificultad de desplazamiento es un hecho real tanto en los tiempos antiguos como en los que actualmente corren; antes, por la escasez y primitivismo de comunicaciones; hoy, por el inquietante panorama mundial y por las catástrofes de tipo político que se encadenan.

Muchas anécdotas llenas de sacrificio de vivísimo anhelo y callado dolor permanecerán quizá eternamente en el olvido, apri-

sionadas en el pecho de estos obispos que una vez cada cinco años han de tomar el báculo de caminantes y echar un paso tras de otro hasta llegar a Roma.

Hemos hablado de dificultades de los viajes y el dato no es una simple dramatización; buena prueba de ello es el apartado de la Enciclopedia Vaticana, en el que se refiere a los obispos residentes fuera de Europa, que, debido a las diversas causas que puedan contribuir negativamente en el viaje se les permite aplazar la visita al segundo quinquenio, es decir, que tienen la obligación en este caso ineludible, de presentarse en Roma cada diez años.

El conjunto de este hecho natural y ordenado de regimentación interna de la Iglesia católica, por el que se guía la visita «Ad limina apostolorum», puesto al día en la legislación, está contenida en los cánones 340-342 del Código vigente del Derecho Canónico, promulgado allá por el año 1918, en tiempos de Benedicto XV. Realmente la confección de las bases fué aún más prematura, pues, es el caso que esta labor se concreta cronológicamente durante el periodo papal

de San Pio X, que fué quien concretamente legisló la «visita» Ad limina» en su manifestación actual.

El canon 340 dice textualmente:

«1. Todos los obispos están obligados a presentar, cada cinco años al Sumo Pontífice, una relación del estado de la diócesis a ellos encomendada, según la fórmula dada por la Sede Apostólica.»

Esta fórmula fué publicada por la Sagrada Congregación el 31 de diciembre de 1909, especificando las normas a que habían de do las normas a que habían de atenderse los obispos al redactar la do de su diócesis. El 4 de noviembre relación quinquenal sobre el estable de 1918, la misma Congregación creyó oportuno introducir modificaciones en la fórmula, para adaptarla al nuevo Código de Derecho Canónico.

La fórmula que rige desde 1923, comprende doce capítulos y cien preguntas fijas, seleccionadas, comprendiendo todas ellas asuntos graves y complejos, como son las que se refieren al número existente de sacerdotes, al de Seminarios mayores, al de templos



A su regreso de Roma, después de la visita quinquenal al Romano Pontífice, numerosos fieles congregados en la catedral expresan su adhesión al arzobispo-obispo de Barcelona, Dr. Modrego

parroquiales, sin olvidar tampoco las preguntas básicas de tipo religioso, proyectado hacia los fieles, como número de comuniones anuales y formación espiritual de la diócesis.

Las otras dos partes del canon 340 dicen así:

«2. Los quinquenios son fijos y comienzan a contarse desde el 1 de enero de 1911.

«3. Si el año asignado para presentar relación cae, en todo o en parte, dentro del primer bienio, a contar desde la fecha en que se había hecho cargo del gobierno de su diócesis, puede el obispo prescindir por esa vez de redactar y presentar la relación.»

El canon 341 recalca la obligación de los obispos de venerar a su llegada a Roma los sepulcros de San Pedro y San Pablo y de presentarse al Romano Pontífice.

La visita a Roma se divide, pues, en varias facetas, en diversos actos que alcanzan la información y desembocan en la piedad y la veneración. El rendir homenaje a los Príncipes de los Apóstoles orando ante sus restos, es una obligación más, y termina el ciclo en la entrevista con el Vicario de Cristo, en la que, con palabra humilde, arrebujada en el acento de una oración largo tiempo deseada y esperada, el obispo va manifestándole todas aquellas cosas que él quiere, y pasa luego a recibir de labios del Papa los consejos y advertencias que más tarde han de servirle para el mejor gobierno de la diócesis.

Sixto V, en la Constitución «Romanus Pontifex», definió de una vez para siempre ese ilusinado ir y venir de las palabras del Vicario y del obispo. Dijo: «Recreados con el abrazo de la Santa Madre Iglesia y confortados con las palabras paternales del Romano Pontífice, vuelvan más alegres y entusiasmados a gobernar sus diócesis».

Por último, el canon 342 cierra el capítulo que dedica el «Codex»

a la visita «Ad limina apostolorum»:

—El obispo debe cumplir esa obligación personalmente o por medio de su coadjutor, si lo tiene; o con justa causa, aprobada por la Santa Sede, valiéndose de un sacerdote idóneo que resida en la misma diócesis del obispo.

Se ve con claridad que el canon es dúctil, flexible y que, con esta salvedad se salvan dificultades de edad, de salud, que pueden ocasionar la imposibilidad el viaje en muchos casos.

1957: PEREGRINAJE DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES A ROMA

Como ya hemos dicho, los prelados españoles han de realizar la visita los años que terminen en 2 ó en 7. Únicamente en circunstancias muy especiales puede dispensarse de realizarla.

Durante el período que comprendió nuestra guerra de Liberación, los obispos españoles fueron dispensados, en 1937, por el Papa Pío XI. No obstante, algunos creyeron conveniente realizar la visita «Ad limina» y se acercaron a Roma con el principal objeto de recibir instrucciones del Sumo Pontífice.

Esta exención fué prorrogada a causa de la segunda guerra mundial, durante la que fueron dispensados todos los obispos del mundo, excepto los italianos. Pero, como siempre, una gran parte de nuestros prelados realizaron la visita «Ad limina apostolorum» en aquellos difíciles años en que casi la totalidad de Europa era beligerante.

La situación de las diócesis españolas era muy ardua, ya que entonces todavía no se habían cubierto las numerosas bajas sufridas por el episcopado español en la Cruzada de Liberación. Por ello, muchos de nuestros obispos regían más de una diócesis en plan de administradores apostólicos.

El entonces arzobispo de Granada, don Agustín Parrado—hecho cardenal en 1945—, publicó a principios de 1942 una interesante pastoral recordando la exención de los prelados españoles con respecto a la «Ad limina apostolorum». Pese a ello, el doctor Parrado insistía en su decisión de ir a Roma por muy concretas razones: el no haber ido desde 1932, siendo obispo de Palencia; lo avanzado de su edad, que tal vez le impidiese esperar otros cinco años; la situación especial que atravesaba el mundo, hallándose el Sumo Pontífice en un país beligerante y, tal vez, la definitiva, era que estando encargado del gobierno de las diócesis de Jaén, Almería y Guadix—vacantes por el martirio de sus titulares—quería presentar al Santo Padre una completa relación de las destrucciones que habían sufrido los templos de aquellas Diócesis. Y concluía: «¡Son tantas las cosas que han pasado en este decenio a causa de las cuales es convenientísimo oír una palabra de los labios que guardan la verdad y la luz de Cristo en la tierra!».

Luego, pasaron los años, llegó la paz mundial, una paz efímera. Y en el quinquenio 1942-47, por primera vez en la historia eclesiástica de España fueron cubiertas todas las vacantes de las Diócesis españolas. Y ya, la visita, «Ad limina» fué cumplimentada con toda regularidad por nuestros prelados. Únicamente han dejado de asistir—según prevé el Derecho Canónico—aquellos obispos que lleven en sus sedes menos de dos años.

Y... EL REGRESO

El padre Wernz, que murió en 1914, siendo General de los jesuitas y que hoy está considerado como uno de los mejores canonistas de todos los tiempos, estableció la triple finalidad de la visita «Ad limina» en escuetos y telegramáticos comentarios, que no pueden dejarse en el tintero al comentar la legislación que nos ocupa.

He aquí lo que dice: «Triple finalidad: A) Visitar la tumba de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. B) Visitar al Romano Pontífice. C) Presentar la relación del estado de la diócesis.

Esto es, en definitiva, la síntesis total de ese viaje—báculo de peregrino con reflejos de cúpulas de la ciudad de las siete colinas—que comienza con unas palabras de despedida desde un púlpito, al final de cualquier sermón dominical; que se cierra en el pequeño despacho de Su Santidad, y que lleva desglosada en los recuerdos esa triunfal salida del Vaticano, los guardas suizos en perfecta milicia castrense, y las escalinatas de la Plaza de San Pedro, brillando bajo el sol dorado de la tarde.

Gerardo RODRIGUEZ

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas.—: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID



ALINE GRIFFITH, CONDESA DE QUINTANILLA, ENTRE LAS DIEZ MUJERES MAS ELEGANTES DEL MUNDO

UN SECRETO: EL EXITO NO DEBE CONFIARSE A LAS JOYAS

LA MODA ESPAÑOLA IMPRESIONO AL TRIBUNAL DE NUEVA YORK

LOS árbitros de la elegancia, los severos jueces del Instituto de la Moda celebraron va el escrutinio 1956.

Hubo fiesta en el Embassy, de Nueva York. Acudieron las elegantes, las preocupadas señoras que nunca consiguen destacar, las

lejanas damas un poco «sophisticated», las de las extravagancias y las de la sencillez. Quién alta y escéptica. Quién pequeña y dulce.

En medio de todo aquello, los temibles caballeros del Instituto de la Moda, tras de saludar ma-

ridos, amigos y prometidos, sonreír a las damas, secreta o abiertamente, aspirantes, se retiraron tranquilamente. Hasta dos semanas después la lista de las elegantes de 1956 no sería confeccionada. Rigurosa votación secreta, desde luego.



La fórmula de la joven condesa de Quintanilla es siempre la misma: sencillez y personalidad, y para eso una mujer tiene que estudiarse mucho

Y he aquí que en esa lista un nombre sonoramente castellano venía incluido: el de la condesa de Quintanilla.

UNA MUJER QUE NO NECESITARIA SER GUAPA

Aline Griffith, condesa de Quintanilla, desde el año 1947 por su matrimonio con don Luis de Figueroa y Pérez de Guzmán el Bueno, es una mujer alta y morena, de risa luminosa y espléndidos ojos negros. Posee uno de esos rostros que hace veinte años todavía hubiera sido considerado «incorrecto», y que hoy en día son la envidia de las mujeres de facciones impecables. Es decir, nuestra joven condesa tiene, sobre todo en su rostro, algo que no se puede comprar ni pedir prestado: personalidad.

Por esto, por su indudable personalidad, Aline Quintanilla, con

su boca grande, sus labios un poco sensuales, sus ojos rientes y su gracioso pelo corto, resulta una atractiva belleza moderna.

Es más, con el misterioso o alegre, descuidado o señorial de que sabe revestirse según las ocasiones, la condesa podría muy bien prescindir de una cara-guapa. Es una de esas mujeres a las que no le hace falta ser guapa.

Sobra con su figura esbeltísima, con su aire juvenil y señorial a la vez, con el interés y la inteligencia que se desprenden de toda su persona.

Es una de estas mujeres—¡ay!—que con la cara velada y un barigote amplio, hacen, de todas, todas, volver la cara a los hombres.

HISTORIAS EN LA PRENSA

Un día, el día que Eline Grif-



Perfecta comunión entre la elegancia femenina, el antiguo mueble español y el sedoso pelaje del noble animal



Otro de sus secretos es dar a su vida una prenda un matiz personal, cuidando el binomio personaje-escenario

fith y Dester se casó con el conde de Quintanilla y futuro conde de Romanones, la Prensa americana se volcó contando historias sobre la joven condesa.

Eran columnas y columnas, páginas y páginas sobre la vida de Aline en Madrid, el encuentro con don Luis de Figueroa, el idilio, la boda. Algo tan magnífico para la Prensa americana como la reciente boda de Mónaco.

Y entre las fantásticas historias, la relativa a su encuentro no dejó de divertir a la pareja.

Contaban nuestros colegas, «los alegres chicos de la Prensa», en Nueva York, el conocimiento de la hoy condesa de Quintanilla con su marido, situándolo en plena Sierra. Nada de bailes anticuados ni de encuentros de sociabilidad que están pasados de moda. Una carretera solitaria. Un coche averiado. Y al lado del coche, que se



España. La airosa capa hidalga, y al fondo, la típica portada —faroles, arco y escudo— de un palacio extremeño, donde antaño, como dijo el escritor, nacían los dioses

niega a funcionar, una desesperada joven americana. De pronto, un coche en lontananza: la esperanza que se acerca, el Príncipe Azul que llega raudo en su magnífico coche. Se detiene, y el apuesto caballero ofrece a la desamparada joven americana su necesaria y preciosa ayuda. No sabemos si pintarían bandidos con «catites» simpáticos y cantarines recortando sus figuras en lo alto de las peñas. Lo que sí sabemos es que ellos colocaban aquí el punto de partida del idilio.

Se casaron y fuermon felices. Y tuvieron tres hijos: Alvaro, Luis y Miguel.

UNA CONDESA ESPAÑOLA

El secreto entero de la vida de Aline de Quintanilla, el secreto de su éxito está en la sencillez.

De la casa tiene un sentido alegre y dinámico. En ella puede

trabajar, escribir, cuidar de sus tres hijos, de los que se ocupa extraordinariamente, o nadar y jugar con ellos. El pantalón es para ella la prenda casera por excelencia.

Alguien de extraordinaria sensibilidad y de exquisito gusto, escritor para más señales, nos decía:

—Es una de las pocas mujeres a las que no solamente no les está mal el pantalón, sino que está divinamente con ellos.

Efectivamente, la alta silueta de Aline adquiere un gracioso aire de muchacho con esos atuendos caseros de «sweters» y pantalones: pantalones largos, negros, pantalones grises rayados, muy varoniles. Pantalones piratas mil rayas veraniegos o de lana bien caliente. Pantalones, pantalones y pantalones.

Y luego el «sweter», la zamarra

o el chaquetillo, con el pañuelo al cuello. Nuestra condesa está dispuesta así para las mil tareas de cada mañana. Cómoda y confortable, para jugar en el jardín con los niños, para trabajar en sus libros.

Porque la condesa de Quintanilla no es precisamente la clase de mujer que pueda pasar la vida sin hacer nada. Extraordinariamente preocupada como su marido, don Luis de Figueroa, por la decoración, se preocupó desde el primer momento de dar a su casa de Madrid un ambiente determinado: obras de Goya, Tiepolos, Teniers y un respetable número de firmas de pintores contemporáneos adornan las paredes de su hogar.

Un hogar en el que el buen gusto triunfa sobre todas las cosas. Nito Sáez, el joven decorador, que con su hermano el pintor Sáez intervenía en la decora-

ción de la casa, nos contaba de Aline:

—Es extraordinaria. Tiene un exquisito buen gusto. Sabe no amontonar las cosas. El arte de los contrastes lo conoce perfectamente.

LA RESTAURACION DE UN PALACIO EN CACERES Y UN LIBRO

Junto con su marido, Aline de Quintanilla acometió un día la labor de restaurar su palacio de Pascualete en Cáceres.

El palacio de Pascualete es quizá la casa de campo más vieja de España, ya que data de 1240. Restaurar una casa de este tipo, dirigir su amueblamiento y decoración exige una sensibilidad exquisita, y ser realmente un experto en materias de arte.

En la restauración de la casa de Pascualete, la condesa de Quintanilla ha demostrado un entusiasmo y una preocupación por las cosas de España, muy poco comunes. Nada ha sido hecho en aquella casa—restaurada y decorada estilo siglo XV—a la buena de Dios.

Aline se ambientaba y realizaba un esfuerzo tremendo en los archivos familiares. Al mismo tiempo, de acuerdo con su marido, se introducían toda suerte de mejoras agrícolas en la finca.

Y de todo este mundo de Cáceres de todo este trabajo en los archivos en los que ella ha estudiado meticulosamente la genealogía de su marido y llegado a descubrir la estrecha relación que los Golfines han tenido con los actuales Figueras, la condesa deja rastro en un libro del que es autora, y que muy pronto será publicado en Nueva York.

Naturalmente, el libro está escrito en inglés, su Lengua nativa.

SECRETO DE LA ELEGANCIA: LA INTELIGENCIA

Nuestra dama, triunfadora con catorce más en el más alto Tribunal de la elegancia, el Instituto de la Moda de Nueva York, triunfa con la moda española.

Español es todo el estilo de su persona españoles sus gustos, españoles sus modistas.

Pedro Rodríguez, el modista en el que con preferencia suele vestirse, dice de ella que es una de las mujeres a las que viste más a gusto.

—Es el prototipo de la mujer actual.

Si. Así es Aline Quintanilla: el prototipo de la mujer moderna.

dinámica, inquieta, inteligente.

Y es este punto precisamente uno de los más importantes en cuestiones de elegancia: una mujer poco cultivada, poco inteligente, poco discreta, no podrá ser nunca elegante.

La fórmula de la joven condesa es siempre la misma: sencillez y personalidad. Dar a cada prenda un aire personal.

Y para eso una mujer tiene que «estudiarse mucho». Y no sola y precisamente la forma de las cejas o el color que va mejor a sus labios. Se trata de un estudio más profundo e interno.

No olvidemos que una mujer elegante es, sobre todo una mujer depurada. Y que no debe de ser nada artificial. La elegancia que se basa en el tamaño de los diamantes o en el valor de las pieles no es ni será nunca elegancia. La condesa de Quintanilla es una de esas mujeres que jamás han abusado ni de lo uno ni de lo otro.

Pocas joyas: apenas un collar de perlas de tres o cuatro vueltas, que luce con mucha frecuencia con trajes de chaqueta, cóctail o noche.

Pocas pieles: la mayoría de sus abrigos, de impecable corte, son de paño telas gordas, gruesas sedas o fallas, según las ocasiones a las que esté destinado.

Y mucho traje de chaqueta para todo. Mucho «sport», siempre práctico y cómodo.

Y, SOBRE TODO, ESTAR DELGADA

La elegancia, pues, según el ejemplo de nuestra joven condesa, que triunfa precisamente con la moda española, es la de ser extraordinariamente personales en la elección de «trapos».

Ella dice que nunca debemos de llevar lo que nos ofrecen en la tienda, sino lo que *precisamente* queremos.

Y para que esto ocurra la mujer tiene que estar muy segura de los gustos personales. Muy segura de sí misma.

Claro que muchas pensarán en esas ventajas que a Aline Quintanilla le reporta el ser alta.

—Con esa estatura, claro...

O bien:

—Siendo así de delgada, todo resulta...

Si; indudablemente. He aquí otro secreto de la elegancia: la esbeltez. Pero la esbeltez, salvo casos excepcionales en los que el médico deba intervenir, está al

alcance de la mayoría de las mujeres.

Buscarse disculpas para alimentar complejos es lo menos recomendable. Porque la esbeltez señoras mías, no es precisamente el producto de la pereza y la comodonería.

La esbeltez es el producto de una vida activa e inteligente. Y de un cierto cuidado en la alimentación, naturalmente. Pero, sobre todo, es el gran producto de una vida que se ocupa «en algo»

BAILARINA Y CAZADORA

La vida de Aline Quintanilla está llena de ocupaciones. Las obras sociales ocupan muchas de sus horas.

Ella es organizadora infatigable, persona imprescindible.

Y, por otra parte, siempre en su afán por todo lo español—tan española es de aspecto y corazón que en América todo el mundo la cree española—, Aline sigue cursos de baile español.

Alumna aventajada de Pastora Imperio, es una magnífica conocedora de nuestro mejor folklore.

Y además de nadar, caza, caza con zajones, a la buena española, por poner siempre sabor y tradición en todo lo que hace.

Jamás se le ha visto dar una nota de lo que se ha dado en llamar «americanismo». Tan bien le cae la mantilla que nuestra dama saca de ella todo el partido que puede.

Como lo saca del traje de lunares. ¡Ay, Feria de Sevilla, en la que Aline puede parecer una graciosa cortijera!

POR ESPAÑOLA, EXOTICA

Que en todo lo suyo, en sus trajes más simples, hay una entrañable gracia.

Aunque sepa cambiar como nadie el aire que debe dar a este conjunto simple y mañanero o al suntuoso traje de noche, como aquel de lame con encajes españoles que tanto impresionó al Tribunal de Nueva York.

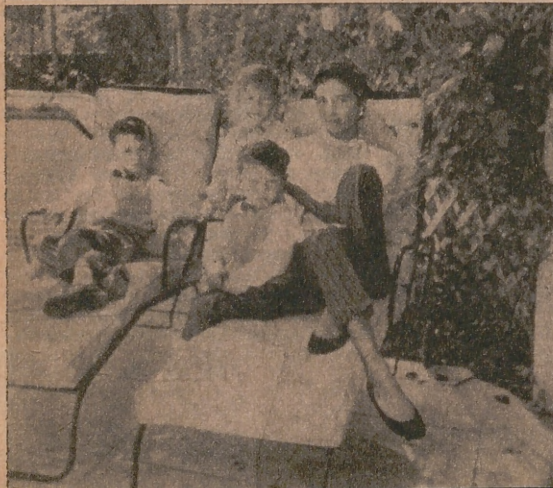
Aline está por la moda española: mejor, más elegante, más original, más sencilla y más barata. ¿Les parece a ustedes poco?

La condesa de Quintanilla no ha olvidado—al contrario, lo sabe muy bien— el misterioso exotismo que en el extranjero evoca el ser española.

Y algo, una pequeña nota exótica, siempre aparece en todo lo de Aline.

Maria Jesús ECHEVARRIA

La máxima virtud de la elegancia es su continuidad. Los hijos son el vivo espejo de la gracia femenina



En la plaza de Trujillo, el atuendo moderno campea sobre el vigor pétreo de la estatua de Pizarro, en contraste que abarca siglos



ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



TRADICIONES Y FABULAS ALPUJARREÑAS

El rugido de la laguna de Vacares y los lamentos de los mártires de los moriscos

En 1573 el pueblo de Bubi6n fu6 repoblado por colonos gallegos



A PIE POR CAMINOS QUE NO RECORRIO ALARCON

Entre el Mulhac6n y la Alpujarra hay siete lagunas, algunas tan llenas de leyendas como la de Vacares. En los meses rigurosos de invierno aparecen heladas

SI en el pueblo que acabo de dejar hubiera una c6mara tomavistas emplazada en esta direcci6n, podr6a captar esta ma6ana la carretera estrecha bordeada a un lado de precipicios y al otro de 6rboles gigantescos y dos siluetas avanzando entre la lluvia. Desde lejos deben de parecer dos puntos negros hincharse por el aire la ropa talar del sacerdote y el amplio abrigo montafiero de la cronista. Mi acompafiante, el se6or cura de Capileira, y yo vamos camino del pueblo de Bubi6n. Bruma, viento, agua. A intervalos tenemos que cerrar los

paraguas. Y una mentalmente se alegra de la idea de viajar sin impedimenta. Mi maleta la dej6 en Granada y s6lo porto ahora mi bolso de calle, uno grande de viaje, y el paraguas. Con esta soltura que da la falta de bagaje se puede hacer frente a todos los imprevistos, ya sea luchar con la intemperie a pie o llegar a los pueblos que asemejan por su altura nidos de 6guilas.

Se sosiega al fin la lluvia y la ma6ana se va levantando en calma. El agua tenaz ha dejado el paisaje de un verde h6medo. Los tajos completamente verticales del

barranco de Poqueira parecen ahora de terciopelo. Vamos bordeando el famoso barranco que queda a la derecha. Todo es de una grandiosidad indescriptible. Los desniveles y la vegetaci6n exuberante y varia hacen que la tierra sea como alfombras colgadas, tendidas de arriba abajo de las hondonadas. Ni siquiera en la Galicia de los panoramas umbrios y sorprendentes hay algo comparable a esto.

—¿A qu6 cree usted, se6or cura, que se podr6a parecer este paisaje?

—Acaso a Suiza.

Las cumbres pasan de los tres mil metros de altitud, en las Alpujarras

La iglesia de Bubión está casi milagrosamente suspendida sobre el barranco de Poqueira

Hasta que un niño tenga conocimiento sería una temeridad dejarlo campar por sus respetos.

Llano aún el pueblo en su entrada. Pregunta don Serafín a un hombre que encontramos:

—¿Tu hermano podría sacar el coche para ir a Pitres?

—No ha venido. Está en Granada desde anteayer. Puede que llegue hoy o puede que mañana.

—Ya lo ve. No hay coche. Quédese, pues.

—No, no. Doce kilómetros creo que podré andarlos.

—Entonces le explicaré el camino. Andará hasta el Empalme, que es una bifurcación hacia Pitres, y para abajo a Orjiva. Después ya, carretera adelante siempre, bordeando la sierra, serán unos nueve o diez kilómetros.

Mientras hablamos, vamos descendiendo por los temibles trancos camino de la iglesia. Mi paraguas me sirve a guisa de cayado para poder sortear las calles pedregosas y sostenerme en las pronunciadas cuestas. Si no lo hubiera traído, no sé qué hubiera sido de mí. Seguramente hubiera bajado ya rodando por aquí.

Gallinas grises y montaraces, yo diría que gallinas color marenco, pueblan las calles de Bubión. El agua corre en acequias y fuentes por todas partes.

Decididamente, creo que no me puedo sostener bajando hacia la iglesia. El desnivel es espantoso. Tanto, que el campanario queda por bajo de las casas. La iglesia está edificada en la parte más baja del pueblo y, a pesar de eso, su pared izquierda está colgada materialmente sobre el tajo.

—Desde el campanario tiraron los monjes al sacerdote barranco abajo—me explica don Serafín.

Y una mira el abismo y siente un escalofrío de horror.

UNA IGLESIA QUE FUE MEZQUITA

De una sola nave la iglesia, porque fué mezquita. Ya esperaban hace rato. El sacristán nos dice que habían entrado a preguntar si estaría malo don Serafín, pues ellos saben que aunque la tormenta se cierna sobre estas cumbres el sacerdote del pueblo vecino no falta nunca. Dentro de la iglesia, señoras devotísimas que me sonríen y hacen sitio porque saben que soy forastera. ¡Qué emocionante esta misa dominical de las alturas! No la he oído nunca con tanta devoción. Consideraba que estaba como fuera del mundo en este pueblo apartado y he dado gracias a Dios por todas sus misericordias y bondades que hacían que Cristo bajara aquí, a esta iglesia colgada sobre el abismo, a las manos del sacerdote. ¡Cristo en todas partes! Como respondiendo a mis pensamientos, se han levantado detrás de mí voces blancas y purísimas. No hay órgano ni cantan en el coro. Es un grupo de muchachas que en un banco canta durante la elevación:



Formemos del mar y de la tierra como un inmenso altar, que está cercano el día en que todas las criaturas a Cristo adorarán...

Creo que estoy llorando. El tono bellissimo estremece el alma tanto como estas palabras. ¡Ay, motetes maravillosos de la Alpujarra! Recuerdo los de Orjiva y ahora éstos. No puedo por menos que volverme y decirles:

—¡Qué bien han cantado! Ellas se han puesto rojas de vergüenza o de humildad.

—Muchas gracias. Pero, ya ve. No ensayamos casi nunca. Cuando don Serafín puede algún ratito... Como no tenemos cura fijo aquí...—dice la más dispuesta.

Cuando la misa termina me voy fijando en la gente. Visten bien en este pueblecito alpujarreño de sólo 850 habitantes. Sin lujo, pero como en una capital o un pueblo grande. No hay nadie con mantón. Las señoras y muchachas llevan abrigo y casi todas negro. Y es que aquí todo el mundo vive con holgura de lo que producen sus cosechas. Al salir hay un grupo de señores en la puerta:

—Las autoridades del pueblo. que nunca faltan a la misa—me dice don Serafín.

Y me los presenta.
—Señor Alcalde, aquí le dejo a esta señora que ha venido desde Madrid a conocer nuestros pueblos. Yo tengo que volver a mi parroquia.

Y se va a decir su otra misa.

RUIDOS MISTERIOSOS Y UNA VIRGEN QUE LLORA

—Venga usted a la plazoleta de los mártires—me pide el Alcalde. Vamos por calles que podrían ser cualquiera de las que yo he visto en lo que era el barrio morro de Tetuán. Llegamos a una placita minúscula. A nuestro alrededor se ha agolpado la gente:

—Sí, acaso—repito.

Y no se puede una evadir de pensar que aquí, en estos parajes que coronan el Poqueira, estaría bien un Parador de Turismo. Es el sitio justo para emplazarlo. Todo lo está pidiendo a voces, y cuando esto fuera una realidad, extranjeros y españoles tendrían alojamiento adecuado para poder contemplar con comodidad esta maravilla natural que es la Alpujarra, en su conjunto de una flora espléndida y de la cadena montañosa más abrupta de la orografía ibérica.

MI PARAGUAS A GUISA DE CAYADO

Ya se han empezado a oír las campanas de Bubión en su segundo toque para la misa y al cura que la va a decir aún le quedan como ochocientos metros para llegar al pueblo.

—Aún nos falta lo peor—dice don Serafín.

—Y lo peor, ¿qué es?—pregunto.

—La bajada hasta la iglesia, por trancos y calles empedradas y de tremendas cuestas.

—¿Llegaremos antes del tercero?

—Depende. Lo procuraremos.

Y aligeramos el paso.

El sacristán nunca falla en sus cálculos. Toca el segundo cuando ya cree que el sacerdote estará llegando a la puerta de la iglesia y así se puede revestir sin precipitaciones y a veces hasta le da tiempo a confesar. Pero hoy es diferente. Hoy la lluvia nos ha enterpecido. Bueno, esto es lo que me ha dicho para tranquilizarme don Serafín, pero en realidad creo que la causante he sido yo, que aún no estoy familiarizada con este terreno ni sé caminar a prisa por él. Bubión está materialmente rampando por el barranco. Y en este pueblo, como en tantos otros de la Alpujarra, las madres atan a sus hijos pequeños para que no se despeñen.

—Aquí era...

—Aquí mismo...

—¡Pobrecitos!

Dicen las mujeres.

—Sí, aquí fué donde los moriscos martirizaban a los cristianos viejos—explica don Bernardino, el Alcalde.

Los cristianos viejos eran los auténticos, porque los nuevos fueron los moros bautizados que tomaron como se sabe, el nombre de moriscos. Y en la sublevación que acudilló Aben-Humeya, volvieron a su fe y cometieron toda clase de horrores con los cristianos que vivían en estas tierras alpujarreñas.

En esta plaza hay una cruz negra, carcomida por los siglos. Le falta casi un brazo. Cuando se pacificó toda la Alpujarra por la muerte de Aben-Humeya y posteriormente por el triunfo de Don Juan de Austria sobre las tropas de Aben-Aboo, se erigió aquí esta cruz en memoria de los cristianos inmolados.

—¡Ya está muy vieja la pobre cruz! Bernardino, yo creo que debías de poner una nueva. Se presenta que viene alguien a verla, como esta señora...—dice una mujer.

—Disculpe. No tiene esta idea de que precisamente su mérito está en el tiempo que está ahí clavada y que sea la misma que pusieron hace tantos años—me dice don Bernardino sonriendo indulgentemente.

Uno de los martirios que se le daban a los cristianos que se llenar el suelo de esta plaza de grandes pinchos y uncirlos a un arado y hacerles dar vueltas hasta que sus pies quedaban hechos unas plitragas sangrantes. Todo ha quedado tan vivo aquí, que me lo refieren como si hubiera pasado ayer.

—Aun hay más.

—¿Más...?

—Sí, las mazmorras. Ahora son las cuevas de una casa particular, pero se puede bajar a ellas. Se conservan igual, hasta con los mismos garfios. Son hierros puntiagudos clavados en los muros. Echaban a los mártires desde arriba y se despedazaban al caer entre los pinchos.

—Vive en esa casa Asunción la Jopa—me explica una vieja.

—¿Qué...?

—No se extrañe, es que aquí hay apodos tremendos—interviene el secretario del Ayuntamiento.

Llamamos a la puerta, pero no contesta nadie. No debe de estar la dueña. El señor Alcalde llama a un alguacil que ha seguido el grupo por si la autoridad necesitaba algo.

—Ve a avisar a Asunción y dile que venga en seguida.

Luego se vuelve a mí:

—También quiero que vea usted un cuadro de la Virgen que tiene esta señora. Usted ha oído esa Virgen que ha llorado en Italia, pues ésta ha llorado mucho también...

—Sí, señora todos la hemos visto—dice una mujer.

—¿Sabe usted por qué llora? Pues por los cristianos martirizados en esas mazmorras, por tanta sangre como se derramó en esta casa—explica otra.

La vieja que me dijo el mote habla otra vez:

—¡Pero y los golpes! Sí, señora hay golpes y lamentos en las mazmorras. Se oyen cada siete años. Pero nada más que cada siete años. Ni uno más ni uno menos.

Debo de haber sonreído, porque la vieja me interpela:

—¿Usted no lo cree? Pues yo no lo puedo remediar yo creo en todas estas cosas del otro mundo, ¿sabe usted? Y los más viejos del pueblo no digamos...

El alguacil ha vuelto

—Que no está en el pueblo. Está en sus tierras y no volverá hasta la noche... Y hay que asistir de ver la casa y sus mazmorras.

EL «LIBRO DE APEO»

Por una calle corre el agua en tremendo desperdicio.

—¿Por qué esto?—pregunto.

—El agua aquí brota por todas partes y no sabemos qué hacer con ella.

Ahora me fijo en dos chicuelas que muerden ávidamente sendas mazorcas de maíz tostadas.

—¿Y eso?

—Es una cosa exquisita la pañocha asada. ¿No la probó nunca?

—No.

—Pues aquí la suelen comer los chiquillos de desavuno. Y mire usted cómo rebosan de salud.

Al nombrar el desayuno el señor Alcalde repara:

—Pero ahora que caigo. ¿Usted estará sin desayunar?

Por delicadeza miento:

—No, no, señor. Ya lo hice.

—Imposible, tan temprano cómo salió usted con don Serafin. Ahora mismo voy a avisar a mi señora. Quédese mientras con el secretario.

—Que no, don Bernardino, que no lo consiento, de ninguna manera—protesto.

Pero ya el señor Alcalde ni siquiera me oye. Estos alpujarreños son hospitalarios y obsequiosos en extremo. El secretario me lleva al Ayuntamiento, sencillo de ajuar y humilde la casa donde está instalado. En la tosca mesa, delante de mí, han puesto, sin embargo, una joya de hojas amarillentas.

—¿Entiende usted bien el castellano antiguo?

—Vaya...

En este «Libro de Apeo» conservado cuidadosamente leo:

«En la ciudad de Granada, a ocho días del mes de julio de mil quinientos setenta y tres años.»

Luego, en una larga pragmática se expone que se repueblan las tierras de la Alpujarra y se adjudican parcelas y «suertes» a los nuevos moradores del pueblo de Bubián, que son:

«Bernardino Pacheco, vecino de San Esteban del Puerto, pueblo situado en el litoral gallego.» Con este primero son más explícitos, pero con los otros nombres sólo se les dice: «Bartolomé Pacheco, gallego; Pedro González, gallego, y así hasta unos veinte nombres.

—En otros pueblos los repoblaron castellanos y leoneses. Por eso aquí no se tiene el dejo andaluz—me explica el secretario.

Y esto yo ya lo había observado nada más llegar a estas tierras, y ya lo he dicho en mis anteriores reportajes. Es más, me han asegurado que en Altabeitar se habla como en Madrid.

QUE SE quite TODO EL MUNDO DE LA CARRETERA

Don Bernardino vuelve y me hace ir a su casa. La alcaldesa me recibe en la misma puerta y me besa y abraza según es aquí costumbre con la forastera. Luego me sirven un desayuno fino y copioso. Buen café con leche en una taza enorme. Mantequilla, galletas, magdalenas y el pan corriente, de comer, pero que parece talmente bizcocho: trigo puro y en grandes hogazas que semejan panderos.

—Da gloria ver esto—digo.

—Aquí, gracias a Dios, vivimos en la abundancia.

Creo que hace tiempo que no comía tan a gusto y con tanto apetito. Mi estómago lo estaba pidiendo. El madrugón y el camino habían contribuido a ello; sin embargo, como aquí no había bar alguno, si al señor Alcalde no se le hubiera ocurrido, pensaba hacer el viaje hasta Pitres en el más completo ayuno.

De pronto irrumpe un amigo de la casa:

—Don Bernardino, ¿sabe usted la noticia?

—¿Qué noticia?

—Radio Granada está dando constantemente partes para la



Por las carreteras no pueden pasar dos vehículos al mismo tiempo



Caminos peores que los de herradura, entre rocas gigantescas

Alpujarra Alta. Dice que se quieren todos de las carreteras; sube para la Central de La Cebadilla un camión de sesenta toneladas transportando un transformador. ¡Imagínese usted si algún auto bajara en dirección contraria! Menos mal que es domingo y no hay ninguna circulación, pero de todas maneras lo avisan y además dicen que van motoristas delante explorando el camino no vaya a haber algún contratiempo. Ya ve usted, va a ser un espectáculo este paso para toda esta parte de la Alpujarra.

—¡Pero un camión tan grande por estas carreteras es una temeridad!—arguyo.

—¡Y qué van a hacer! Hay que subir el transformador. Por eso la gente de los cortijos que lo hayan oído por radio se pondrán esta tarde por los bancales del barranco para poder ver la carretera por donde tiene que pasar. El año pasado subieron otro y ocurrió igual. La gente pendiente de ello y el chófer conduciendo todo lo más despacio que podía. Iría el hombre más muerto que vivo...

—¡Lástima que esta tarde no esté yo aquí ya.

—¡Pero es verdad eso de que se va usted a ir a Pitres?—me pregunta la alcaldesa.

—Sí, señora. No tengo más remedio.

—Sola no lo consiento yo—dice don Bernardino.

—Si es carretera adelante...

—Efectivamente, pero usted no imagina por los sitios que tiene que pasar y que están a los lados de la carretera. Irá con usted un alguacil de toda mi confianza y que además tiene familia en ese pueblo. Así que para él será una alegría el poderse quedar esta noche allí y volver por la mañana.

Antes de ponernos en camino veo la mejor fuente de Bubián. Muchos caños de este agua cristalina de la Sierra y que además sale fría como el hielo en verano, y en invierno de una agradable temperatura.

—Meta usted la mano en el plólón—me dicen unos mozos que hay al lado de la fuente.

Y a mis manos ateridas le consuela el agua casi tibia.

Emprendo el viaje. Mi acompañante es un hombre oetrino y callado. La familia del Alcalde el secretario, amigos de la casa y Lola, la joven maestra, me despiden efusivamente. Aún se quedan en la puerta viéndome perder en la carretera. Yo me vuelvo una y otra vez a decirles adiós hasta que ya los dejo de ver. Son las doce y media cuando salimos de Bubián. Quisieron ponerme provisiones para el camino, pero no lo consentí. Y me llevo la sensación de que conocía a esta familia de toda la vida.

LA NIEBLA SUBITA DE LA ALPUJARRA

A un lado, castaños y nogales gigantescos; al otro, el barranco interminable y profundo. Los nogales son los más corpulentos que he visto nunca y, necesariamente, se piensa en la enorme riqueza que producirían si se talaran. Pero sería una lástima. Están bien ahí, dando ampulosidad al paisaje. También hay enormes acacias y especies de fuentes naturales por todas las paredes rocosas de la Sierra. Están las fuentes ahí al alcance del caminante. Si tuviera sed no tendría nada más que acercarme a estas cascadas espumosas. Los castaños abren sus erizos y dejan caer su fruto sobre el camino.

—Son dulces, cómalas usted, señorita.

Tomó unas pocas del suelo. Y voy comiendo castañas con fruición, casi infantilmente.

—¿A qué hora cree usted que podremos estar en Pitres?

—Pues un poco después de las cuatro, si no hay contratiempo.

—¿Y qué contratiempo puede haber?

—Pues los caminos, siempre son los caminos. Y el tiempo variable...—responde el hombre agorramente.

Al rato de haber dicho esto empieza a llover con fuerza. Habíamos hecho como un kilómetro y medio de camino.

—Don Bernardino me va a regañar si no la vuelvo. Se puede usted enfriar con el agua.

—¿Volver ahora? ¿Usted le teme a la lluvia?

—Pues no... vamos...

—Entonces, adelante.

Y seguimos.

Unas veces se serena y otras arrecia. Creo que la cosa no tiene importancia y me parece una tontería volver. Pero de pronto la lluvia se hace torrencial y los paraguas no sirven para nada. Cuando esta última vez para, el buen alguacil me advierte:

—Esta lluvia trae la niebla. Mire usted cómo avanza ya.

Miro y me sobresalto. La niebla es súbita. Me la señala el hombre y cuando aún tiene el brazo extendido ya está sobre nosotros. La bruma lo envuelve todo en grises tenues que parecen romperse en jirones a medida que mi acompañante y yo avanzamos. Es como si realmente rasgásemos una cortina de gasa, inmensa y prendida del cielo. Pero la niebla se va haciendo cada vez más espesa. Ya es agobiante e intranquilizadora. No se ve ni siquiera a un palmo delante de nosotros.

—Si empieza otra vez a llover se va—explica el alguacil.

UNA LEYENDA QUE SUBGESTIONA

Y así ocurre y nos da un respiro. Pero vuelve a dejar de llover y con una rapidez fulminante, la niebla está aquí otra vez.

Hay que aprestarse a defenderse de ella. Hay que andar despacio, con una cautela enorme. Ahora es a mí a la que le ha asaltado el miedo. Tengo un auténtico pánico en estos momentos en que no veo nada.

—Deténgase usted—casi grito, mientras mis palabras parece hacerlas opacas esta materia ingrata.

vida y viscosa de que estamos rodeados—. Los precipicios están ahí al lado.

Estoy dispuesta a no moverme en tanto no vea. Se puede pisar en el vacío sin darse uno cuenta.

—No se apure. Si en el pueblo ven que esto sigue, vendrán a buscarnos—trata el hombre de tranquilizarme.

No sé cuantos minutos dura esta angustia. Quizá un cuarto de hora largo. Al fin empieza otra vez a llover, y la niebla se disipa como por encanto. Avanzamos. Una culebrina cruza el cielo. Me sobresalto nuevamente y recuerdo una de las leyendas de aquí que aseguran las personas serias que es pura realidad.

—¡Rugirá la laguna de Vacares?

—¿Y qué podemos saber? Nunca se pueden saber estas cosas. Pero que la laguna roja, sí que es malo. Se desencadena una tormenta espantosa. Dios nos libre de ella...

La leyenda de la laguna de Vacares es la siguiente:

Junto al Mulhacén hay siete lagunas. Las más famosas son la de la Caldera y la de Vacares, e increíble parece encontrarlas a esa altura. La de Vacares dicen los naturales de aquí que es un ojo de mar y que nunca se ha podido saber donde está su fondo por más sondeos que se han hecho. Cuando va a haber una gran tormenta, la laguna emite un extraño y potente sonido que se extiende por toda la Alpujarra. Llega a todos los confines de esta tierra y los campesinos exclaman con pavor:

—¡La laguna rugel! ¡La laguna rugel!

Y se aprestan a juntar sus ganados y a volver aceleradamente a sus casas. ¿Hechicería? ¿Fenómeno étnico? No se sabe. Nadie lo sabrá nunca de cierto, pues la misteriosa laguna guarda en sus entrañas el secreto, pero el caso es que el recuerdo de este rugido desasosiega a los alpujarreños y tiene también el poder de sugestionarme a mí en este día en que los peligros del camino me han llegado a imponer.

Pero la niebla no se ha ido definitivamente. Estaba agazapada en cualquier pliegue de la atmósfera, permítaseme la metáfora, y ha surgido otra vez. En su ausencia anduvimos de prisa para recuperar el tiempo perdido, pero ahora nos ha inmovilizado nuevamente.

LA CAÑADA DE LA SANGRE

De pronto empieza a percibirse un ruido sordo y como acolchado que se va acercando.

—No, no es la laguna eso. La laguna suena de otra manera —aclara el alguacil.

Ahora parece el sonido de un motor. Entre la niebla surgen dos puntos luminosos y desvaídos:

—¡El camión grande!—exclamo. —Dijeron que venía por la tarde.

—¿Y si se ha adelantado...? El hombre no contesta. Calla. Quizá piense que si se ha adelantado estamos en una situación difícil. Los dej camión no nos ven con la niebla. A un lado está la pared de la sierra; al otro, el abismo. O nos aplasta contra la roca, o debajo de sus ruedas, o o nos lanza al abismo. No hay



En las paredes de la sierra hay gentes extrañas. ¿Qué buscan?

sitio para más. Son momentos de angustia que no se pueden explicar con palabras. La cosa luminosa da la sensación de que se ha detenido y providencialmente también empieza de improviso a llover otra vez. La niebla se va rápida y ahora podemos ver bien al monstruo de los ojos encendidos y que roncaba sordamente. Lo que hemos creído el camión es un pequeño coche de matrícula inglesa. Los turistas nos hacen un saludo de solidaridad. También ellos deben de haberlas pasado negras. Y hacen ademanes de que se van a parar. Quizá les extrañe que no queramos practicar el «auto-stop» o les gustaría compañía en medio de estas soledades. Pero ellos suben hacia Capillirara y nosotros llevamos otro camino. Me limito a desearles buenas tardes:

—«Good afternoon.»

—«Good afternoon»—responden con la sonrisa agradecida de quienes oyen su lengua en una carretera casi inaccesible y perdida de la vieja España.

El alguacil, cachazudamente, vuelve, sin embargo, sobre lo que nos angustió hace un instante. Yo ya lo había olvidado. Pero él i.o.

—En cuanto demos la vuelta al Castillojo, camino de la Cañada de la Sangre, pues ya estaremos libres del mal encuentro del camión. Como él tiene que venir por la carretera de Orjiva...

—¿La Cañada de la Sangre, ha dicho?

—Sí, eso es. Donde hubo tantas matanzas.

—¿Y hay que pasar por ella?

—¡Claro!

Recuerdo que he leído muchas veces la historia de esta cañada tristemente célebre. En ella hubo una batalla espantosa entre las tropas de Aben-Humeja y las del marqués de Mondéjar, que se reforzaron con las de don Pedro Fajardo, marqués de Los Vélez. Fueron tantos los muertos y heridos que la sangre corrió por la cañada como si fuera agua, y por eso se la conoció desde entonces por el nombre de la Cañada de la Sangre. No sabía que había que cruzarla para ir a Pitres.

—Entonces, ¿cuándo llegaremos al pueblo?

—Pues con tantas detenciones a las seis o las seis y media.

Las seis y media será noche cerrada. ¡Noche cerrada en los caminos de estas agrestes sierras! Y bendigo la previsora solicitud que tuvieron conmigo en Bubión para que no viajase sola. Ya he experimentado que en la Alpujarra todo puede ser imprevisto o peligroso.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial.)



Esta fué la primera fotografía, obtenida desde el helicóptero que los localizó, de Vincendon y Henri, montañeros perdidos entre las nieves del Mont Blanc, cuyo intento de salvamento ha conmovido a todo el mundo

NAUFRAGOS EN LA NIEVE

SOLIDARIDAD Y TRAGEDIA EN EL MONT BLANC

Y el viento, muy fuerte, silbador, continúa levantando motas de nieve en torno a la cumbre del Mont Blanc. Por Le Corridor, por Le Grand Plateau, rodando, saltando, en torno a un helicóptero «Sikorsky 58», la nieve se agrupa y crece hasta ablandar los ángulos. Y dentro, en la cabina muda donde todo está helado, dos cuerpos jóvenes concretan el silencio de la muerte y la soledad de las cumbres.

Un día tras otro los hombres y las máquinas han intentado evitar esta realidad. Han querido que un hecho, como otros muchos, iniciado el 22 de diciembre pasado, no abocase en la muerte. Todo ha sido inútil.

El 22 era sábado, Chamonix, allí, al pie del Mont Blanc, vivía un día más de su estación invernal. En las calles, estrechas, acongojadas por la neblina, el rojo, el verde, el amarillo, el blanco de la vestimenta de los montañeros y esquiadores ayudaba a echar a un lado el peso de los Alpes que se vienen encima.

Muy de mañana, para coger el primer funicular que sube hasta L'Aiguille du Midi, salen de uno de los albergues dos jóvenes bien pertrechados, como dos grandes osos, para pasar tres o cuatro

días en la montaña. No hace mucho que han arribado a Chamonix procedentes de París.

—François, ¿tendremos suerte?

—Sí, Jean. Las últimas observaciones no indican el menor peligro en los próximos días.

Jean Vincendon tenía veinticuatro años, era hijo único y vivía en París, donde estudiaba Ciencias Físicas. Pero su mayor ilusión era llegar a ser guía de alta montaña, realizar una proeza notable que le permitiese formar parte de la expedición francesa que este año se lanzará al Himalaya.

Francois Henri, un año más joven, era belga, de Bruselas, y estudiaba Geología. El también era un gran aficionado a la montaña, a la embriaguez del peligro y la aventura. Bastó una ligera insinuación de Jean para que Francois aceptase la empresa. Luego, unos días de preparación, a la espera del tiempo propicio.

Y llegó el día 22. Todo iba bien en el funicular. Abajo, Chamonix como un pequeño «Nacimiento» con pinos y figuras que se movían. Pronto concluye el viaje. Arriba la luz es clara. Allá en frente, quieto, como dispuesto a

rugir de un momento a otro, el Mont Blanc.

LA PRIMERA OPORTUNIDAD

—Suerte—dicen los empleados del funicular cuando los dos jóvenes comienzan a pisar la nieve enfilando una de las rutas de la gran montaña.

El crujir se va haciendo de minuto en minuto más significativo

—¿Te fijas, François?

—Sí, a veces no lo notas, pero hay momentos en que no oyes más que el «crac, crac, crac» de nuestros pies sobre la nieve.

Ha comenzado la aventura. Lo que intentan no es imposible. Se trata de ganar la cima del Mont Blanc por la vertiente de la Brenva, siguiendo un itinerario muy dificultoso.

Los días 23 y 24 caminaron entre hielos y nieve en dirección a la vía de la Brenva, arribando después de algunas escaladas peligrosas al pequeño refugio Fourche, donde se encuentran con el gran escalador italiano Walter Bonatti, al que acompaña el teniente Ghesser, que intentan ganar el Mont Blanc por la ruta de La Poire.

Walter Bonatti es uno de los



La mole gigantesca de los Alpes suizos ha sido el escenario, a un tiempo monumental y terrible, de la tragedia. Los guías han luchado heroicamente por salvar las vidas de los «náufragos» de la nieve

más jóvenes y famosos escaladores del mundo. Tomó parte en la expedición italiana que conquistó el K2 y, en agosto de 1955, después de cinco días de ascensión solitaria, coronó la cresta del Dru por la parte suroeste que hasta entonces se había considerado inaccesible a las cordadas alpinistas de más prestigio.

Ahora, el día de Navidad de 1956, las dos parejas de escaladores se separan para intentar, cada una por su camino, el arribo a la cumbre del Mont Blanc. Pero a las cinco de la tarde, cuando, según las previsiones que de observatorios meteorológicos, barómetros, guías, etc., se habían tomado, no era de esperar un cambio de tiempo, surge una terrible tempestad que desbarata los planes de las dos cordadas.

Rápidamente, Bonatti y Gheser renuncian a su primitivo proyecto y toman la dirección del francés y del belga, precediéndoles en unos centenares de metros.

Al día siguiente, los italianos se refugian en una gran grieta de hielo y Bonatti lanza una cuerda a Vincendon y Henri, que atravesaban grandes dificultades, consiguiendo traerlos hasta el refugio provisional. Más tarde prosiguen todos juntos la marcha hasta la cresta de la Brenva. Ya aquí se disgregan. Vincendon y Francois Henri toman la dirección que conduce al refugio de Les Grands Mulets, pese a que en Chamonix les habían aconsejado que regresasen al valle por el camino más seguro a través del refugio Vallot, el Dome de Gouter y Bellevue.

Bonatti y Gheser consiguieron regresar luego de grandes dificultades. El 31 de diciembre el vencedor del Dru declaraba a un periodista italiano:

—Me parece una tontería el decir que lo intentado por nosotros

era una locura. De ninguna manera se esperaba un cambio tan fulminante de las condiciones atmosféricas. En cuanto a Vincendon y Henri, si nos hubiesen seguido de cerca, a estas horas estarían aquí con nosotros. Pero perdieron terreno rápidamente y desaparecieron entre la niebla. Además, en un abrir y cerrar de ojos, el viento borraba nuestras huellas. Llegamos al refugio Vallot y allí estuvimos esperándoles hasta las nueve de la mañana del día 27, en que continuamos nuestra ruta.

SOLOS

Ya se han quedado solos ante la montaña. Hielo, nieve, aire huracanado y frío. En Chamonix se ha dado la señal de alarma. Aquel pequeño pueblecito en la costa del mar de Hielo se ha convertido en una reunión familiar donde todos los pensamientos convergen hacia los dos jóvenes escaladores que debieran estar de vuelta.

El 27 comienzan a organizarse los primeros socorros. Un helicóptero vuela en torno al Mont Blanc y descubre a los «náufragos de la montaña» sobre el peligroso glaciar de Le Corridor. Las condiciones atmosféricas desfavorables impiden una acción eficaz. Al saberse en Chamonix que Vincendon y Henri se hallan con vida ha comenzado a ponerse en marcha toda la generosidad de los consagrados a la montaña para tratar de rescatarlos.

Cuando al siguiente día el helicóptero de la base de Bourget-du-Lac ha repasado nuevamente el glaciar, los dos muchachos continuaban casi en la misma posición, evidentemente desorientados, y se dirigían hacia una peligrosa grieta.

Desde el aparato se les advirtió del peligro indicándoles que



Los guías alpinos Bonatti y Gheser junto a Courmaier, después de haber concluido la escalada del Mont Blanc. Gheser presentaba síntomas de congelamiento

retrocediesen. Al cabo de un rato los ocupantes del helicóptero comprendieron que sus indicaciones habían sido recogidas y lanzaron sobre el hielo diversos paquetes con provisiones, pero la niebla, persistente en toda la mañana, hizo fracasar la operación.

La inquietud volvió a renacer

en Chamonix. Y se acentuó todavía más cuando, en la mañana del sábado 29, la nieve caía suave en todo el valle. Las casas gotaban copos lentos que machacaban los pequeños céntimos de esperanza que guardaba la colonia del deporte de invierno y los vecinos de Chamonix, para quienes cualquier problema montafero nunca es ajeno. Y allá arriba, a más de 4.000 metros, donde están «ellos», el termómetro marca 20 grados bajo cero.

Todo caía y se iba, como la nieve. Pero después del mediodía, milagrosamente, el cielo se despejó enfriándose el claro azul de las cumbres. Con toda rapidez, en el aeródromo de Le Fayet se iniciaron los preparativos para la salida con un helicóptero «Sikorsky 54». A los pocos minutos el teniente Dupré, y el sargento Pettin volaban sobre los dos alpinistas perdidos. Y allí abajo, a una veintena de metros estaban Vincendon y Henri. El belga, en pie, como un grueso macaco, pero el francés al parecer muy debilitado, yacía sobre la nieve a los pies de su compañero. Pese a su estado, que debía de ser bastante delicado, habían conseguido sobrepasar una gran pendiente alejándose de la peligrosa montaña de hielo y avanzar en dirección al Grand Plateau unos 150 metros.

Después de dos o tres pasadas, el helicóptero dejó caer, con toda precisión al alcance de los alpinistas una tienda «himalaya», té caliente en unos termos, viveres, medicinas una estufa. Con este avituallamiento existe la posibilidad de que todavía puedan mantenerse en buenas condiciones durante tres días.

En la base se planea la operación de salvamento para el día siguiente si, como es de esperar, el tiempo no empeora. Los salvadores, equipados con esquís, serán transportados en helicópteros a la cima del Dome du Gouter para desde allí ir al encuentro de los dos muchachos. Con esta próxima esperanza aquella noche se descansa con tranquilidad relativa en la pequeña ciudad de la Alta Saboya.

—Nada, mañana por la tarde —se dice—les tendremos en el valle con nosotros. Si hoy las condiciones atmosféricas hubiesen sido un poco mejores se hubiese podido lanzar desde el helicóptero una patrulla de socorro. Mañana será fácil.

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Y llega el domingo día 30. El cielo aparece cubierto. Las condiciones atmosféricas, contra lo que se esperaba, han empeorado. No obstante se realizan varios vuelos de reconocimiento. En vista de que por aire no puede partir el socorro, se organizan, desde Chamonix, dos expediciones por tierra.

La primera en partir, poco después del mediodía, es capitaneada por Lionel Terray, que con treinta y cinco años y una gran experiencia es considerado uno de los escaladores más notables del mundo. El año 1950 tomó parte en la expedición del Anapurna, en el Himalaya. Y en abril de 1952 consiguió el mayor éxito de su carrera al conquistar, en el Perú, el

Fitz Roy. Terray es el único hombre que hasta el momento ha conseguido descender por la cara norte del Mont Blanc en esquí.

La cordada de Terray asciende en el funicular hasta L'Aiguille du Midi. Está compuesta del monitor Josserand y tres jóvenes alpinistas parisinos. Hasta el último momento, la mujer del vencedor del Fitz Roy le acompaña. Cuando desaparece entre los pliegues de la nieve, la angustia queda permanente en su rostro.

—Hay seis posibilidades a favor y cuatro en contra—ha dicho Terray al partir—. Las cuatro que están contra nosotros son debidas a posibles avalanchas de nieve en polvo que estos días tiene una gran fuerza por la violencia del viento. Esto es lo que impide el éxito de los helicópteros. Hay que recurrir a los viejos medios, aunque parezca una locura. ¡Vámonos! Somos cinco, otros, pronto, nos seguirán.

Aquella noche durmieron entre el hielo y la nieve del Mont Blanc, siete hombres; los cinco de la cordada Terray, y Vincendon y Henri.

La angustia se acentuó en Chamonix. Ha aumentado el número de los que están en peligro.

El 31, a las ocho de la mañana, parte una nueva expedición de socorro en apoyo de la de Terray. Son ocho componentes, seis ginebrinos, Claude Morel, Claude Asper y Marcel Bron—famosos por su expedición al Everest—, Mario Grossi, Roger Habersaat y Marcel Bise y los franceses Bernard Comparo y Boz Xeures.

Durante toda la noche la expedición de Terray había avanzado un tramo de terreno tan corto que su recorrido en verano se hubiese hecho en poco más de media hora.

Toda la mañana del 31 el cielo apareció cubierto. A las once y media, aprovechando que las nieblas se habían levantado, parte del aeropuerto de Le Fayet un «Sikorsky 55». Al lado del piloto va el mayor Le Gall, comandante de la Escuela Militar de Alpinismo y cerebro coordinador

de las operaciones de socorro. Durante unos minutos voló sobre la tienda de Vincendon y Henri que, al oír el ruido del motor, salieron al exterior haciendo señas a los aviadores. Era un buen momento; el viento había cesado de soplar, pero el piloto del aparato juzgó que éste era excesivamente pesado para posarse sobre la espesa capa de nieve que cubría el hielo.

El «Sikorsky» regresa a su base y poco más tarde salía con dirección al Mont Blanc un helicóptero más ligero, tipo 58. Voló a poca altura sobre el refugio de los dos «naúfragos», y a las trece horas y veinte minutos se destruyó entre la nieve. Cuatro hombres más en las entrañas del Mont Blanc: el piloto, comandante Santini; el ayudante jefe, Blanc; el monitor jefe de la Escuela Militar de Alta Montaña, Charles Germain, y el monitor Honoré Bonnet.

Durante más de media hora se ha esperado el regreso del helicóptero. Temiendo algún accidente se ordena la salida de un nuevo aparato en misión de reconocimiento. A los pocos minutos está de vuelta. El mayor Le Gall interroga al piloto.

—Santini ha sufrido un accidente con su aparato. Por suerte no ha habido desgracias de importancia. No creo que haya heridos graves, pues los he visto dirigirse hacia la tienda de Vincendon y Henri.

NUEVAMENTE SOLOS

La noticia del accidente ha llevado la angustia y la duda. ¿Será una locudra continuar las operaciones de salvamento? Es un momento El mayor Le Gall fuma, otea, el cielo, aprieta las manos en los bolsillos.

—Hay que continuar. Minutos más tarde un «Sikorsky 55» vuela de nuevo hacia el Mont Blanc. A la media hora, sobre el helado cascote del Dome du Gouter, el helicóptero desciende todo lo posible sin aterrizar. Y por una cuerda bajan dos



Uno de los helicópteros utilizados para rescatar a los guías bloqueados por la nieve

alpinistas perfectamente equipados. Nuevo viaje y regreso: dos nuevos auxiliares descienden en el helado Dome du Gouter. El primer grupo se dirige hacia el lugar en que se hayan Vincendon y Henri en unión de los ocupantes del helicóptero destruido.

Al mismo tiempo el grupo de Terray, que se ha encontrado con la cordada suiza, acuerda regresar. El tiempo ha empeorado mucho. Pero poco más tarde, a las cuatro y media, Lionel Terray se arriesga y vuelve sobre sus pasos intentando ascender hasta el refugio des Grands Rulets.

En Chamonix las calles estrechas, cubiertas por la nieve, se hallan repletas de gente que siguen las evoluciones de los helicópteros. La esperanza es grande.

—Terray llegará esta noche al refugio, y para alcanzar el lugar en que se hallan las víctimas no ha de flanquear más que el Pic Wilson y Le Petit-Plateau.

A última hora se sabe que los dos primeros monitores lanzados sobre el Dome du Gouter, Munster y Chapaz, han establecido contacto con Vincendon y Henri.

El día 1 la situación empeora. El mal tiempo es el único que da órdenes. El frío se ha intensificado y el viento sopla a más de cien kilómetros por hora.

Parece que todo derriba las esperanzas. Hacia las cinco de la tarde se sabe que Terray ha tenido que regresar. Los compañeros del gran alpinista explican los motivos.

—Nos movíamos lentamente siguiendo a Terray, como su sombra. De pronto un pequeño aparato de observación, con los motores apagados, casi nos roza la cabeza, y su piloto Guiron grita fuertemente: «¡Catástrofe!... ¡Han caído!» Luego se aleja.

Terray les mira en silencio. Al parecer los dos muchachos han muerto.

—Bueno, descendamos. Ya no vale la pena continuar.

Una hora más tarde se encuentran con la cordada suiza.

Los cuatro pasajeros del helicóptero accidentado



—No dicen—, los dos jóvenes todavía están vivos. Se ha estrellado un helicóptero.

Lionel Terray y algún otro compañero deciden proseguir la ascensión.

—Hemos perdido un tiempo precioso, pero hay que seguir.

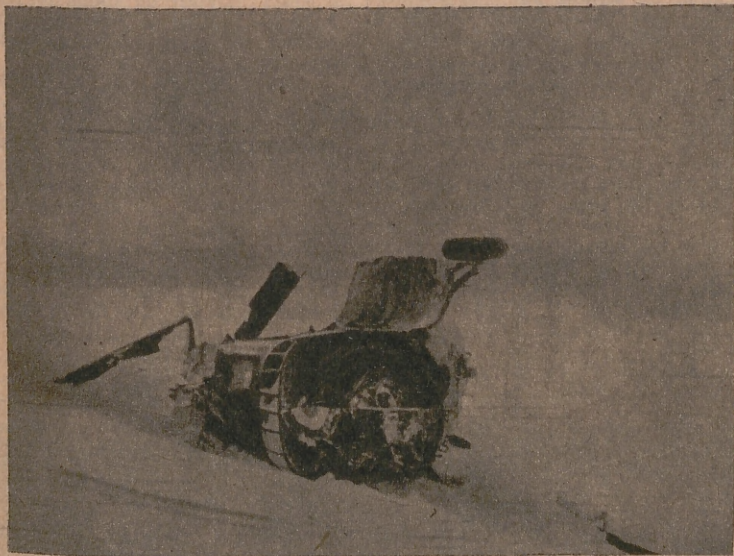
Luego, por la noche, la tempestad se acentúa y obliga definitivamente al regreso hacia Chamonix.

Entre tanto los dos monitores que han conseguido establecer contacto con el grupo del «Sikorsky 58» y los dos muchachos han comenzado los trabajos de salvamento. El ayudante Blanc está herido de bastante consideración.

—Hemos de llegar con rapidez al refugio Vallot. No tenemos más remedio que abandonar de nuevo a Vincendon y Henry.

Después de doce días y doce noches entre la nieve, el francés y el belga están fuertemente abatidos. Sus miembros comienzan a helarse. Pero los «salvadores», antes de abandonarles, les introducen en la cabina del helicóptero. Y allí se quedan con una temperatura que desciende vivamente. En aquel momento el termómetro indicaba 30 grados bajo cero.

Hacia el alba, después de una penosa caminata, los cuatro guías de la Escuela de Alta Montaña, Chapaz, Munster, Nouvel y Romand, en unión del comandante Santini y el ayudante Blanc, consiguen alcanzar el refugio Vallot, donde les esperan los otros dos monitores descendidos desde el «Sikorsky», Germain y Bonnet, Vincendon y



Así quedó el helicóptero que sufrió un accidente durante la operación de salvamento en el Mont Blanc



Bonatti y Gheser en el momento de llegar a su base después de la tremenda aventura vivida



La esposa del famoso guía Peter Bonnet, que salió en busca de Vincendon y Henri, espera noticias de su marido

Henri han quedado nuevamente abandonados.

En Chamonix el señor Vincendon y su señora, en unión del señor Henri, ven huir las breves esperanzas. Caminan por las calles nevadas, empujados por el viento y por la nieve. En la iglesia los fieles rezan por los que han pasado la noche de San Silvestre perdidos entre la nieve.

Por radio llegan noticias desde el refugio Vallot.

—Serían necesarios 30 hombres para salvarlos... Vincendon está en un estado muy grave y tiene que ser alimentado por Henri, que le lleva los alimentos a la boca.

La noche llega de nuevo. Amanece y la tempestad continúa. En Le Fayet hay preparados unos helicópteros a reacción, los «Alo-

nette», para el caso de una mejoría rápida en las condiciones atmosféricas. Toda Francia se ocupa del Mont Blanc. El secretario de Estado para las Fuerzas Armadas Aéreas ha llegado al aeropuerto de Bourget-le Lac.

ENTRE LA MUERTE, UNA POLEMICA

A poco de regresar a Chamonix, Lionel ha hecho unas declaraciones que han dado lugar a una nota de protesta por parte de los guías de Chamonix.

—Yo creo—ha dicho Terray—que los guías situados en el refugio Vallot pueden y han podido hacer todavía más por Vincendon y Henri. Ellos representan de momento la única esperanza.

En la nota de los guías el argumento básico a favor de su ac-

titud se apoyaba en que Vincendon y Henri se habían arriesgado voluntariamente. Añade: «En sus declaraciones (Terray) minimiza la hazaña de los monitores de la Escuela de Alta Montaña. Llevar hasta el Vallot a los dos pilotos en las condiciones en que ellos lo han hecho es sobrepasar el límite de las posibilidades humanas. Tienen derecho a la admiración de todos. En cuanto a decir que ellos pudieran haber salvado a Vincendon y Henri «con la única condición de que quisiesen» es de una inconsciencia total por parte de Terray.» La nota concluía exigiendo una rectificación.

La polémica se avivó con las nuevas declaraciones del guía:

—Admito que Vincendon y Henri se han arriesgado voluntariamente y encuentro normal que muchos guías no hayan manifestado mucho entusiasmo en exponer la vida por ellos. Pero no admito que se trate de poner trabas a los que tratan de actuar, y menos que las operaciones de socorro no se lleven con la coherencia debida.»

Terray ha estado ausente de Chamonix hasta el día 29; otro de sus ataques se basa en la posibilidad de haber actuado con efectividad antes de tal fecha.

—Los días 28 y 29 han sido buenos y no comprendo cómo se ha renunciado a trasladar un grupo de montañeros por vía aérea al col du Dome. Ni comprendo que el día 30 se retarde la salida de los aparatos hasta que el cielo se taponase. Ni que el 31, siendo las condiciones atmosféricas más desfavorables, el más potente de los helicópteros no haya conseguido posarse en Le Grand Plateau. Más tarde el menos potente ha conseguido trasladar cuatro guías al col du Dome, demostrando que también hubiese sido posible hacerlo en los días precedentes.

El escándalo ha continuado y Terray se ha retirado de los guías de Chamonix.

Mientras, el jueves, los ofrecimientos llovían de todas partes. Pero los padres de François Vincendon y Jean Henri se han opuesto:

—No queremos que se arriesguen nuevas vidas humanas.

La «operación Allouette» no ha significado nada para el joven francés y el joven belga. Únicamente los encerrados en el Vallot han podido ser aerotransportados a Chamonix.

Todo ha concluido. La nieve sigue rozando la cabina del «Sikorsky 58», donde el frío se ha hecho total. El calor de los hombres no ha podido una vez más con el Mont Blanc.

Luis LOSADA

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas —: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID

DOLORES MEDIO

LA SINCERIDAD ES LA MAS ALTA HABILIDAD DE ESTA NOVELISTA

La autora de "Nosotros los Rivero" y "Funcionario Público", prepara una novela "casi heroica" sobre las convulsiones de Avilés



Dolores Medio, cuando le fué concedido el «Nadal»

RECUERDO muy bien aquel día de enero—que por ahora va a cumplirse— en que a Dolores Medio le llegó el justo presente real del Premio «Nadal». Había acertado con toda su alma en un libro repleto de labor primorosa y de sinceras intuiciones. Como el libro no lo habían escrito los duendes ni era obra de magia, por mucho que su aparición coincidiese con la cabalgata real, sus páginas describían dimensiones de humanidad, auténticos ritmos cordiales. «Nosotros los Rivero», fué un título famoso en 1952. Algunos días después de la tradicional votación de Barcelona que le concedió el triunfo, Dolores Medio fué la figura de un coloquio en la Escuela Oficial de Periodismo. Lo recuerdo muy bien. Dolores Medio lloraba. Estaba el cronista sentado en el suelo, casi bajo la mesa de la presidencia en la que se hallaba la novelista. Entre el público, a quien daba la cara por mi violenta postura—postura irremediable, ya que los coloquios en la Escuela de Periodismo suelen ser multitudinarios—había unas dos o tres mujeres vestidas de negro, ya mayores—su número y su rostro volaron ya de la memoria—que le decían a la novelista, levantando alborzadamente los brazos: «¡Ya llegó, Dolores, ya llegó! ¡Esto es por todo lo que has sufrido!» La verdad es que aquellas mujeres de negro me parecieron realmente patéticas. No oír respuesta alguna por parte de la escritora. La desdichada postura en que me hallaba no sólo me impedía ver, sino también oír claramente. El caso es que entre el breve trayecto cargado de gente y de sumo que separaba una mujer y



La novelista destinó el metálico del premio a la adquisición del hermoso pisito donde vive

la otra mujer había ocurrido el suceso más actual, más puro, sincero y entrañable. Y no fué noticia.

Uno recuerda todas estas cosas y las utiliza a guisa de introducción. La humanidad y el oficio de Dolores Medio, y aun ella misma, tan poco dada a la excéntrica actitud hierática, a la fácil, aburrida, insoportable exhibición anecdótica con que algunos triunfadores de tres al cuarto llenan su diario vivir, forman una personalidad muy digna de ser comentada reposadamente.

LA MUJER, SU CIRCUNSTANCIA, SU PISO

Desde entonces acá—quiero decir desde el año 1952—ha llovido ya algo. El nombre de Dolores

Medio no se prodigó demasiado. Ni siquiera en las enormes y habituales tertulias en las que por un solo café y un vaso de agua se le concede a uno carta blanca para inventar cuarenta y siete mil chismes, se pronunciaba el nombre de Dolores. Parecía no haber sobrevivido a su libro. El cronista confiesa que tampoco la volvió a ver hasta ahora. Ahora y allí, en su pisito de Bretón de los Herreros. Este hermoso pisito fué comprado por la novelista con lo que el Premio «Nadal» tuvo de metálico. No es muy amplio, pero es cómodo y aun elegante. Se está bien en él. El día que el cronista fué a ver a la escritora, a ésta le había mordido un perro en la muñeca izquierda. Las heridas no eran muy profundas, pero estaba preocupada. Claro que cono-

cía a los dueños del animal—por cierto un perro joven que se erguía muy bien, yo lo vi—, y por todo ello no era probable que estuviese rabioso. Pero la muñeca de Dolores se había hinchado y le molestaba al go.

¿Cómo es, cómo ha sido o cómo fué la primera historia de Dolores Médico? Nació en Oviedo. Oviedo es una ciudad despótica e ilustrada. Lo que no acepta tampoco lo perdona. Es elegante, tal vez la más elegante. Es cruel. No se esfuerza por ser ciudad., y es, sin embargo, ciudad natural, al modo que un señor puede serlo por naturaleza. Sus caminos conducen a las montañas mejor que a otras ciudades. Y con frecuencia cae sobre ella—sobre la invariable cuadrícula del Fontán, sobre las losas rojadas y blancas de la plaza de la Catedral Basilica, sobre los viejos álamos del campo de San Francisco—, silenciosamente, el orvallo. El orvallo es la forma más triste y dulce que al agua le es dable adoptar. Pues bien. Dolores Médico es de Oviedo. Aquella ciudad la conformó originariamente.

El padre de la novelista era comerciante. Ella pudo estudiar Magisterio. Precisamente la enseñanza a los niños era y es su gran vocación. Su otra gran vocación. Cuando acabó la carrera eran por entonces años turbulentos, desconcertantes. Fué a Navia. Llegó a aquel hermoso pueblo asturiano con la justa pretensión de cumplir su sueño. No le fueron muy bien las cosas. Esta es la verdad. Tal vez porque fuese demasiado joven.

—No, ésa es la verdad. No me fué muy bien.

—¿Es que le daban mucha guerra los niños?

Dolores Médico sonríe pensando en la guerra de los niños.

—Sí, me daban bastante. Pero no era aquél el verdadero problema. Verá: yo había llegado con todas las ilusiones. Como comprenderá es la única forma de llegar a algún sitio que merezca la pena. Empecé a practicar los métodos de enseñanza que entonces se juzgaban revolucionarios, y que afortunadamente hoy resultan imprescindibles. Hoy se ha visto cómo aquellos métodos que yo me atreví a utilizar son absolutamente convenientes. Su fecundidad la ha demostrado la experiencia.

—¿Cuáles eran sus métodos?

—Pues que en vez de enseñar-

les a los niños las letras obligándoles a repetir las una y otra vez hasta la desesperación de la maestra y del niño, empleaba la mnemotecnia actual, a base de dibujos, ya sabe usted. Lo de hoy. Que en vez de enseñarlas Geografía sometiendo al martirio de retener en la memoria ríos y cordilleras, las hacía jugar con rompecabezas de mapas. Lo de hoy, ya ve, lo de hoy.

Ya digo que en el piso de Dolores Médico se está muy bien. Tiene, sobre todo, una sala espléndida, marco adecuado para largas conversaciones. Hay al fondo libros y un pequeño bar. Del bar saca la novelista una botella de licor y me invita. Sigue la conversación:

—Dígame, Dolores, ¿y de su vocación literaria?

—Eso también fué de siempre. Los cuentos, las poesías, las novelas. Al principio yo consideraba aquello como un sueño raro, el sueño de una maestrilla de pueblo.

—Nada más literario que ese sueño.

—Y al parecer entonces nada tan inalcanzable.

—Por cierto, Dolores, este cofiac que me ha servido es estupendo.

—Me alegro que le guste. Pues, como le decía: nada tan inalcanzable.

—Y, sin embargo...

—Todo a costa de bastantes sacrificios. Ya sabe—creo que lo han contado alguna vez los periódicos—cómo vine a Madrid. Había ganado un concurso de cuentos. El Concurso «Concha Espina». Me entusiasmo tanto que me vine. Después de la guerra había vuelto a mi Escuela de Navia. Llegué a Madrid, como le digo, y durante los primeros tiempos todo fué muy bien. Hasta me dieron un banquete. Y todo por lo del cuento.

El acento de Dolores Médico, que no lo ha perdido, ni lo perderá, es asturiano. Algunas palabras las pronuncia en bable, y esto al cronista personalmente le resulta delicioso.

MAS HISTORIAS: EL «CORREO DE AMARANTA» Y ASPIRACION A UN LIBRO

Sigue la conversación vadeando días y días, coyunturas, esperanzas y desilusiones. Alguna vez el diálogo se trueca en minucia, en problema doméstico. Por ejemplo: «¡Hay que ver lo que cuesta una lámpara!» «Yo quería poner aquí otra lámpara.» «Pues yo conozco Navia.» «Claro que hace mucho que no voy por allí.» «¿Y qué me dice usted de la merluza?» «Da miedo cómo se está poniendo la vida.» «Mire, para mí lo de los taxis no es problema. Yo cojo mi autobús...» Y es precisamente en estas cosas, a través de estos respiros extraliterarios—o tal vez no tanto—por donde voy descubriendo la peculiaridad humana de mi interlocutora.

Y la conversación vuelve a ser entrevista, a rendir servidumbre al oficio. A ser ella misma oficio.

Una reciente fotografía de Dolores Médico

—Después del cuento vino lo del «Correo de Amaranta», ¿verdad?

—Sí. Comencé a hacer lo de «Amaranta» en el semanario «Domingo». Era un consultorio sentimental. Llegué a reunir más de dieciséis mil fichas correspondientes a personas de todas las edades. Era un archivo humano, de reacciones humanas, fabuloso. Aquello me sirvió de mucho. Fué una de mis grandes experiencias.

—¿Fué por entonces cuando empezó la elaboración de la novela premiada con el «Nadal»?

—Sí, pero el primer original de «Nosotros, los Rivero» lo perdí. Tuve que escribir la novela de nuevo. Salió bastante distinta.

—Y mientras tanto, ¿cuál era su vida en Madrid?

—Muy simple. La de todo el que empieza en estas cosas de literatura. La de todo provinciano. Quiero decirle a usted que era bastante dura.

Y un día de enero llegó el premio.

La novelista, es curioso, se introduce en aquellos días en su triunfo de entonces sin demasías de nostalgia. Le interesa más el porvenir. Dolores Médico cree. Cree, por lo menos, en la esperanza. Ir siempre hacia adelante, ésta es la cuestión.

—Cosas. En fin, nada. Oiga... ¿quiere otra copa de cofiac?

—Muchas gracias.

Parece que no, pero llevamos ya dos horas hablando. Esto está muy bien. Dolores Médico me parece muy sincera. Y sencilla. Posee un concepto de la intimidad totalmente femenino. Tiende insensiblemente hacia la soledad.

AL FIN: «FUNCIONARIO PUBLICO»

Miro a la novelista en su butaca. Su espontaneidad me brinda todavía más elementos para juzgar con alguna seriedad su obra. Todo me interesa.

—Y empezó la lucha. Desde un domingo a otro domingo, o sea la semana entera, no era más y no es más que una lucha continua.

—Así ha sido y así será. Dolores. Mire cómo a pesar de todo ha escrito esta nueva novela.

—Eso sí. ¿Qué le parece?

—¿Quiere la verdad, la verdad?

—Claro. A ver, diga.

—Usted, Dolores, es más novelista que escritora. Su habilidad más alta es la sinceridad. Me parece que la sinceridad no la ha conseguido usted por medio de ninguna técnica: creo yo que le ha sido dada graciosamente. Hablo de la sinceridad humana que lo mismo sirve para escribir buenas novelas que para hacer buenos barridos. Hablar de la sinceridad artística como algo concreto, independiente, es una imbecilidad bastante grande. Sabe usted reducir los personajes a lo esencial. Conoce el tema que mejor le va a su condición de narradora y escribirá su mejor libro dentro de algunos años. Le digo esto porque todavía no lo ha escrito.

—¿Qué más?

—Por ahora nada más. ¿Está contenta?



—Le diré...

Sonríe Dolores Medio y pienso al verla sonreír que merece toda la felicidad del mundo.

Hablamos de «Funcionario público». Esta novela llega más madura que la primera. Los ambientes, los hombres, las cosas han sido vistas con perspectivas más amplias y más justas. Ni siquiera la primera parte de «Nosotros, los Rivero», magníficamente narrada, creo que supere a cualquiera de estas nuevas páginas todavía con olor a tinta. Hay algunas graves. Otras, deliciosas. Algunas, demasiado ingenuas. Todas vivas, terriblemente vivas.

LA NOVELA DE AVILÉS

A Dolores Medio no se la verá mucho por ahí, pero resulta que trabaja. Ella coge su autobús... Ahora prepara una gran novela una novela casi heroica sobre las tremendas convulsiones de Avilés. Avilés hasta hace poco villa tranquila, refugio aristocrático y algo bobalicón de «mirame y no me toques» de la gente de Oviedo, ruge ahora. El hierro, la técnica, los grandes diques, las audaces obras de ingeniería, como ustedes saben, la han transformado por completo. Debido a ello una variada y numerosa humanidad se ha vertido sobre ella. Hay allí una novela fabulosa, y Dolores Medio la escribe ahora. Esto es noticia, sobre todo, para los asturianos y particularísimamente para la gente de Avilés.

—«La siesta». La novela se llamará probablemente así. Ahí van todas mis ilusiones.

Luego hablamos, por imposición mía, de ella, de sus cosas. Hace algunos días la han invitado a una Universidad norteamericana para lectora de castellano. Irá. No lo había decidido, pero yo le he dicho que vaya.

Después hablamos de los libros. Un vicio. Un vicio muy grande. Por fin me enseña la casa.

—Mire, aquí están los libros. La cocina es un poco pequeña, pero me sirve. Aquí es donde trabajo.

Dolores Medio, novelista que yo aprecio muy profundamente, mujer que admiro, actual hoy por un libro vigoroso, tiene por fin algo de prisa. Nos vamos.

—Adiós, Dolores. Hasta cualquier día.



La autora de «Nosotros los Rivero», en el verano de 1953 en la finca de Casariego

(La he dejado junto a su autobús.)

CONTENIDO HUMANO DE LA MUJER Y EL LIBRO

Probablemente, el lector ha logrado entrever a esta altura del reportaje la carga de humanidad que lleva consigo Dolores Medio. Si hubiéramos de concretar en una sola expresión a la novelista diríamos que carece de artificio. Así, pues, la claridad y la sencillez son los mejores elementos de su tipo humano y de su libro.

El libro, «Funcionario público», ha sido planteado a partir de un momento cualquiera de una vida vulgar. Por ejemplo, un «funcionario público», un funcionario de Telégrafos.

—¿Existe alguna razón especial por la que se fijase especialmente en ese oficio?

—Especial, no. Tal vez porque a través de un funcionario de Telégrafos pasa con mayor claridad la ingeniería, el tremendo barullo incansable de la vida. Por lo menos, de un aspecto de ella.

—¿Fue muy costosa la elaboración de los tipos?

—Costosa exactamente, no. Si diversa. Como usted ha leído, un

hombre, un funcionario, encuentra una vez en la calle un carnet de notas. En él va la dirección y el nombre de una mujer. La imaginación del funcionario se desata. Y entonces surge la descripción de una y de varias vidas.

—Sí. Así es.

—Pues bien. En principio, el centro importante de la novela era aquella mujer. Pero a poco de meditar sobre ello caí en la cuenta de que no era la mujer, sino precisamente el funcionario, el que reclamaba el interés máximo. Esta fué la variación fundamental del libro.

—Al principio de la novela y en varios pasajes de ella describe usted minuciosamente las diversas partes del oficio de su protagonista, y aun su técnica.

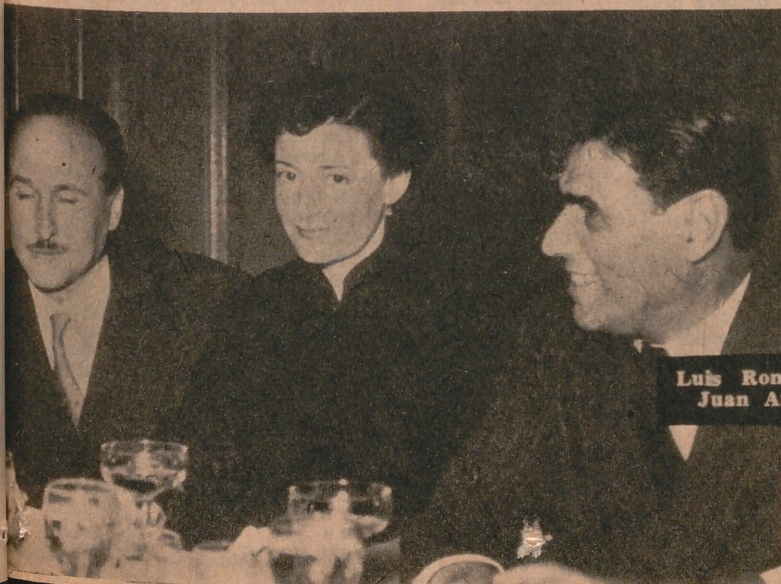
—Sí. Me documenté concienzudamente. Durante varias noches visité las salas de Telégrafos de Madrid. Llegué a conocer todo aquello muy bien. Hay algo curioso: nunca supieron que yo intentaba documentarme para escribir más tarde una novela.

La novela de Dolores Medio valdrá como un buen documento. Nunca la escritora se conforma con puntualizaciones elásticas. Por el contrario, concreta hasta el detalle, hasta la minucia intrascendente. Por ejemplo, cuando alguien lee un periódico, la novelista añade a la descripción de la lectura, lo que lee. Y hasta quien firma lo escrito en el periódico. Así es que, sin descubrirlo, algún periodista de Madrid «salió» en «Funcionario público».

No cabe duda que el ritmo comenzado con «Nosotros, los Rivero», señala un punto ascendente con el libro aparecido ahora. Sucesivamente así, Dolores Medio va por el mejor de los caminos. Esperemos la novela siguiente.

Carlos Luis ALVAREZ

Luis Romero, Dolores Medio y Sebastián Juan Arbó, tres ganadores del «Nadal»



LA ANTINOMIA DE LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA Y LA ALOCUCION PAPAL DE NAVIDAD

Por Ricardo MAJO FRAMIS

HUBO una primera revolución industrial. Es la que determina la verdadera modernidad, o «modernidad segunda», para expresar con cierta locucion, por así decirlo técnica, nuestros propios pensamientos conductores. Por esa modernidad segunda se caracteriza la verdadera estructura de nuestra sociedad contemporánea. La primera modernidad, que comprende a los siglos XVII y XVIII, fué más bien especulativa, o de posición del espíritu; es la Era que se llama del Barroco, en que el pensamiento humano empieza a inclinarse, como en curva aprehensora, sobre el espectáculo fenoménico de la Naturaleza. Ya no se trata de especular sobre las ideas puras, como en la Teología, como en la Filosofía sistemática, sino de observar el directo fenómeno, y aplicarle la investigación de esto que se llama ciencia. Habrá que reparar, de pasada, en que esta ciencia nueva ya no intenta buscar la explicación: del porqué de las cosas, sino meramente catalogar los hechos, induciendo de su fijeza y repetición las leyes que los guían, para así prevenir como serán los futuros fenómenos similares: la ciencia de las leyes de la Naturaleza no es una ciencia para satisfacer al espíritu, sino una ciencia para provocar la previsión de los resultados prácticos. De esto al puro reinado de la técnica ya no hay más que un paso.

Pero esta primera modernidad no era más que expectación: como se ha escrito antes, posición del espíritu. La verdadera modernidad amanece cuando se opera la revolución industrial, que llamamos primera, que es consecuencia de aquella posición del espíritu, y que se desarrolla en los años finales del XVIII y en toda la primera mitad del XIX. Comienza con los hallazgos químicos de la Lavoisier: cuando se piensa que hace doscientos años todavía no sabía nadie lo que era oxígeno, más se maravilla uno del tremendo progreso industrial y científico que modernamente se ha operado en la sociedad humana. Comienza, pues, con la química de Lavoisier, y con algunos aspectos nuevos de la interpretación de la Naturaleza, como son los trabajos de Cuvier sobre las especies vivas, que ya no hacen tanto a la técnica práctica humana, sino más bien a la teórica del saber. Los años primeros del 1800 son fecundísimos en invenciones prácticas: conocida es la importancia que los experimentos de Watt tuvieron para la futura industria decimonona: de la marmita de Watt surge el gigantesco desarrollo y perfección, la caldera de vapor que ha de revolucionar todo el sistema de los transportes y de la energética industrial, produciendo la desaparición del buque de vela y su sustitución por el buque alimentado de carbón. Es en estos años cuando Stephenson construye la primera locomotora, también pensada sobre la energía del vapor que desarrolla la caldera, y que en veinticinco años después puebla de líneas ferroviarias todo el ámbito de Europa y de la América de tipicidad y cultura europeas. Se sustituye el antiguo telar a mano por el nuevo telar mecánico, que primitivamente ideado y construido con el artificio de su lanzadera, en definitiva, es también el vapor el que la mueve. El mecánico inglés Avright es el primitivo autor del nuevo telar industrial. Como el vapor ha de ser producido por la caldera, y la caldera alimentada por la hulla, los países, como Inglaterra, ricos en minas carboneras, adquieren una hegemonía industrial en el mundo que correlativamente se traduce en otra igual hegemonía política. Esta edad del carbón se ve superada, o

perfeccionada, diciéndolo de una manera que toque más a su intimidad, por la iluminación a gas de las grandes ciudades, años después de las pequeñas, y, en fin, de todos los hogares. Pero el gas del alumbrado, en definitiva, no es sino hulla, y así toda la primera revolución industrial se hace sobre supuesto y abasto del carbón de piedra. Por eso nuestro poeta cómico Bretón de los Herreros, pudo escribir, sobre 1830, aquella donosa epístola que comienza con el conocido terceto

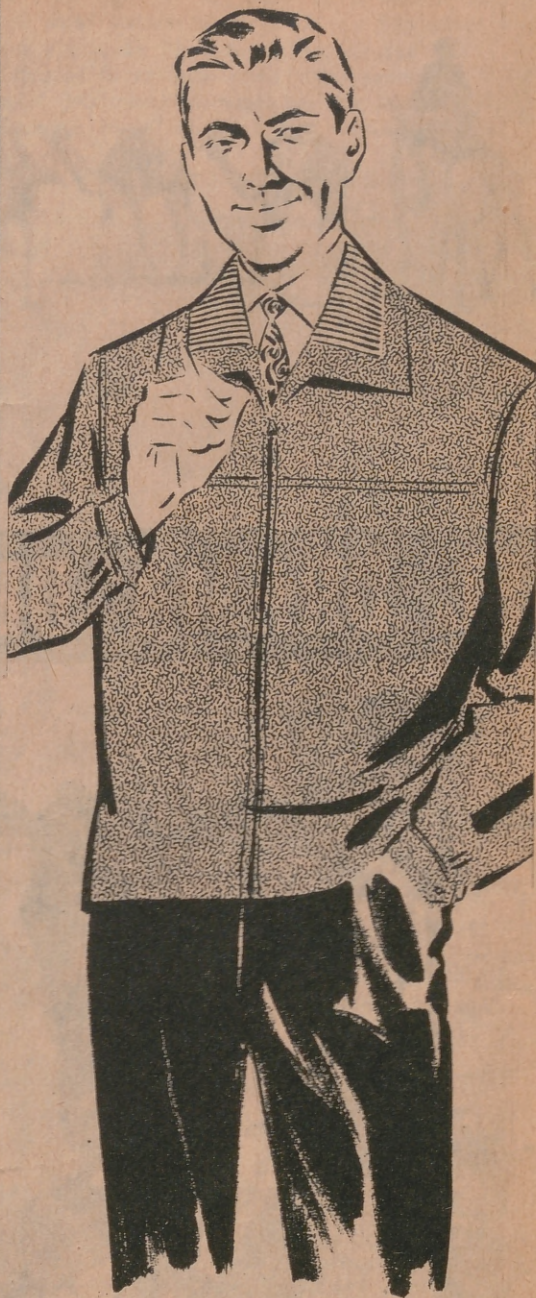
*«¡Oh, siglo del vapor y del buen tono,
oh, prodigioso siglo diecinueve,
o, por mejor decir, decimononc!»*

En realidad, esta primera revolución industrial, aunque en sus tiempos pareciera maravillosa, por lo que hacía a la ciencia que la formaba era un tanto tosca. No importaba ello al orgullo que generó en el espíritu humano: de ella se dedujo una especie de gigantomaquia de las posibilidades humanas; todo parecía posible, y el sistema de las ideas, el que se volcaba de los laboratorios y de los gabinetes de estudio a los aires multitudinarios de la calle adquiría una configuración materialista, por decirlo con la palabra vulgar, aunque mejor sería decir la palabra monista, que vale por una concepción del mundo como unidad y proceso de fuerzas materiales. Hacia 1870 esta primera revolución industrial ya había envejecido, es decir, como todas las vejeces, había perdido gran parte de sus ilusiones. Estas ilusiones eran la de formar un mundo mecanicista, que fuese feliz con la perfección que puede serlo una máquina, y articular un orden de ideas filosóficas, también de tipo mecanicista. La concepción del mundo operada por Ostwald ya muy a fines del XIX, es el último resultado de considerarlo como un mecanismo. También la sociedad era un mecanicismo, y la filosofía de Spencer es el postrero esfuerzo, para así mecanizar a la vida misma y a la humana sociedad. Claro es que este orden de ideas estaba en pugna con la espiritualidad de la Religión, que conceptuaba a la criatura humana como ordenada por la Divinidad, portadora de valores eternos, como ahora se dice, y susceptible de premio y de culpa. Es decir, la Religión creaba para el hombre el sentido de su libertad espiritual, mientras que las ideas derivadas de la primera revolución industrial, creaban ese otro sentido de su mecanización en grupo o en masa. Si bien se observa, el pensamiento bolchevique (y por ello es profundamente atrasado) deriva de esta concepción mecanicista del mundo, radicalmente hostil a toda religión, y que ya era muy vieja y estaba en decidida crisis hacia 1900.

La segunda revolución industrial, a que tan repetidamente alude el mensaje papal del día de Navidad, comienza con la crisis de la ciencia como poder especulativo (de 1900 aproximadamente es el grito de Brunetière sobre la bancarrota de la ciencia), y por paradoja, y en demostración de que la ciencia, lejos de estar en bancarrota estaba en trance de formidable superación, sigue con los hallazgos de las misteriosas fuerzas que residen en el seno antes desconocido de la Naturaleza. Tales son los descubrimientos de los cuerpos radiactivos por Curie; de la emisión por la materia de los extraños rayos «alfa», «beta» y «gamma», por Rutherford; la dispersión de la corriente eléctrica, que produce los rayos X, por Roentgen; y, en fin, por

La investigación de la incalculable energía que contiene el átomo disuelto, que han operado equipos de sabios, sobre las prevenciones y cálculos previos y teóricos de Einstein. Esta segunda revolución industrial se ha caracterizado por el uso universal del motor de explosión: el sutil vapor inflamable, que puede calentarse y dilatarse por la chispa de una magneto eléctrica, encerrado en un cilindro de acero y moviendo a un émbolo o pistón es el autor de todo; él ha hecho posible el automóvil y el aeroplano, y él ha hecho, contrariamente, imposible la vida regular de la sociedad humana sin disponer de ese producto refinado del petróleo, que se llama gasolina. Es decir, así como la primera revolución industrial se sustentó de la mina de carbon, esta segunda revolución industrial a que asistimos se sustenta de las fuentes de petróleo. Esta segunda revolución industrial ha creado tales maravillas, que todas las maravillas míticas del mundo antiguo nos parecen hoy juegos de niños. Es aún más: la primera revolución industrial todavía estaba hecha a medida del hombre; aunque gigantesca, todavía tenía proporciones humanas; era la técnica del titán, pero, al fin y al cabo, el titán, aunque desmesuradamente grande, todavía es un hombre. La segunda revolución industrial, especialmente en su última fase atómica, excede ya a las proporciones humanas, es cósmica; el hombre ya no opera en ella como hombre, sino como el sol, o como la nebulosa.

Pero en el orden de las ideas, que es el que ahora a nosotros nos importa, esta segunda revolución industrial, ¿ha trocado sustancialmente el sistema de las ideas heredado de la primera e industrial revolución? A juzgar por lo que ha dicho en su memorable alocución pascual Su Santidad el Papa, el sistema de ideas sociales y filosóficas, derivadas de la segunda revolución industrial, es casi el mismo que se dedujo de la revolución primera: Se trata de un realismo pragmático, que quiere hacer del hombre la medida de él mismo, y que aspira a crear por el perfeccionamiento de la mecánica social soluciones superadoras para todas las antinomias presentes que corroen a la vida contemporánea. Es la exasperación del humanismo; es poner al hombre de plantas sobre el suelo, y decirle: «Tú eres aquí el rey, y tu realeza es suprema; nada hay por encima de ti.» No es un ateísmo, por lo menos en el orden de las enunciaciones y principios, pero prácticamente sí es un ateísmo. A éste denomina el Papa «falso realismo». Porque la realidad es otra: la realidad es que el hombre separado del orden de Dios se hace como máquina bruta y pierde su libertad creadora de valores propios, o sea que pierde, no ya la facultad suprema de lograr la santidad, sino esa otra facultad descendente, pero en cierta manera también solemne, de ser posible al pecado. El hombre máquina nunca pecará; tampoco nunca será merecedor de los premios superiores. Y de este desconcierto que hay entre un sistema de ideas que nace de la prodigiosa realidad industrial y científica del mundo contemporáneo, y la íntima negación de la propia naturaleza humana, se generan esta angustia, este dolor de vacío, esta ineptitud para resolver los grandes problemas de la sociedad, que daña por dentro, y es como troedor y cuchilla clavada que lleva en sus propias entrañas la contemporánea sociedad. Todas las cuestiones que hoy agitan y atormentan al mundo, desde el pequeño problema del destino individual, el de cada uno, problema pequeño si se le observa grano a grano, pero magno problema si se le mira en junto y en perspectiva social, hasta las cuestiones políticas internacionales, esa O. N. U., ese espanto y gran sospecha de una futura guerra, las tiranías, las sublevaciones de las masas, el descontento universal, el tedio de la vida y la vaciedad de la vida, todo proviene de esa dislocación de uno y otro mundo, del mundo espiritual con el mundo físico, que ha producido el falso realismo de creerse que las maravillas técnicas son bastantes a suscitar un sistema de ideas que acallen los dolores del mundo moral. Y tomar como alma lo que sólo es cuerpo o masa, es el falso realismo a que tan repetidamente alude la alocución Papal. Esta discordia entre la moral y la técnica de la vida la hemos ya observado muchos. Es la gran cuestión contemporánea, y sin hacer de la técnica una servidora del espíritu, porque no pueden ser paralelas, porque no pueden ir por dos vías iguales hacia un desconocido de ventura, no se logrará hacer del espíritu sino el esclavo de la técnica.



CABALLEROS

Elegantes prendas de
ante, antelina y velvetón

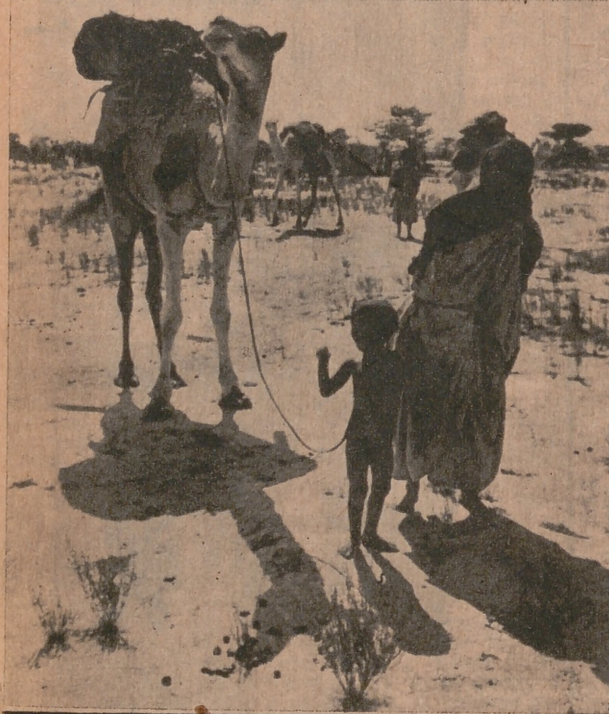
Galerías Preciados



SAHARA español.—Después de la prolongada y persistente sequía, que ha ocasionado muchas bajas en el ganado camellar, han surgido unas lluvias intensísimas que han causado a su vez graves daños. Se ha dado el caso de que numerosos camellos, sedientos en extremo como consecuencia de la sequía anterior, al provocarse inundaciones por las últimas lluvias, han bebido agua en tal cantidad que muchos de ellos han perecido.

(De los periódicos.)

EL DRAMA DEL DESIERTO TIEN UN PROTAGONISTA:



Camellos negros, amarillos, grises, marrones, blancos... en las ardientes tierras del Sahara



NO haga aspavientos, amigo. Está comiendo un bocado exquisito. Lo que está comiendo no es lengua de ruiseñor, pero es lengua de camello joven. La lengua de camello es el plato que Mahoma tiene reservado a sus fieles. Cómallo y no se haga el señorito.

Hice una seña al *saharai*, que me llenó el vaso de vino con una prontitud y una delicadeza semi-angélica. A mí la carne de camello me gustaba mojarla con vino cristiano. Para mí era algo así como bautizar una civilización entera.

Mi anfitrión era un oficial que no se quitaba la boquilla de la boca más que para comer. Fumar fumaba muy poco, pero la boquilla le dominaba. Hablaba alternativamente el castellano o los dialectos del desierto con una facilidad más de diplomático que de militar.

La carne de camello era tierna y rezumaba una sangrecilla escarlata muy sabrosa. No podría decir qué sabor me recordaba. Lo único que sentía es que al comerla me estaba tragando un gran mito. El camello para mí no sólo había representado lo exótico y lo soñado, sino el misterio y la magia del África. Que el camello estuviera dispuesto a dar incluso su carne para el viajero producía en mí la misma admiración que me producían los japoneses cuando se lanzaban convertidos en carga mortífera sobre el casco de un buque.

—Sírvase más, porque esto ya no lo tomará en la Península. ¿A qué es lo que se dice *bocato di cardinali*?

Y el comandante me enseñó su larga fila de dientes, unos dientes hermosos, más blancos que los de los camellos.

Atravesando aquella franja del desierto había visto algún rebaño de camellos. Y me había acer-

cado hasta ellos, con pasos tímidos, los pudorosa. instituíncipio su mirada era de desafío, pero terminado a correr estrafalando se encontraban tan a observarnos cometiculosos.

El ruido del mar los había puesto sobre medio del silencio paque simulacro de vallesaban metidos. Los habían escuchado algunos a otros se habían dando de la ansiedad de Todavía faltaban para que llegáramos ya estaban impacientes, excitados. De vez alguno lanzaba un grito que no se sabía júbilo o de cólera el *jeep* dando golpes sobre las rocas los camellos desperdieron concentrando.

Quien los pastaba una mujer negra que niño colgado a la espalda estiraba el cuello estezuela, y como pose de la madre. Si había el niño, no menos de flexibilidad había.

Conforme los fueron acostumbrando a los camellos, camellos blancos, grises, marrones, creí que habría especie de embudo una o cincuenta; pero centenares. Había mejor blanco, y el sol era tan fuerte que se estaban del pálido. Podrá comer esto, ¿me preguntaba de los excrementos volaban, produciendo sordo, moscardones formas.

—Y la leche de...

via no la ha probado?—me preguntó el teniente ayudante.

—No.

—Pues está muy rica.

Estábamos comiendo en pleno corazón del desierto. Rodeaban el hueco grande de la casa del jefe del destacamento otras casitas con su hueco pequeño encima. Era como un rebaño de huevos puestos de pie en medio de la monótona sábana de arena. En las afueras del poblado se abría la vertiente seca de un río, con la arena roja y resquebrajada y algunas palmeras. El sitio tenía su encanto. Las colinas onduladas a lo lejos simulaban verdaderas montañas.

Parecía imposible, en medio de un paisaje más austero, encontrar una mesa mejor abastecida. Es difícil encontrar en España un plato tan exquisito como el que habíamos comido, y resultaba también incomprensible que aquel cocinero árabe, con una capacidad tan extraordinaria para el refinamiento del paladar, estuviera encerrado a tantos kilómetros de la civilización.

—El mayor obsequio del *saharai* es matar para su huésped un camello joven—dijo el comandante.

La comida terminó con coñac francés y un puro habano. Estábamos charlando sosegadamente como antiguos patriarcas cuando oímos fuertes gritos. El *saharai* mueve unos alborotos tremendos para decir cualquier cosa. Nos asomamos a la ventana. Una pequeña tribu sobre tres camellos acababa de llegar al poblado. Seguían chillando y haciendo gestos con las manos. Los dientes blanquísimos y los ojos muy negros, pero con un brillo como de enfermos lánguidos y crónicos, se destacaban sobre el rizo de los cabellos y el azul descolorido de las amplias túnicas.

—¿Qué dicen?—pregunté.



EL CAMELLO

—Dicen que allá de donde vienen han muerto varios camellos.

De momento yo no concedía importancia a la cosa. Me figuraba que los camellos, por muy sagrados que sean para los árabes, tan sagrados como pueda serlo el santón o la esposa, tenían que morir alguna vez. El comandante, ya de mal humor, también les hablaba a gritos y parecía preocupado.

—¿Qué les dice?—pregunté al ayudante.

—Les dice que nadie tiene que comer camello. Que si comen camello se morirán.

Las mujeres, que apenas descubrían más que los ojos un poco y algo de la boca, también hablaban. Había en el gesto de los árabes un asomo de temor, de súplica, de fanatismo y de rebeldía que yo no comprendía bien.

—¡Si no los conociera yo!—dijo el comandante al dejarlos—Estos—añadió—se han comido, por miserables, los camellos muertos.

Los componentes de aquellas *jaimas* eran prácticamente igual que todos: familias difíciles de clasificar, con aire vagabundo y despreocupado, gente que lo mismo podía servir para cantar tiernas baladas que para comerse frito al lucero del alba. Eran tipos lentos, ceremoniosos, guapos, que al hacer sus reverencias descubrían burlescamente una sonrisa enigmática. En esta sonrisa brillaba un candor profundo, como de raza legendaria que aunque cansada, todavía tiene grandes recursos, si no de creación al menos de resistencia.

Después de la comida el comandante puso la radio y estuvimos oyendo la retransmisión de los partidos de Liga. Había quedado decidido que al día siguiente yo me internaría en el desierto acompañado de un sargento de las fuerzas nómadas que cubren la vigilancia de extensas zonas del desierto montados en camellos.



Un destacamento de tropas nómadas del desierto montadas sobre camellos

La cosa me hacía mucha ilusión.

EL CAMELLO, AMO Y SEÑOR

Durante la noche dormí mal. no creo que fuera la carne de camello. Dormir con la puerta abierta era para mí una sensación bastante extraña, sobre todo después de haber pasado unos días en Tánger. De madrugada se levantó un ventarrón enorme y sonaban ventanas y ruidos misteriosos por todas partes. Además, sentía frío.

Cantaron varios gallos y ladraron perros. Ya se notaba alguna claridad. Estaba esperando que el *saharawi* llegara a avisarme cuando pude escuchar unos alaridos terribles, algo así como si estuvieran torturando a un gigante. Poco a poco se fueron extendiendo los alaridos, que no siempre parecían expresar dolor. A veces también era como si un monstruo se carcajeara de manera horripilante y cómica.

«Vaya follón», me dije, y empecé a levantarme. Desde luego, la paz del desierto era un camello. Aquello era peor que siete mercados juntos, de esos mercados multitudinarios de los grandes zocos, donde cada uno pregona a gritos su mercancía mientras la voz de los animales trata de superar la de los hombres.

Pasé revista a mi atuendo y al equipaje. Me había preocupado demasiado de lo que necesitaría para ahora meterme dentro del desierto sin llevarme todas esas cosas que uno desde lejos ha creído que le serían muy útiles y que luego se convence de que no le sirvieron para nada.

Los alaridos continuaban. Cuando se presentó el *saharawi* silencioso y encantador que cuidaba de mí le pregunté:

—¿Qué es este griterío?

—Son los camellos.

—Pero, ¿qué les pasa?

—Nada, no les pasa nada. Siempre hacen eso cuando les preparan para caminar.

—Pero vamos a ver, ese grito agudo que se oye ahora mismo, ¿qué es?

—Eso es la camella, que pide macho.

Corramos un tupido velo de todo lo que vino después cuando yo abrí el ventanal y pude ver lo bárbara que es la despedida de una pareja de camellos cuando ella se queda plegada en tierra y él tiene que internarse desierto adelante, entre la soledad de tierra y cielo.

El adiós de los camellos enamorados realmente conmueve y pone los pelos de punta. Como un dios monstruoso y salvaje el camello dice que no a todo, y patatea rabioso estirando el cuello y lanzando ayes lastimeros y patéticos.

—Pues sí yo tengo que montar encima de eso—me dije, y no pude terminar la frase. Allí estaba mi compañero de viaje con un olor a camello, que casi me tiró para atrás.

Salimos. El cielo tenía un color azul, como todos los cielos; pero a pesar de la hora temprana, ya resultaba duro fijar los ojos en él. La tierra tenía un color dorado como de pan recién sacado del horno.

Y entonces vino lo irremediable. Había que subir al camello. El camello, mirado desde abajo, parece el pináculo de un montecillo, pero hay que intentar subir arriba para darse cuenta de que aquello es más alto que la torre de un barco. Más alto y más mareante. Cuando el camello empezó a elevarse parecía que no iba a terminar nunca. A mí no me extraña nada que los pueblos de camello sean pueblos soñadores, acostumbrados como están a reclinar la frente cerca de las estrellas. No me extraña tampoco que el camello, ese arte-

facto que almacena agua para las peregrinaciones más largas y costosas, sea el único animal que sobreviva a la técnica. Su misma arrogancia, su empaque despótico no recuerda tan sólo la fría compostura del diplomático o del financiero. Hay también en el camello esa hosca, lenta, negligente y madura sobriedad del sabio, de esos sabios que miran al futuro y se queman las yemas de los dedos con los cigarros sin darse cuenta. Ver al camello en lonjananza, sobre un paisaje movido de dunas rizadas, es bonito; verlo detrás de la reja de un pargue es más bien triste, y hace reflexionar sobre los extravagantes caprichos de la naturaleza. Pero una vez sobre su giba, el camello nos hace perder el sentido de la tierra, y por eso, a los conductores de camellos, con gran facilidad les entran impulsos guerreros o calenturas místicas. Puesto de pie el camello, la tierra adquiere un carácter de redondez resignada y trastornadora.

Me ayudaban entre varios a sostenerme, y alguno de ellos soñaría con cierto descaro.

—¿Qué tal va la cosa?

—Por ahora bien—respondí pleno de optimismo.

Me figuro que un Quijote a camello hubiera sido otra cosa, porque una aventura que empieza vomitando acaba pronto y mal. El traqueteo del camello, nada más enderezarse, es tormento que debe estar catalogado entre los suplicios más refinados.

—¿Andando?—dijo mi guía.

—Buenc—respondí conformado.

Sólo sé que, camino del desierto fascinante y arrebatador, perdí la noción de las cosas y que, de vez en cuando, me parecía escuchar la palabra «adiós», y veía unas manos que bullían en el aire como palomas cogidas en una red. La majestad de un hombre montado a camello, realmen-

te es grande; pero, además, el alejamiento del tiempo y del espacio que padece, es colosal.

Es un nuevo ritmo, una nueva andadura que no se parece en nada a la del burro ni a la del caballo. Es algo desacomodado, grotescamente ambicioso y paradójico.

«¿Por qué no caminará recto este instrumento», me decía yo, viendo que el camello se enfilaba a grandes saltos hacia donde quería sin posibilidad de dirigirlo, sin quererlo me salían frases domesticadoras, palabras que sirven de alguna orientación hasta para las mulas, que ya es decir. Pero el camello, unas veces rectilíneo, otras flexionándose, avanzaba como un cometa. Ni siquiera me daba tiempo a enterarme de cuál era la suerte de mi guía. Aquello no era tampoco un trote; eran saltos absurdos sobre el más sintético de los vacíos.

Dejamos atrás el poblado. Seguimos la huella de un camino que se sabía que era tal porque de tarde en tarde nos encontrábamos alguna piedra pintada de blanco. Habitado al desierto que se aprende en los libros o a base de referencias fantásticas, siempre estaba esperando que aparecieran las dunas en cadena, esas dunas que son como olas y que tienen en su piélago las arenas más brillantes y finas. Pero la tierra que pisábamos era seca, de cantos, tierra resquebrajada, en donde ilusamente crecían algunas matitas o grandes espinos. Y tampoco era todo recto, igual, monótono; en lejanía se divisaban altos y bajos, tierras blancas y tierras grises. Casi se podría decir que se divisaban arboledas y picachos de montes. Luego pude darme cuenta de que todo esto eran figuraciones, efectos de luz.

«¿Será esto el desierto?», me preguntaba en los ratos que me dejaba libre la imaginación el zarrandeo del camello. El desierto tiene poca apoyatura para su descripción. Todo es pelado, desnudo, mondo, igual que en las calaveras; pero aun las calaveras tienen algo más que contar que el desierto. Todo lo que el desierto tiene de misterio sobrecogedor y realidad imponente es lo que tiene de calavera. Caía ya sobre nuestras cabezas un solanero bastante regular.

Con otros animales uno llega a familiarizarse, pero con el camello me iba sucediendo lo contrario. Si antipático y pedantón me había parecido al montar en él, al cabo de un rato me parecía insostenible. No sólo movía la cabeza hacia un lado y el otro, como diciendo «¡ones!», sino que, de improvisa, parecía querer pararse, daba unas cabezadas malévolas y chasqueaba la lengua como un borracho.

Mi guía venía detrás, pero yo apenas me atrevía a mirarlo. Era muy fácil que el camello me tirara al suelo. Ya me habían advertido que todo el gozo del camello está en volcar en tierra al viajero y pisotearlo. Más de uno ha muerto de esta bonita manera. El camello estrababa el cuello como olfateando en la lejanía del paisaje algún oasis succulento con hierba sabrosa y camella caliente.

—Pero a este tío loco—grité a mi compañero—parece que le han dado cuerda.

—Todo consiste en dejarnos llevar. Puedes dormir si quieres.

Yo creo que fué oír esto lo que perturbó totalmente a mi camello, y volviendo la cabeza repentinamente me puso la boca, los dientes, la baba, a un palmo de la cara. Los ojos del camello, fijos en mí mientras palaleaba y saltaba enfurecido, me llenaron de pavor.

—Estate quieto; ya se le pasará—me decía el guía.

El camello se retorció como si le hubiera mordido una serpiente. Cada vez que se movía podía escuchar dentro de su vientre los gluglú del agua o de las mantecas, «¡aya usted a saber. Y no quiera andar. Con un énfasis ridículo daba unos cuantos pasos y se paraba. Cuando se paraba concertaba unos movimientos bamboleanes que me ponían a punto de morir. De repente comenzó a gruñir de un modo desesperado.

El guía se bajó tan pronto logró que su bicho se inclinara, cosa que tampoco fué fácil. Vino a mi camello y le gritó en plena cara. El camello parecía no querer enterarse y adoptaba una actitud como de profesor distraído.

—Oye, ¿será que tiene sed? Fíjate cómo saca la lengua—le decía yo.

—¿Sed? Este lleva agua en el buche por lo menos para dos meses. Lo que pasa es que es un zángano, y hasta que no le atizan le gusta andar de bromas.

También el bajar era costoso. Por fin, descendí y me puse a correr por el suelo como un preso recién soltado del cepo. A mí también me entraron ganas de correr, virar hacia la derecha o la izquierda, saltar, lanzar gritos. «Desde luego, no hay nada como una bicicleta», me decía a mí mismo. La bicicleta, la moto, incluso el avión o la barca van a donde uno quiere, pero el camello... El camello es terco, voluntarioso y de muy malas intenciones.

Como pude subí en el otro. Y reanudamos la marcha. Aquél ya no era tan discolo. Caminaba tieso, muy tieso, pero en línea recta, presumido, coquetón. Yo no me atrevía ni a hablar siquiera. También el vientre le gorgoteaba como los odres de vino encima de un carro en Castilla.

—Puedes tomar un bocado—dijo el guía.

No éramos más que dos puntos

irrisorios en medio de eso que se llama la inmensidad. Dos puntos que iban al encuentro de la nada porque nada parecía que pudiera encontrarse desierto adelante. De tarde en tarde el camello del guía clavaba sus ojos inquietantes y perturbadores en mí. Como podía procuraba alejarme.

—Fuma si quieres, hombre.

Seguimos avanzando en la llanura sin fin. Pero no era posible entregarse a ningún bello sueño. Ni un asomo de hierba fresca, ni el aleteo de un pájaro, ni la sombra de un árbol o el espejo de una corriente de agua era fácil ni posible que pudiera encontrarse en cientos de kilómetros. Todo esto quizá pudiera encontrarse, pero repartido, mutilado, paralizado, muerto. La única ilusión que florecía en el paisaje era en forma de unos matorrales espinosos y polvorientos, y a ellos se iban derechos los camellos como locos. La planicie tenía pocos altibajos, todo era igual: tierra dura, arcillosa por unos sitios, pedregosa por otros, con aislados flecos de arena. El desierto hervía como una olla y el vapor que se levantaba de la tierra fingía nubes, arbolados, montañas.

Los camellos cambiaron de paso. No hubo que guiarnos hacia ningún lado; ellos mismos fueron enfilándose hacia una hondonada.

—¡Jaimas, jaimas!—grité.

—Sí, son jaimas.

Al cabo de un rato largo nos acercamos a las jaimas. Cerca de allí fuimos distinguiendo camellos, numerosos camellos, blancos y parduzcos.

Un *saharawi* nos salió al encuentro. Era un tipo pequeño, con las piernas cortas, torcidas y negras y el pelo rizado. Llevaba entre los dientes un trozo de talja.

—¿Están todos bien por aquí?—preguntó el guía.

El *saharawi* se deshacía en atenciones. Nos brindaba su hospitalidad. Muy pronto empezaron a verse correr niños y mujeres. Los niños iban desnudos; las mujeres exageraban las composturas, plegando bien los velos a la frente para esconder los ojos y disimular la boca.

—¿Qué tal anda el ganado por aquí?—preguntaba a unos y otros el guía.

—Bien. Sea siempre la voluntad de Alá.



Un grupo de vigilantes del desierto de legendaria estampa

—Pero tenéis que llevar cuidado con los camellos si se muere alguno. No hay que comerlo.

—Lo que Alá quiera.

Los nómadas hablaban de que lo que estaban esperando era que lloviera, que quizá ya por otros sitios había llovido; que si llovía y Alá lo disponía podrían sembrar cebada y el ganado no pasaría hambre. Hablaban uno detrás de otro y todos decían lo mismo.

Nos invitaron a leche de camella y a té. Al cabo de un rato proseguimos el camino. Por lo que ellos sabían, en determinada dirección había más ganado y más jaimas. No sabían bien a cuántas horas de viaje, pero seguro que podríamos llegar antes de anocheecer.

Atravesamos algunos cerros pedregales. La piedra de los montes reflejaba al sol como una gema colosal. También atrevimos a salir a las salinas medio hundidas. La sal parecía agua sucia y helada. A lo largo se divisaba algo parecido a un lago.

—¿Ves que parece que hay agua? Pues no hay nada.

Por la línea del horizonte vimos pasar a una velocidad de superconstelación a unas cuantas gacelas. Marchaban veloces, dando saltos y deteniéndose de trecho en trecho.

—¿Les tiro?—dije.

—Es inútil, no les darías. Cualquiera de estos árabes no desperdiciaría un tiro.

Los camellos se habían amansado. Caminaban dóciles, prudentes, flosóficos. Hasta se paraban cuando algún súbito cambio de luz nos revelaba porciones desconocidas del paisaje. Encontrábamos sobre el suelo huellas antiguas de coches, señales de hogueras y de jaimas. Algunos montones de piedras nos hablaban de que por allí había pasado alguien alguna vez. Algunos de estos montones eran tumbas. El sargento husmeaba el aire queriendo presentir por la humedad de algunas arenas o por la aparición de matorrales la cercanía de *graras* de pastores y rebaños.

—Oye, eso que se escucha, ¿qué es?

—Son hienas.

—¿Las hienas son tan feas como dicen?

—Peor.

De golpe, aquel trozo de plane-

ta se estaba apagando y la tierra transpiraba una rara frialdad. Una paz aterradora iba dominando la anchura de la tierra.

Los camellos se iban parando, como si se durmieran de pie. De repente les entró a los dos un trocillo estúpido, como cuando un señor muy serio se pone a hacer payasadas.

—Estamos cerca de un «frigo».

—Bendito sea Alá—respondí.

No me hacía ninguna gracia dormir en plena soledad. Que viniera pronto la compañía, aunque fuera de moros piojosos y buenazos como son los nómadas del desierto.

—¿Es que no hay machos a

—Yo no veo luces—decía yo.

—Pero daremos con ellos ya verás. Los camellos lo han olido.

Era cierto. Al cabo de media hora de camino encontramos una hoguera y un grupo de *saharais*. Se veía que había por allí bastantes familias de la misma tribu. Formaban un campamento bastante regular.

—¿Y cómo hay tantos por aquí?—ureguntó el sargento.

—Estamos llegando—contestó uno de cabeza afeitada que tenía sarna o algo parecido.

Y miró al cielo muy significativamente.

Para el nómada la nube es la que manda y ya todos estaban adivinando grandes lluvias por aquella zona. Se habían venido con el ganado y las familias esperando sembrar y salvar los camellos. Lo que diezma el ganado en el desierto es la escasez de agua. A la falta de agua sigue la escasez de pastos. Los *saharais* suelen tirarse al colete caminatas de 60 y 70 kilómetros por recoger de un pozo unos cuantos litros de agua. No siempre el agua es dulce, y a veces, cuando llegan se ha agotado. Los nómadas conocen perfectamente todas las posibilidades de hallazgo de agua, aunque sólo sean 30 litros y estén bajo tierra o entre piedras en las vertientes de los ríos secos.

Tampoco allí había habido camellos muertos. Allí lo que estaban esperando es que lloviera. Todo parecía predecir grandes lluvias. Si no llovía los camellos, que se habían multiplicado, morirían de sed. El ganado necesi-

taba agua con toda urgencia. Y era una gran lástima si no llovía.

—Pero Alá es bueno y lloverá—dijo el que hacía de jefe de la tribu.

Mientras él hablaba yo miraba al cielo. Unas estrellas lejanas indiferentes, tercas, como heladas, navegaban por el cielo. La luna parecía un pandero seco.

Se empeñaron en matar una camella tierna. Y comimos pinchitos picantes con te caliente y mucho azúcar. Sin hacer caso en dónde caía, si entre ratones, cucarachas o hienas, me metí en mi saco y rápidamente me dormí.

AGUA, AGUA; BENDITO SEA ALÁ

Sólo recuerdo que estaba soñando con algo espeluznante. Mientras nos echábamos a dormir y nos fumábamos un cigarrillo, el sargento me había contado que lo peor del desierto es cuando, habiendo aumentado las crías de todos los animales viene un período de sequedad y hambre. Entonces los animales mueren y puede sobrevenir la peste. La peste hace que los animales vivos se vayan comiendo a los muertos. Los muertos van imponiendo así su ley de exterminio. De los camellos y las ratas pasa a las gacelas y a los conejos. De los animales, a los hombres. Yo soñaba con una plaga en que todo el mundo se comía el rabo o lo que encontraba del vecino. Probablemente era la camella que no había terminado de sentarme bien.

De pronto sentí un griterío espantoso, y sobre el trecho de la tienda tronaba la lluvia con sus manazas de torrente diluviador.

Lo primero que se me ocurrió pensar es que allí, en el desierto era muy fácil perecer ahogado, arrastrado por las aguas. Llovía de una manera violenta y salvaje.

Los *saharais* tendían los brazos al cielo y bendecían a Alá mientras caminaban de un lado para otros profiriendo gritos y amenazas.

—Pero ¿por qué protestan ahora—pregunté al sargento.

—Es que ahora tienen que sa-



Un alto en el camino junto a un arroyo seco. Los camellos descansan



La majestad de un hombre montado a camello, realmente es grande, pero, además, el alejamiento del tiempo y del espacio es colosal

ir todos los hombres y mujeres a sujetar el ganado.

—¿A sujetarlo?

—Los camellos tienen sed atrassada. Si beben todo lo que quieren morirán. El camello todo lo hace un poco a lo astúpido. Mientras ve agua bebe. Y bebe hasta reventar.

El ganado corría desmandado hacia aquellos sitios donde el agua no se filtraba. Buscaba anhelosamente los lugares pedregosos. Mombres, mujeres y niños corrían entre los camellos.

—Buen elemento aquél.

—Aquél es el macho entero.

—¿Es que hay machos a medias?

—No hay más que un macho para padrear. Los demás son castrados. Todo ese rebaño es de camellas de cría y camellas sin fecundar.

Caía agua como si fuera el diluvio y los *saharavis* corrían de un lado para otro hechos una sopa. La tienda chorreaba agua por todas partes. Corrían pequeños riachuelos y saltaban las gotas de agua sobre el suelo como si cada gota fuera un paca en plata.

Nuestros dos camellos miraban al cielo indolentes y tranquilos. Era como si todo aquello no fuera con ellos.

Seguía lloviendo varias horas. Era imposible retener a los camellos, que se metían en las charcas de manera tozuda, enérgica, pisoteando a los pobres nómadas. A mediodía la lluvia había concluido y el cielo se esclareció. El arco iris nació en dos puntos que parecían no distar ni medio kilómetro.

Cuando cesó la lluvia vimos la cara de muchos de los moros de la cábila completamente vencida por la tristeza y el infortunio. Era verdad que iban a salir de apuros y podrían sembrar cebada. Crecería la hierba en los pastizales. Se salvarían. Pero antes



Una «jaima» de nómadas en el Sahara

iban a tener que pasar por un trago bien gordo. Muchos de los camellos que todavía se movían de pie llevaban dentro una muerte inminente

—Si muere alguno no hay que comerlo.

—Alá es bueno y lo ha querido así—respondió el jefe de aquella tribu que, por ser de pastores y agricultores, tenía fama de pacífica, sencilla y trabajadora.

—¿Seguimos?—dijo el sargento.

—Vamos—respondí.

Ni a él ni a mí nos tentaba presenciar el duelo que se avecinaba sobre el campamento. Además teníamos mucho camino por delante.

Al verme de nuevo encima del camello me dió por reflexionar sobre el destino verdaderamente dramático de este bicho que resiste más que ningún otro animal sin tragar agua, pero que cuando la tiene delante es capaz de morir bebiendo.

Desde lejos los *saharavis* nos decían adiós. Las pezuñas de los

camellos se hundían en el barro a veces hasta más de un palmo.

—Tú ve detrás de mí—me dijo.

—Conforme.

Y por unos instantes la misma piedad que sentía por los camellos empecé a sentirla por mí mismo. Nadie me había dado vela en aquel entierro, y de una manera boba me había metido lo que se dice en la boca del lobo. Si recién comenzado el viaje ya nos había tocado presenciar aquello, ¿qué sería cuando tuviéramos otras emociones y otros peligros en frente de nosotros? Saqué la cantimplora y me aticé un trago de ginebra. Después encendí un cigarro. Alguna vez puse las orejas alerta. Me parecía escuchar bandadas de pájaros. Pero no veía nada. El sargento llevaba la cabeza inclinada y era como si fuera durmiendo cómodamente encima del camello.

Alguna vez los brazos resecos de los cactus me parecían pedazos de esqueletos.

José Luis CASTILLO PUCHE



comprar, a mediados de abril, y el 12 de mayo se habían ahorcado.

Ni una línea más sobre el hecho, ni la idea siquiera de retroceder para investigar. ¿Qué nos iría en ello? El Colorín está entre nosotros y no nos sentimos escribanos. Aunque si es cierto que la Justicia, en este caso, fué olvidadiza; no vió indicios de crimen alguno y el suceso lo despacho por medio de una simple diligencia.

Desde ese día comienza la historia de Colorín, la vida de Colorín, que, además, carece de relato. Porque a sus sesenta años y pico, tres duros y reales de edad —los años se cuentan por reales entre los pescadores de esta barriada, que está sólo a kilómetro y medio de Almería—, el Colorín no ha salido de las playas del Zapillo, el Alquíán, las Almadrabillas y la Garrofa. Cuatro playas de la capital de Almería que caben en la palma de la mano. La ciudad casi no la conoce. El mismo, con su voz estrepajosa, nos ha dicho, para que nos diéramos pena oírle:

—Soy el Colorín; vivo como en una jaula, desde aquella montaña a aquella montaña.

Había señalado con las manos el castillo de San Telmo y cabo de Gata, la mitad escasa del litoral de la pequeña bahía de Almería.

I

Aquel 12 de mayo, de un año sin determinar, nace en realidad un niño que tiene ocho años de edad. Y este niño es de tierra adentro... Pero está ahora, en que su existencia comienza, frente a un paisaje nuevo: el mar. Otra vida que cambia también por la psicología de las personas. Hay más alegría para los ojos y para el corazón. Frente al mar, los hombres ruedan, no son como árboles; la vida se desliza ligera y sin monotonía.

Trasplantada aquí el alma del niño, donde el dolor del pobre es menos triste, donde se sueña como si siempre se estuviera en primavera, el Colorín de hoy, de muchos años atrás, brota sin signo alguno de tragedia, sino amorosamente arropado por la simpatía de un ambiente sano que tiene el saco roto para las penas. Se sabe de la bondad de vivir, aunque se trabaje esforzadamente, y el hombre no es un ser andrajoso, miserable y apenado. Hasta en la hora de una red destrozada, de un poco malogrado, el pescador os saludará poniendo fe en sus labios: «¡Buenos días nos dé Dios!»

De esta arena que el Mediterráneo baña está hecho el Colorín... Y por eso el Colorín es bueno, noble y sufrido. Es como tierra del mar, que no ensucia.

Pasados ya los primeros meses de ir el Colorín de una casa a otra, llevado y traído por el corazón de buenas gentes, de él

mismo salió, viendo a otros niños de su edad, que allí había que trabajar, sacando del mar el pan de cada día. Allí pronto comienza el trabajo diario, sin esperar casi al amanecer de la adolescencia. Pero con todo, el niño tiene infancia, juega y parece alegre. Hay demasiada luz, tanta y tan inmensa belleza en este mar, que hasta la pobreza se esconde. Un niño calzado y un niño descalzo no se distinguen. Se está en la playa. Además, todo es fantasía para ellos, que, ágiles y contentos, dan una sensación de bienestar. ¿No será que el sol y el mar penetran en los corazones?

Luz interior se ve en estos niños, nada miedosos, pero finos en su estampa. Son niños de alegría rebosante, sin picardía y sin hiel, que coronan su cabeza de rosas sin enredar una sola espina.

Entre estos niños estuvo ayer el Colorín, como hoy hay otros. Pero el Colorín era huérfano, pudo haber llevado el frío de la soledad en su alma. Y no conoció este frío. Para qué rodearse de la ceniza de malos recuerdos si podemos sacudirnosla con facilidad. Y esto, que no podía pensarlo el Colorín, su instinto se lo decía. ¡A veces el hombre sale de él mismo como de un pozo, e irónicamente borra toda la sabiduría con un rasgo de bondad suya propia, sin manantial que le haya alimentado! Esta es la gran verdad, la inmensa verdad, de este Colorín nuestro, de los que sólo le conocemos. ¡Un espejo donde contemplarnos para sentirnos pequeños ante él, que es muy pequeño físicamente, pero de brillantez humana, como no teniendo medida posible! Nadie debiera de retratar la belleza física, cuando en un ser encorvado, pequeño y desmedejado, que parece caerse y se sostiene —¡no sabemos

EL COLORIN

(Cuento que brota de la realidad)

Por Jose Miguel NAVEROS

EL personaje penetra despaciosamente en las cuartillas, cautelosamente y como avergonzado. Nuestro hombre, el Colorín, no es uno de esos tipos de novela neorrealista, que puede ser destripado por su maldad ante los ojos del lector. El Colorín no es casi nadie, aunque tiene una existencia real bien definida. Es un hombre bueno, que quema su vida como pescador, y no otra cosa. Pero él, con su presencia en el mundo, airea una historia humanísima de bondad que le eleva a la categoría de héroe. Héroe de un lugar y de un ambiente... y héroe de él mismo.

Empecemos desentrañando que el Colorín no tiene ningún otro nombre o que si lo tiene lo ignora él mismo. Porque su patronímico se quedó borrado para su propia memoria. De dónde le viene el mote tampoco lo sabe. Un día, quizá, le llamaron el Colorín, y por el Colorín se le conoce. Esto, que parecerá raro, es así, porque el Colorín carece de la historia de su niñez. Teniendo sólo ocho años de edad, al levantarse y salir al patio de su casa, se encontró con el horroroso espectáculo de hallar a su padre y a su madre colgados de una viga. Ambos se habían ahorcado. Salió a la calle horrorizado, gritaba desesperadamente y acudieron los vecinos, que avisaron al Juzgado. Retiraron los cadáveres, tras del correspondiente levantamiento judicial, y el Colorín se quedó en la barriada del Zapillo sin que nadie le preguntara nada ni se preocupara de él. Y desde entonces solo ha vivido, aunque acogido cariñosamente por los vecinos de esta barriada de pescadores. A sus padres no los conocían; llevaban viviendo en el Zapillo escasamente un mes. Llegaron a ocupar aquella casita, que acababan de

si cogiéndose con las manos al cielo!—, se guarda algo parecido a la bondad del ángel. (Que yo no describo... ¿Dónde está el signo, para nosotros, de la luz celeste, inmensa, que lleva a Dios...? ¡Los ángeles son de luz vivísima, y la sola ilusión de nuestros ojos, una sombra borrosa, nada!)

El Colorín, que no ha debido tener idilio alguno con las cosas, no es nada, y, sin embargo, nos han contado de él escenas enternecedoras. Su pan, escaso y sudado, los días que la jábega no daba ni para hacer un reparto de calderilla —felicis tiempos en que la calderilla era dinero—, lo entregaba a un niño, a una anciana. Al viejo Enero, pescador que ya ha muerto, ciego de nacimiento, lo acompañaba y atendía. Era como la Providencia, que ayuda siempre al que más lo necesita. Y el Colorín, cierto es, no sabía por que hacía esto, por qué daba lo suyo, escaso hasta para él, pero él lo hacía. ¡Cómo un sentimiento profundo animaba y anima su existencia! Yo he pensado si el Colorín puede ser una de las pocas raíces que en forma de hombre ha puesto Dios en el mundo. No hay el más leve indicio de blasfemia en ello, como no hay pecado en los «taos» que suelta el Colorín. Son palabrotas de pescador que el mar agradece oírías. ¿Qué da el mar, en su inmensidad, frente a la desventura de los que con manos sacerdotales lo acarician un día tras otro hasta entregarle la vida? El Colorín es el poema del hombre y del mar, sin agotarse nunca, extenuándose para que el poema siga cantándose.

II

No parece borrada la figura pequeña del Colorín cuando está entre los pescadores. A la hora de tirar de la tralla, se afana como el que más, suda como el hombre más fuerte, pone igual interés que el propio patrón. Cuando la red se aproxima a la playa, acude a la banda, se adelanta a todos, y con medio cuerpo dentro del agua su destreza es admirable. De dónde saca sus fuerzas, nadie lo sabe. Habrá que pensar que si al andar produce la sensación de agarrarse con sus manos al cielo, en esos momentos son sus dientes, mordiendo el aire, quienes le sostienen. Pero él, tan pequeño, está allí agigantado, con reciedumbre, ganándose justamente su soldada. ¡El pan que se lleva a la boca diariamente es pan sagrado!

Terminada la jornada y hechas las partes proporcionales del pescado vendido, reparto equitativo como no existe otro, si es que el pescador pudiera distribuir ganancias positivas. Llega la hora de beber vino. El Colorín no falta. Está presente.

El tío Campico, que es el dueño de la barca, se fija en todos como si pasara lista. Ve que entre sus hombres ninguno ha desertado, y ordena autoritario:

—¡Cuatro jarros para empezar, paga la barca!

El Colorín, adiestrado, se acerca al mostrador, al que apenas llega, y va sirviendo. El primer vaso es para el patrón. Ya nadie se acuerda que hay que comer. Hoy, la pesca fué regular, y es día de beber.

Si alguno pide una sardina en aceite, un tomate adobado con sal, una molla de bacalao, que a nadie se le ocurre ofrecerle al tío Campico. El, teniendo el vaso por delante, hace como que no ve, pero si se le invita a comer, con su voz ya enmarañada por el vino, dice tartajosamente: «¡Para acompañar al vino sólo palabras!»

A las cuatro, a las cinco o las seis de la tarde, según las circunstancias, la taberna se va quedando vacía. El Colorín sale con los últimos. Y a veces, se vuelve para pedir fiado su último vaso.

Antonia, la dueña de la taberna, se lo sirve. El Colorín, poniendo cara de conejo, la sonríe agradecido. Ella, que en una libreta traza una raya o más por vaso fiado, al Colorín no se lo anota. Es el único cliente ante el que se siente generosa.

El Colorín, llega a su choza o se queda en el camino. El no tiene mujer ni hijos que lo recojan. Pero si no puede con el vino que lleva en el cuerpo se echa en cualquiera parte. Es como una piedra más, entre la tierra... Y la luna... y las estrellas le cobijan. En cierta ocasión, tumbado como estaba en medio del arroyo, una caballería envarada a un carro que corría espantada y sin carrero, se paró mágicamente al llegar ante él para no aplastarlo. A las voces de los que asustados presenciaron el hecho, el Colorín, se despertó. Se levantó tranquilo y acarició la caballería, que prosiguió su marcha.



El Colorín, como oración, elevó sus ojos al cielo del Sur. Alguien vió que por sus mejillas corrían las lágrimas. Era la primera vez que lloraba.

III

El Colorín respetaba a los animales. Nunca se le vió perseguir a ninguno como hacen otros niños. Sin mostrarse mimoso con ellos, molestándole las zalamerías de los perros, les echaba sin espantarlos. E incluso, era conocido de la jauría de perros del Zapillo, que a él, como excepción, ni de día ni de noche, le ladraban.

Pero una tarde, viendo que una pareja de carabineros, azuzaba a un perrazo contra un chucho feo y sarnoso, que estaba a punto de ser descuartizado, se metió entre ellos y se lo arrancó a la fiera del hocico. El perrazo, impávido, dejaba de acometer a su víctima. El Colorín, amoroso, se echó en sus brazos al pequeño can y se lo llevó. Desde aquel día, sin quererlo, fué el dueño del perro más horroroso del Zapillo.

Propietario ya de algo en su vida el Colorín, y precisamente de un perro flaco que no es propiedad que desear, se encontró con un problema que no era distinto al de él: el perro también comía. ¿Cómo resolver la alimentación del chucho? En su cabeza sólo tuvo entrada una idea: abstenerse de unos vasos de vino, diariamente, para con este pequeño peculio sostener a «Macarrón», que era como llamaban al can. Y lo dicho: el perro encontró su despensa en la limitación del único vicio de su amo. Hasta entonces «Macarrón» no había tenido dueño.

No le fué mal al perro junto al Colorín. engordó, se puso lustroso... y hasta probablemente, fué envidiado por la perrería depauperada de la barriada. Si «Macarrón» se mostraba satisfecho, el Colorín se sentía halagado. Había oído en más de una ocasión, decir:

—¡Es el perro del Colorín!

¡Qué pequeña y qué grande vanidad al mismo tiempo! Y es que para el Colorín, sin nada en la vida, «Macarrón» era como una costosa joya. Joya que él no había querido, sino que se la encontró y cuidaba por profundo amor a todo. Así es este hombre, abierto a los cuatro puntos cardinales que nunca negó nada. ¡Qué satisfacción dar lo que no se tiene, Colorín, a cambio de lo poco que has recibido de la vida!

IV

La noche acaba de ser triste. Llovió mucho, y el Colorín, que estaba lejos del Zapillo, tuvo que pasarla con «Macarrón» medianamente guarecido en una vieja choza de la playa, desechada para los carabineros. Soñó. Se contemplaba vestido de marinero y embarcado a bordo del cañonero «Lauria». ¿Cómo era posible tal milagro? Pero debía ser así ya que, incluso, en la manga de la marinera llevaba galón de artillero.

El Colorín, tenemos que explicarlo, ha venido esperando inútilmente su alistamiento sin que nunca lo llamaran. Los hijos del tío Campico habían vuelto del servicio; de los Rondines, que eran tres hermanos, el más joven y mayor que él, se encontraba embarcado en el «Alfonso XII». Y él, mientras, sin esperanzas de ser alistado.

Se sentía abrazado a este sueño, cuando «Macarrón», anunciándole el día, se le acercó mimoso y lamiéndole las manos, le despertó. El sol despuntaba por cabo de Gata y las gaviotas bellísimas en su vuelo, habían comenzado ágiles su pesca, interrumpiendo el silencio de la mañana con su disonante gritería. Aquello era prefacio de abundancia de pescado.

Se incorporó pronto y se acercó a la orilla del mar para humedecerse los ojos. Ya no podía entretenerse. Echó a andar hacia la Punta, lugar donde vararon el día anterior; casi con seguridad, estarían calando el primer copo. «Macarrón» le seguía como mostrando cierta curiosidad. Porque, adelantándose al Colorín, se le paró. El can, sin duda, acostumbrado a las caricias de su dueño las echaba de menos.

Tal impertinente se puso con sus paradas, idas y venidas, cruzándose entre las piernas, que a punto estuvo el Colorín de caerse de bruces en la arena. Miró al perro, y viendo su extraña inquietud, decidió pararse y lo acarició.

—¿Qué tienes «Macarrón»?—le preguntó como si hablara con una persona.



El perro se sosegó, y el Colorín, como volviendo a estar abstraído le colocó el rollo de su sueño. ¿A quién no siendo a «Macarrón», podía contárselo?

Decidió pararse y se sentó en la arena, cogiendo en sus brazos al perro le fué diciendo:

—«Macarrón», tú me acompañas porque te apetece o te conviene, tienes en este momento lo que deseas... Yo, que nada he deseado en la vida. ¡siempre me conformé con lo que tuve! No he alcanzado a ser marinero del «Lauria». Los que fueron niños conmigo, unos antes y otros después, todos han sido marineros. Estuvieron en Málaga, Cartagena, Cádiz y hasta en América, en una capital que le llaman La Habana. Todos ellos tienen algo que contar; yo, no. Al Colorín, que es pescador de verdad, de los pies a la cabeza, no lo han llamado. ¿Y por qué. «Macarrón»? No lo sé no lo comprendo. ¿Es que mi nombre no está escrito en ninguna parte? Por pequeño, no; tú ves que soy tan útil como el pescador que más. ¿Es que ser grande o pequeño importa a la hora de sentirse hombre? Ahí tienes al Morrongo, es grandote como una vaca, y sólo sirve para arrollar la cuerda. Lo que yo hacía teniendo nueve años.

Saltó «Macarrón» de los brazos de su amo y emprendió una carrera. El Colorín, todavía como soñando, se levantó, y como un autómatas volvió a echar a andar.

Al rato divisaba la barca del tío Campico.

Pasó por culpa de aquel sueño el Colorín unos malos días. ¡Malditos sueños, qué perturban a veces una tranquila vida! Quizá sean un veneno, un incentivo para gente pobre, que se conforma con nada. Los sueños no dan alas para separarse de la realidad a la que el hombre viene a hundirse después con desesperación. Un sueño feliz, como un buen hospital, no mitigan el dolor de nadie. Sólo antes y después está la realidad de la vida.

Cruzado ya el período de crisis, vivo en su pureza humana el Colorín, volvió a reencontrarse en sí mismo.

Su alegría de siempre lo acompañaba. Esta sana alegría del Colorín que no está unida a nada personal, sino obedece como al eco callado de un silencio interior. Suyo propio, igual siempre, enlazado por una cinta invisible a la calma del cielo.

¡Bendito Colorín!, con él va la felicidad sin saber cómo ni por qué. En lo pequeño, reducidísimo, me pregunto: ¿estaré la verdad en la tierra? El Colorín, sin saber nada de nada, parece ir diciéndolo. Y no lo pregona. ¿Quién se lo creería a él, tan poca cosa, tan nada?



V

Si el campo tiene plagas y heladas y secas, la mar está acompañada de corrientes y temporales que merman su productividad pesquera.

Es el caso que tras de una «corria» de Levante, como se dice en el argot marinero, sin poder salir a pescar las embarcaciones de arrastre, azotó un fuerte temporal de Poniente, que recrudecía la paranza de los pescadores hasta límites angustiosos. Ya a ninguno le fiaban el pequeñísimo crédito de que disponían estaba agotado. Y alguien, un tendero apodado «Cara de Palo», se había permitido decir a las mujeres que demandaban su ayuda:

—¿Queréis arruinarme?... ¿Con qué me vais a pagar si el mar parece que se ha secado?

Cundía en la barriada del Zapillo el desconsuelo, los pescadores miraban al mar angustiados y sin esperanzas. A la taberna de Antonio sólo entraban ahora/labradores... Ni un pescador aparecía por ella... ¡Si les negaban el pan fiado, cómo no iban a negarles el vino!

Andaba la fe por los suelos, se oían lamentaciones al pasar por todos lados, y el Colorín que estuvo perdido muchos días, apareció de pronto aquella tarde.

—¿Dónde te metiste?—le preguntaban unos. —Creímos que habías emigrado—le decían otros. —He venido—contestó a todos—porque mañana casi seguro saldremos a pescar.

El Morrongo, zafio y barbarote, le atajó:

—¿Es que te hablas con Dios?

No lo miró siquiera el Colorín y siguió andando. Se fué hacia un corro donde estaba el tío Campico y el mayor de los Rondines. El primero recontaba no sabemos por qué vez distintos temporales que había conocido. Pero como éste de ahora, decía, ninguno hubo. Observó al Colorín y le preguntó:

—¿Dónde estuviste, Colorín? Diríamos que te habías portado como un desertor si no te conociéramos. Quince días son muchos días. En nuestra barca ya contamos con dos bajas... Dos que se han ido a destripar terrones. ¡Desgraciados! ¡Qué poca espera han demostrado! ¡Ya vendrán del campo maltratados por José el de la Viuda, o el Roperol! ¡Menudos sabuesos están los labradores enriquecidos! ¡Cuentan, antes de acostarse, hasta el último pimiento que tienen en los bancales!

—Debes comprender—dijo uno de los presentes. Paco el Minchi—que si en la mar no hay pan tendremos que ir a buscarlo a otra parte.

—¡No todos!—respondió el tío Campico—. ¡Con los Rondines y el Colorín cuento yo! Lo que pasa es que muchos os parecéis al desvergonzado del Morrongo. Para él han sido estos días, no trabajó y ha comido pidiendo—mirando al Colorín—: ¿Qué, Colorín, tú qué dices? ¿Pasas hambre?

—Hartura no tengo, tío Campico. Yo no sé pedir y eso que hay quien me ofrece. Pero este temporal se acabará pronto. Tengo la corazonada que mañana podremos pescar.

—¿Estás loco o lelo?—le dijo el Rondín—. ¿A quién se le ocurre tamaño disparate? El temporal no está por amainar... Y después tendremos mar gruesa muchos días.

—Sí, no lo niego. Pero ¿por qué no puede acabarse el temporal hoy mismo? Dios, Dios manda.

El Minchi soltó una carcajada.

El tío Campico le retuvo para que no hablara, exclamando:

—¡A callarse, no ofendamos a Dios! Si El quiere, Colorín, lo hará!, puede hacerlo...

—¿A que no lo hace?—agregaba el Minchi.

—¡Lo hará, aunque sólo sea para desmentiros a ti y al Morrongo—fué la respuesta del Colorín.

Intervino de nuevo el tío Campico con su autoridad y los ánimos se apaciguaron.

Aquella tarde, si bien el viento redobló sus fuerzas al ponerse el sol, apuntando ya la noche, con las primeras estrellas, cedió primero y después se calmó y a eso de las doce la mar estaba serena.

Al día siguiente la barca del tío Campico caló sus redes cinco veces y la pesquera fué abundante.

Cara de Palo abría nuevos créditos a los pescadores y en la taberna de Antonia se despachó mucho vino.

El Colorín, que no tenía ya a «Macarrón», éste había muerto meses atrás, cogió una «peonza» de abrigo. A él y al tío Campico hubo que sacarlos a rastras.

VI

Volvemos atrás, nada tendrá de particular hablando de un perro, que anda y desanda los caminos, para referirnos a la muerte de «Macarrón».

Curado estaba el Colorín de su borrachera por ser marinero, cuando una mañana, hace muchos años, vió tomar la bocana del puerto al cañonero



«Lauria». La ilusión por el barco tiró de él y le llevó a Almería para contemplarlo desde el dique donde estaba atracado. Se extasió viendo hacer la guardia, con los movimientos que ejecutaba la marinería, con el toque de fajina y, por último, con el

espectáculo de arriar la bandera al toque de oración. ¡Qué no hubiera dado por quedarse en el «Lauria»!

Cuando regresó a su choza, cansado y triste, notó la ausencia de «Macarrón». Salíó a buscarlo, lo llamó a voces y siseando y no aparecía.

Pasado un rato. Franguita la Colorá, una de sus vecinas, que estaba desvierta, asomándose a la puerta de su choza, le dijo:

— ¡No te soliviantes. Colorín; tu perro no lo volverás a ver! Esta mañana lo atropelló Pepe el de la Viuda con su caballo y los chiquillos que lo recogieron muerto lo han tirado al mar. Y lo atropelló porque quiso. ¡Es un canalla!

El Colorín, en aquel momento, hundía al «Lauria» con su memoria. El había tenido la culpa. Pasó la noche triste y solo, acongojado por la muerte de su buen acompañante.

Llegó a considerarse tan culpable de lo ocurrido a «Macarrón» que se propuso no preguntar nada ni escuchar lo que se le hablara de él. ¡Pobre «Macarrón», era bueno y dócil y agradecido! Este fué su último recuerdo para el can. El epitafio que grabó en su mente.

VII

Ha vivido el Colorín encerrado en la especie de semicircunferencia comprendida entre el castillo de San Telmo y cabo de Gata. Y hoy, que cuenta sesenta años corridos, todavía lo vemos por las playas del Zapillo animoso y niño. En su pequeñez física, mermada a cuenta de los años y el trabajo, agrada contemplarlo como un símbolo de paz... ¡Como hoja del árbol humano, que no ha sido arrastrada ni por la ambición ni por la pasión!... ¡Que no ha sido pisoteada! Para él, la vida fué igual cada día, cada minuto. La barriada del Zapillo, donde siempre habitó, habrá ido cambiando de moradores... Unos llegan y otros se van engarzados indefectiblemente a la ley inexorable del tiempo... El Colorín, que es uno más entre los hombres, también un día dirá adiós. Pero nos sospechamos, sin saber por qué, que su adiós va a ser distinto al de todos. Y lo hará, sin que nadie le llore y quizá sin que nadie se entere... Probablemente ni él se dará cuenta.

El último hecho que conocemos del Colorín que es como corola guardando, cuidadosa, trozos de su vida, es enteramente cierto.

El año pasado, y precisamente el día 24 de diciembre, por la tarde, rayando con la Nochebuena, el Colorín, con unas copas de más, desembocaba en un lugar llamado antiguamente Los Pozos Negros, hoy conocido por San Miguel. Caminaba despacio, inseguro en sus pasos, como él suele andar, y las vecinas de la calle Poniente, que se soleaban sentadas en las puertas de sus casas, le saludaban:

«Buenas tardes, Colorín»; «adiós, Colorín»; «feliz Nochebuena, Colorín»...

El Colorín, ajeno sin duda al día, no notaba siquiera que en aquellos saludos había hoy más cariño que en los de ayer. Determinadas fechas acercan a las personas. Y a todas respondía con un entrecortado «¡Buenas tardes nos dé Dios!». Dios iba envuelto en sus enmarañadas palabras como un nombre que no se puede olvidar.

Llegando el Colorín al límite de la playa, le pararon. Era persona que le conocía y que le entregó un billete de diez duros. Lo cogió el Colorín, dando las gracias, y sin preocupación alguna se acostó en la arena resguardado por un muro.

A las dos o tres horas la misma persona, que acerbaba a pasar por allí, observándolo dormido se acercó a él y vió con asombro que el billete le asomaba debajo de un brazo. El Colorín, sin duda desprecipadamente no hizo ademán alguno por guardárselo.

En este acto ni hubo comedia, ni farsa, disfrazada desmesurando lo que no es... El acto era real, como acontecimiento cierto.

.....

Yo te recuerdo en estas horas, Colorín, y estoy lejos, y al recordarte, pienso: ¿Qué distinción merecerás tú de las muchas que otorgan los hombres a otros hombres? Ninguna. Quizá tu nombre, el de Colorín, haya sido tu solo premio.

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

LAS NUEVAS DIMENSIONES DE LA PAZ

Por Chester BOWLES

DURANTE las dos últimas generaciones, mientras Europa padecía las heridas que ella misma se había infligido y Norteamérica alcanzaba la mayoría de edad en los asuntos mundiales, se produjeron en otras partes de la tierra toda una serie de revoluciones, poderosamente enraizadas, pero cuyo destino final nos resulta todavía desconocido.

LA NUEVA IMAGEN DEL MUNDO

En una simple década, 1911-1921, tres hombres. Lenin, Sun Yat-sen y Gandhi, despertaron a millones de hombres de centurias de inercia. En 1917, el reino zarista se derrumbó ante el empujón de Lenin, portavoz de un agresivo marxismo. En menos de cuarenta años, gracias a una combinación de crueldad, eficaz organización para los fines propuestos y sacrificios sin cuento a costa de la persona humana, el Estado soviético ha surgido catapúltico en la escena mundial, convirtiéndose en la segunda nación industrial del mundo y amenazando peligrosamente el futuro de la civilización occidental.

En China, la herencia de la rebelión campesina de los Taiping, la sublevación que durante el siglo pasado llegó a dominar una considerable parte del entonces celeste Imperio, fué recogida por el moderado y fragmentario programa de Sun Yat-sen, abocando toda su obra en el régimen comunista establecido hoy por Mao Tse Tung, quien, con técnicas implacables, pretende repetir el experimento ruso.

La revolución gandhiana, por otra parte, consiguió liberar a 450 millones de indios y pakistaníes, los cuales se esfuerzan en crear estados modernos y democráticos. Esta revolución, carente de la dogmática y la fachada del comunismo, es, en muchos aspectos, más compleja que aquél e incluso menos comprendida.

En otras partes de Asia, Africa e incluso de América del Sur, las exigencias revolucionarias pidiendo un cambio producen pasiones fuertes similares. Las cuestiones que tiene hoy el mundo planteadas son indudablemente de tipo revolucionario.

Desde la plataforma de la Conferencia de Bandung los discursos de los jefes afroasiáticos apoya-

ENTRE la extraordinaria floración de obras que se ocupan de la situación mundial actual en Norteamérica ocupa un importante puesto el libro que hoy resumimos, «The new dimensions of peace» cuyo autor, Chester Bowles, destacado diplomático y universitario de Yale, ha sabido enfrentarse seriamente con las graves cuestiones que hoy aquejan al mundo, hasta el punto de hacerle vivir bajo la permanente pesadilla de una posible destrucción total. Conocedor de los pueblos de la tierra por largas visitas personales, Bowles estima que en la pugna actual los Estados Unidos deben de esforzarse por acompañar su ayuda militar y económica con poderosas razones ideológicas, ya que éstas son las que privan en última instancia, y precisamente el marxismo, en flagrante contradicción con sus principios esenciales, ejerce su fuerza principal utilizando señuelos y espejismos idealistas que ante los pueblos poco desarrollados les hace ver en él la panacea de todos sus males. Escrito el libro en los momentos en que Rusia iniciaba la supuesta línea de coexistencia, el autor trata de esperanzarse por este nuevo giro de Moscú; pero sus recelos han resultado justificados después de la bárbara represión de Hungría. En nuestro trabajo hemos preferido mostrar lo que esencialmente constituye el cuerpo de doctrina del libro, aunque para ello sacrificáramos las excelentes síntesis que realiza sobre los principales fenómenos mundiales ocurridos en lo que va de siglo.

BOWLES (Chester)—«The new dimensions of peace». Harper, Brothers Publishers. Nueva York, 1955.

vidir a las naciones atlánticas y a aislar a América del mundo.

La revolución gandhiana, por otra parte, consiguió más pequeña que lo que eran los Estados Unidos hace cien años. Es una ilusión creer que un mundo como el nuestro nos podemos aislar y olvidar de las preocupaciones y necesidades de los otros pueblos, ya que esto nos llevaría a un desastre inevitable. Afortunadamente, la mayoría de los americanos aceptan estos hechos como inevitables.

EL FIN DEL AISLACIONISMO AMERICANO

Los Estados Unidos, disponiendo del 5 por 100 de la población del globo, utilizan aproximadamente el 50 por 100 de la producción mundial. Un informe publicado en 1952 mostraba que Norteamérica consumía un 9 por 100 más de materias primas que las que consumía. De los treinta y dos minerales más importantes para la industria y la defensa, nosotros nos encontramos ya deficientes de veintitrés. A pesar de tener acceso a los recursos de América del

CHESTER BOWLES

FORMERLY GOVERNOR OF CONNECTICUT
AND AMBASSADOR TO SWITZERLAND



Reflecting on his most recent observations in four continents, one of America's most acute and experienced public figures offers this challenging analysis of the revolutionary forces confronting U. S. policy in the new era of atomic stalemate.

THE NEW DIMENSIONS OF PEACE

BY THE AUTHOR OF "AMBASSADOR'S REPORT"



A la izquierda: el autor de «Las nuevas dimensiones de la paz», mantiene una entrevista, en compañía de su esposa con el Emperador de Abisinia. A la derecha le vemos conversando con el Pandit Nehru



Sur, tenemos que proporcionarnos en Africa y Asia el cromo, el estaño, el cobalto, el manganeso, el mercurio, el uranio, el grafito, el tungsteno, así como otros materiales esenciales para el progreso y la defensa.

Si se tiene en cuenta la curva de nuestro desarrollo económico, según el citado informe, el consumo americano en 1975 de materiales industriales de primera necesidad se aumentará en un 60 por 100. Estas nuevas importaciones tendrán que aumentarse a costa de nuestro comercio con Asia y Africa. Todo esto hace ver bien claro que las granjas americanas y los almacenes de nuestras ciudades estarán cada vez más dependientes de los hombres que producen cobre en Rhodesia del Norte, petróleo en Irán y manganeso en Bihar, así como de los que operan sobre el complejo comercial de Londres y de los que cargan los barcos en los muelles de Bombay, Acera, Rangún y Port Said.

Una Norteamérica aislacionista en esta edad nuclear sería muy difícil de defender. Nuestro poderoso sistema aéreo se basa considerablemente tanto en las bases situadas sobre nuestro territorio como sobre los de nuestros aliados. En realidad, hoy vivimos en lo que acertadamente calificó Wendell Wilkie como un mundo único. Esto es verdad, a pesar de existir dentro de él ochenta Estados nacionales rivales, dos campos armados y una enorme variedad de ideologías.

Una de las primeras lecciones que debemos de aprender, si queremos vivir favorablemente, es que la política americana tiene unos límites más allá de los cuales no puede pasar. En estos momentos esta idea se nos hace muy difícil de aceptar. Nuestra tradicional confianza en la vida, a pesar de su gran eficacia, nos puede ahora resultar perjudicial. Nos encontramos en un mundo inmerso en una situación revolucionaria, donde nuestras indiscutibles fuerzas están limitadas por manifiestas restricciones impuestas por el territorio nacional, los recursos, la población, la geografía y la experiencia. En esta nueva situación necesitamos ser humildes y sobre todo tener lo que el Presidente Eisenhower ha calificado como «el valor de ser pacientes».

Ahora bien, el reconocimiento de nuestras limitaciones no debe servirnos de excusa para la inactividad. El futuro es impredecible. La libertad puede sobrevivir, aunque los americanos no hagan más que cometer errores. También la libertad puede desaparecer a pesar de una política nuestra acertada. De todos modos, dentro de lo posible, Norteamérica posee los medios marginales para lograr el éxito o el fracaso de la revolución democrática mundial por la paz, la libertad y el pan. Y el de terminar la política de su país es lo más que pueden hacer los americanos. ¿Cómo debemos, por lo tanto, estructurarlo? ¿Se encuentra adecuada nuestra actual estrategia mundial para enfrentarse con el desafío revolucionario? A esto último hay que responder sinceramente que no, y por ello, y claramente, surge la interrogante de cómo tomar las me-



Presidencia de una de las reuniones de la Conferencia de Bandung

didadas pertinentes para corregir esta grave falta nuestra.

LOS LIMITES Y POSIBILIDADES DE NUESTRO PODER MILITAR Y NUESTRA AYUDA ECONOMICA

Fundamentalmente, nuestra estrategia bajo las dos administraciones que han seguido a la guerra se ha caracterizado por el objetivo de contener al comunismo en sus dos variedades expansivas, creando «situaciones de fuerza» en la vasta periferia de China y Rusia. De acuerdo con estos principios, nuestras fuerzas militares han recibido dos misiones completamente distintas: 1) Impedir al comunismo desencadenar con cualquier ataque un conflicto de envergadura mundial, tal como sería la invasión de Europa occidental o un ataque atómico sobre los Estados Unidos. 2) Localizar determinados conflictos, tales como la guerra de Corea, donde las fuerzas rojas estaban armadas de manera convencional.

Una de las cosas más importantes que nos enseña el estudio de los acontecimientos revolucionarios ocurridos últimamente es el de que, salvo en estado de plena guerra, la capacidad de la potencia militar para condicionar los acontecimientos es estrictamente limitada. «La guerra —decía Lenin— es una parte del todo, pero el todo es la política.» La política, con todas sus implicaciones relativas a la organización del poder de los pueblos y por tanto llevando consigo la organización militar y con ella las ideas, ideologías, partidos, Gobiernos, instituciones sociales y económicas y programas de todos los tipos.

Cuando, durante la guerra, en una conferencia, Stalin preguntaba cínicamente que de cuántas divisiones disponía el Papa, afirmamos en nuestro país que el dirigente moscovita era un hombre miope, y que la fortaleza espiritual de millones de hombres puede hacer sentir su poder. La Iglesia católica europea se ha mostrado lo suficientemente poderosa como para resistir al comunismo, y el Kremlin parece haber comprendido seriamente que las gentes son la materia prima de la acción política, se sea o no revolucionario.

¿Llegaremos ahora los americanos al cinismo de

pasar por alto los hombres y las ideas, para preguntar que cuántas divisiones tiene el Papa? Difícilmente encontraremos una ironía mayor que la de un país que, habiendo asentado su grandeza sobre el individualismo, dé la máxima importancia ahora al poderío atómico, mientras que el llamado materialismo dialéctico busca, aunque sólo sea fadamente, obtener la dirección de la revolución mundial, ganándose las mentes de los hombres.

Nuestro fin debe ser lo que ha sido el objetivo principal de los momentos más importantes de nuestra historia, es decir, el buscar la realización de un mundo democrático, donde todos los hombres, mujeres y niños tengan garantizados su seguridad y su bienestar. Tras las cruciales líneas avanzadas de nuestra defensa militar contra el comunismo y sin tener en cuenta lo que haga o deje de hacer Moscú, debemos estructurar todo un programa mundial que tenga soluciones para los viejos problemas bélicos y clasistas.

En nuestros días, las soluciones para los problemas de la guerra y de las clases dependen considerablemente de la exigencia universal por un rápido desarrollo económico. Su consecución condiciona esencialmente la estabilidad política. Tanto es así, que un enfrentamiento mundial con el problema clasista constituye una parte imprescindible del plan para acabar con la guerra.

En la Conferencia de Bandung pudo verse, a este respecto, que todos los Gobiernos de Asia, África y América del Sur consideran esta cuestión como algo vital. Dentro de pocos años, estos Gobiernos deberán demostrar a sus gentes que ellos pueden no sólo otorgarles la libertad política para cada individuo, sino también un continuo e incluso espectacular progreso económico.

Aun dentro de las más favorables circunstancias, el éxito no será fácil. Las exigencias para un nivel de vida superior, para más alimentos, para una mejor higiene, para escuelas y carreteras, para el aprovechamiento de las aguas de los ríos con el fin de facilitar el riego y el potencial hidroeléctrico para la expansión de los ferrocarriles y las comunicaciones, aumentan en progresión geométrica, mientras que los avances para solucionarlas lo hacen todo lo más en progresión aritmética. Aunque este vacío es algo que no podrá ser colmado nunca, constituye un imperativo vital el reducirlo lo más posible.

¿Por qué Norteamérica debe facilitar la ayuda necesaria? Existen muchas razones, pero todas ellas podemos compendiarlas en la siguiente:

Porque sólo a gentes como éstas, que tienen un sentido del progreso, se les puede convencer de que luchan por su propia libertad, si ésta estuviera amenazada; porque los pueblos del mundo industrial poco desarrollados están hambrientos de progreso, y cuando éste se aplaza demasiado, se convierten en fácil presa para los demagogos; porque el mundo observa con desconcierto y fascinación la gran competición económica entre la democrática India y la totalitaria China para ver cuál de ellas alcanza antes sus objetivos; porque nuestro mundo se hace constantemente más pequeño y más relacionado y no podríamos sobrevivir en un próspero aislacionismo, es decir, el disponer de una envidiable mansión en medio de un suburbio, y porque poseyendo la mitad de la producción industrial del mundo somos los únicos que estamos en disposición de prestar ayuda a los países no comunistas poco desarrollados.

La búsqueda para establecer amplias zonas de



Un agitador chino durante la guerra promete el reparto de tierras a los campesinos

bienestar, estabilidad y comprensión no debe hacerse caer en el error de identificar estabilidad con «statu quo»... Al planear nuestra ayuda debemos hacer una clara distinción entre lugares como el Vietnam y Corea del Sur, que actúan bajo el impacto directo de las armas comunistas y las amplias oportunidades políticas que nos presentan India, Birmania, Pakistán, Japón, Indonesia y algunas partes de Africa.

Existe una enorme variedad de medios por los que los Estados Unidos, la potencia mundial más industrializada, puede enfrentarse con las exigencias económicas de nuestros días. Un examen de las revoluciones mundiales muestra que entre los pueblos que despiertan en muchos países, el viejo orden económico ha perdido mucho de su romántico atractivo y que cada vez le falta más fundamento. Para la mayor parte de estas gentes, Norteamérica, en diversas épocas de su historia, ha constituido un ideal de oportunidad económica, al cual han admirado siempre y han tratado de emular.

La filosofía política básica de estos pueblos poco desarrollados es todavía democrática y occidentalista. Si la alternativa comunista logra imponerse momentáneamente, será porque los métodos y los procedimientos de Norteamérica y de sus aliados atlánticos no han estado a la altura de sus circunstancias.

Ya hemos hecho algún bien, y sería lamentable para nosotros quedarnos en la mitad del camino. Sólo Norteamérica posee los recursos y la capacidad, las técnicas y la calidad que requiere esta ayuda económica, que puede significar el éxito o el fracaso para cientos de millones de hombres que, dispersos por todo el mundo, se esfuerzan por lograr o preservar su libertad. Ahora bien, en este cuadro hay que tener siempre presente que el factor económico, como el militar, son sólo una de las dimensiones de la paz, y un diplomático competente debe reconocer en la política otras dimensiones no menos imprescindibles.

LOS POLOS DEL PODER

Hace ya mucho tiempo que nuestra política en Europa ha dado un valor primordial a los centros claves de la población y de la industria. Hemos esperado y trabajado pacientemente hasta que logramos que el sistema defensivo europeo abarcara toda Francia y Alemania occidental. Pronto esta misma lección podrá ser aplicada a Africa, a pesar de su diferente estructura.

Por lo que respecta a Asia, no podemos seguir ignorando por más tiempo la primaria importancia de semejante principio básico. Aunque sea necesario, si llegara el caso, defender toda el Asia no comunista, los auténticos polos del potencial antisoviético son la India y el Japón. Entre ellos suman 455 millones de personas, el 20 por 100 de la población mundial. Esta es la única mano de obra efectiva asiática que puede contrapesar a los 522 millones de chinos.

Disponiendo del 75 por 100 de la producción industrial asiática, de millones de posibles y efectivos obreros especializados y, en el caso de la India, de amplios recursos naturales, Japón y la India constituirían el único contrapeso industrial frente a China.

Sin olvidar la importancia capital de los dos citados países, no podemos tampoco pasar por alto a las otras naciones libres de Asia: Filipinas, Birmania, Indonesia, Pakistán, Ceilán, Formosa y Corea del Sur, todas las cuales tienen importantes papeles que representar en la política norteamericana en Asia.

No obstante, es necesario que los forjadores de la política estadounidense no olviden que las claves para el futuro de la libre Asia son la India y el Japón, la primera mal tolerada por muchos irritados americanos, y el segundo, derrotado, inseguro y cada vez más dudoso. Si estas dos naciones no logran mantener su independencia y su progreso, los historiadores podrán algún día describir lo que hoy llamamos «libre Asia» como un simple y breve período del proceso de unos pueblos en la fase inmediata a la segunda guerra mundial.

UNA POLITICA DE PAZ

Desde que, en 1947, cuando la amenaza soviética de agresión y subversión, se nos hizo totalmente evidente, la mayor parte de los americanos han llegado a la conclusión de que nuestras ideas son totalmente aceptadas por los demás. Esta suposición nos ha llevado a una seria minimización de la propaganda rusa sobre la paz y el desarme.

A pesar de nuestra incertidumbre sobre los motivos de Moscú, las pretensiones rusas sobre la paz y el desarme son ampliamente creídas. Entre los países no comunistas, entre nuestros aliados, así como entre los neutrales, existe una gran mayoría de gentes que tienen la firme creencia de que es posible la paz entre los Estados Unidos y Rusia.

La convicción extendida de esta paz se ha originado por un complejo de muchas presiones y emociones, incluyendo entre ellas el temor de la destrucción nuclear, los sombríos recuerdos de las dos guerras mundiales, las ocupaciones extranjeras y el profundo sentimiento inherente al hombre por la paz y la buena voluntad.

Hasta ahora todas las negociaciones sobre el desarme han tropezado con las dificultades que presenta la realización práctica del mismo, pero en este terreno como en el de otros aspectos, tenemos la posibilidad de fortalecer las Naciones Unidas, dándoles el poder que requieren las circunstancias determinantes. No existe otra organización que encarne mejor las aspiraciones de una gran parte del mundo. Ya es sabido que el papel de la O. N. U. puede ser definitivo para la resolución de numerosos problemas sociales y económicos. Si la participación de la O. N. U. se aumenta, la inclusión de un número mayor de países poco desarrollados, fijará más la atención sobre los problemas de este tipo. En la primera década de su existencia, la O. N. U. ha realizado una valiosa contribución a la paz mundial en el terreno político: la retirada de tropas soviéticas del Irán, la de tropas francesas e inglesas de Siria y Líbano; la investigación de los incidentes en la frontera griega; el asunto de Palestina; el cese de fuego en Indonesia; la participación en el conflicto de Corea y las negociaciones de tregua y las negociaciones sobre los prisioneros norteamericanos en China.

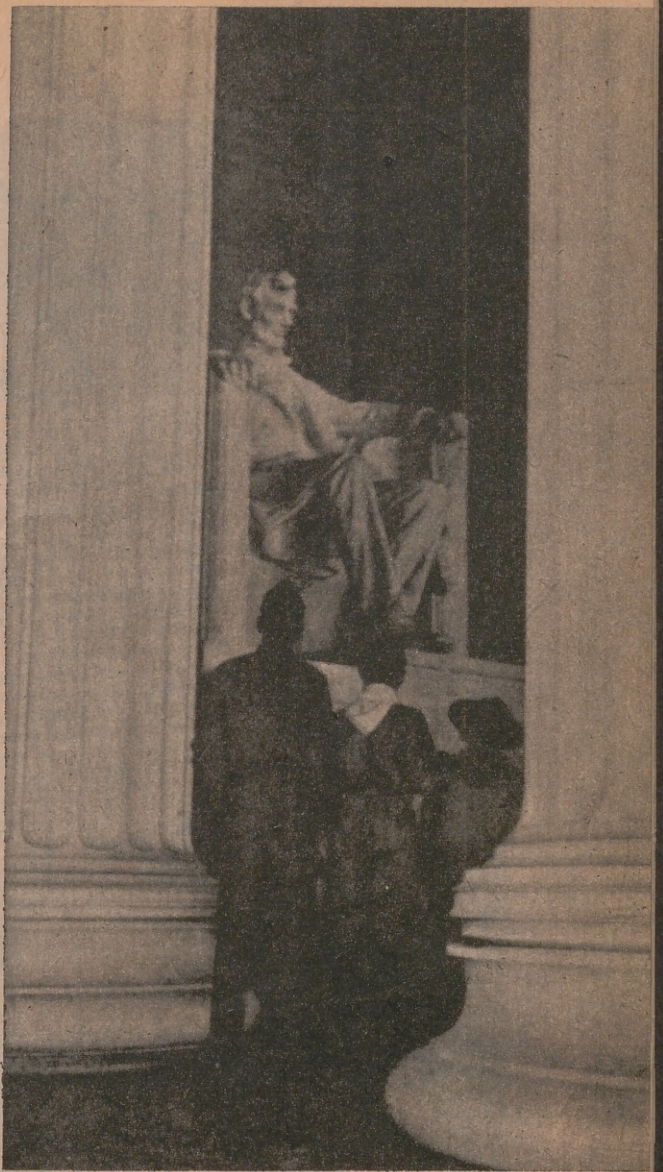
Si las Naciones Unidas pudiesen ahora moverse más afirmativamente en la importante cuestión del control del desarme, sus esfuerzos conseguirán unas metas que superarían en mucho los alcanzados durante el pasado. Para la consecución de estos fines, las Naciones Unidas deberán ser lo suficientemente representativas que exige el ser eficaces. Una de ellas ve a la O. N. U. como un grupo de naciones cuyo objetivo primordial es la salvaguardia de ciertos limitados objetivos. Esta tendencia, que durante algún tiempo han seguido Rusia y los Estados Unidos, ha sido la que ha intentado valorar a la O. N. U. durante el período de la guerra fría. La otra opinión ve en la O. N. U. como una Asamblea cuya principal ventaja descansa en la universalidad de sus miembros y donde los problemas más auténticos del mundo pueden ser discutidos y negociados eficazmente. Y esta tendencia sería la que predominaría en una época en la que existiese la esperanza de una disminución de la tensión internacional.

Este libro intenta demostrar que las nuevas dimensiones de la paz son polifacéticas. No podemos producir un mundo pacífico mientras la existencia de armas nucleares sea algo esencial. Sin ideas, fe y comprensión, nuestros dólares resultan desesperanzadamente inadecuados. No podremos utilizarlos para salvar nuestra alma si para ello tenemos que usar la punta de nuestras bayonetas. ¿Tiene el pueblo americano en el período de su máximo poderío la suficiente capacidad para dirigir al mundo por el camino que exigen los momentos actuales?

Ante este desafío que nos hace la humanidad



Un funcionario soviético controlando el trabajo agrícola en una granja colectiva



Estatua de Lincoln, símbolo de la política norteamericana, tanto para el interior como para el exterior, según el autor de este libro

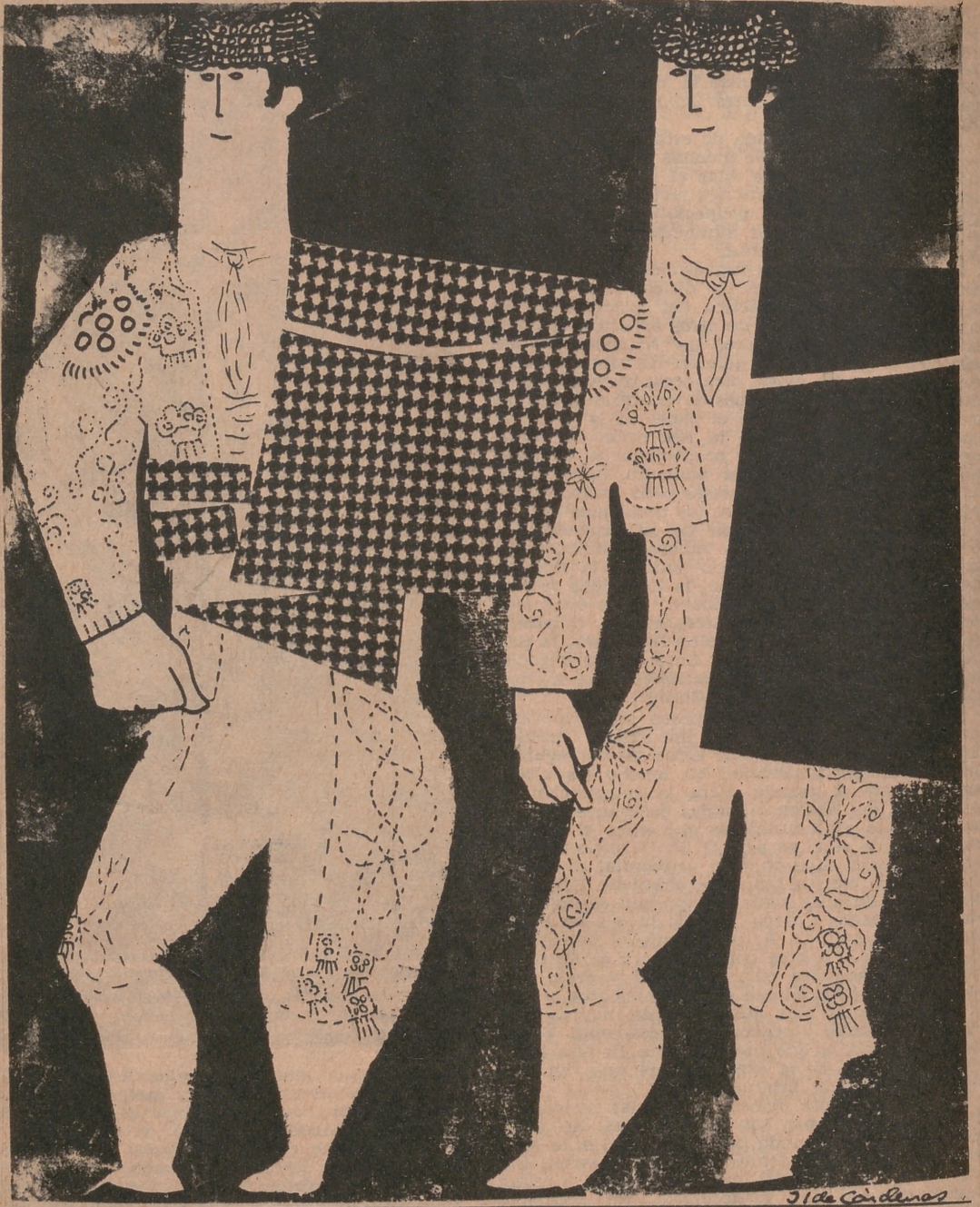
disponemos de muchas ventajas. Ahora bien, a pesar de toda nuestra fortaleza material, nuestra sociedad, dentro de la próxima generación, puede fácilmente unirse a la lista de civilizaciones que Toynbee afirma que se estrellaron contra las rocas de la Historia. Para el observador contemporáneo, los Imperios asirios, romano y napoleónico deberían aparecerle tan omnipotente como son hoy los Estados Unidos.

Norteamérica es algo más que un compuesto de bombas, fuerzas aéreas, industrias gigantescas e imponentes autopistas. Es también la culminación de la lucha de un pueblo libre durante cuatro siglos por construir una nación donde se venerasen los derechos enajenables de la vida, la libertad y la consecución de la felicidad.

Lo que el Kremlin debe temer más de nosotros es el que dispongamos potencialmente del poder para romper el cerco hinóptico que el comunismo ha ejercido sobre nosotros, por lo que debemos cesar de pensar en los términos de una respuesta negativa, aprovechando para ello las grandes dimensiones de nuestra propia gran fortaleza, que serían utilizadas para apoyar positivamente las necesidades y los objetivos de la humanidad.

Si pudiésemos recuperar algo de la fe democrática de Lincoln y aplicarla a nuestro mundo, descubriríamos que nuestra propia revolución americana posee toda una serie de consecuencias dinámicas capaz de revitalizarla a ella misma y veríamos también que las gentes de Europa, Asia, África y América del Sur, nos estrecharían sus manos con confianza y amistad. Entonces el peligro de la destrucción nuclear se haría secundario y el punto muerto alcanzado por el terror podría lentamente resolverse en una situación de paz duradera.

CLASICO



J. de Cardenas

CLARIN

Compruebe
la marca **BAMBARA**
en el orillo
y el marchamo
de garantía
adherido
a la pieza.
Nuestra marca
le garantiza
nuestros paños.

Paños...



Fontcuberta

GARANTIA DE UNA PRODUCCION



El sacerdote José Luis Martín Descalzo, Premio "Nadal" 1956

Tres técnicas de novela católica: Dios como paisaje, Dios como personaje, Dios como protagonista

DEL PISUERGA AL TIBER, IDA Y VUELTA



El padre Martín Descalzo comenta, en unión de nuestro redactor, el eco que ha tenido el premio en la Prensa diaria

VALLADOLID. Calle de José María Lacort, número 12, primer piso. Una habitación atiborrada de libros; libros de muchas clases, con títulos y nombres de conocidos y extraños. Afuera, un frío irritante que se le mete a uno en los huesos, una neblina baja que apenas deja respirar. Aquí dentro, en esta biblioteca-despacho, no se está mal. Una estufa caliente y caldea el aire. Frente a mí, un sacerdote joven, muy joven, veintiséis años cumplidos. Ni alto ni bajo, sonriente, ojos muy negros y brillantes, el pelo negro levemente peinado hacia atrás, cerrado de barba, que hoy no ha tenido tiempo de afeitarse.

—No tengo tiempo de nada. Esto es espantoso. Mamá, coge ese teléfono, si puedes. Y así toda la noche de ayer y todo el día de hoy. Y lo que queda.

El padre José Luis Martín Descalzo vuelve a sonreír. Sonríe siempre. Quizá así disimule un poco este cansancio agobiador. La noticia, la primera noticia, se la dió un amigo, un amigo escritor. Era algo más de las doce de la noche:

—José Luis, ¡eres Premio «Nadal»! Lo sé seguro. Me acaban de llamar desde Barcelona preguntando por tu dirección. Ha sido un miembro del Jurado, Verges. Ahora mismo el Jurado acaba de fallar el Premio.

Al otro lado del hilo estaba Miguel Delibes, que le hablaba desde Valladolid, desde su casa. A él, un segundo después de pronunciarse el fallo, lo había llamado,

desde el hotel Oriente, de Barcelona, un miembro del Jurado para comunicarle la noticia y preguntar el número de teléfono del triunfador.

Cinco minutos más tarde la casa del padre Martín Descalzo se inundaba de periodistas vallisoletanos, de amigos entrañables que habían seguido el curso de las votaciones por la radio y que querían ser los primeros en abrazar al ganador. Un poco después, los telegramas, el teléfono, que ya no pararía; los nervios, más amigos, los primeros brindis y un hombre, con cara y ojos de niño, que entraba por la puerta grande de la fama y de la gloria. ¡El padre José Luis Martín Descalzo, Premio «Nadal» 1956!

BRINDIS CON VASO DE LECHE

—¡Mamá, me lo han dado!

Estas fueron sus primeras palabras. El padre Martín no se había acostado esta noche. Pegó su oreja al receptor y prefirió los nervios al sueño. Las votaciones se sucedían, no con toda la rapidez que el padre Martín quisiera. La radio, después de un corto espacio, volvió a decir:

—Cuarta votación: «Central Eléctrica», de López Pacheco, siete votos; «La frontera de Dios», de Martín Descalzo, siete votos; «Los clarines del miedo», de Angel M. de Lera, siete votos; «Las horas», de Cela Trulock, cuatro votos. Queda eliminada «Singladura», con tres votos.

Seguía en cabeza y las esperanzas no disminuyeron. Los minutos se paraban. Pasaron dos votaciones más. Sólo quedaba una. Un desempate. Y, sobre la voz cansada del locutor de Barcelona, sonó el teléfono en casa de Miguel Delibes. Conferencia de Barcelona con este brevísimo diálogo:

—¿Valladolid?

—Sí. ¿Quién llama?

—Verges.

—¿Martín Descalzo al fin?

—Sí. Acabamos de votarle.

¿Puede decirme su teléfono?

—El 6737.

No se oyó más.

Después, la radio confirmaba la noticia. Ambiente de nervios y de júbilo en el número 12 de la calle de José María Lacort, de Valladolid.

—¡Pero, hijo! ¡Qué alegría más grande! Y yo que no...

Era el primer abrazo. El abrazo de su padre. Su madre también lloraba de emoción. Llega el emocionado brindis por el triunfo de «La frontera de Dios». Es la una y media de la madrugada y el nuevo «Nadal» junta sonriente su vaso de leche con las copas de champán de sus familiares y amigos. A las ocho de la mañana tendrá misa en la parroquia de Santiago, de donde es coadjutor.

—Estoy destrozado. Mañana no voy a poder confesar. Otra vez el teléfono:

—La United Press...

—Sí, sacerdote, pero no carnemita. Descalzo es apellido.

Ya solo. Con sus padres.

—Mamá, lo prometido es deuda. Esta primavera, a Roma. Irás con papá. Yo os pagaré el viaje con el importe del premio.

LA HISTORIA DE UN COFRE Y UN PERGAMINO

Hace veintiséis años don Valeriano Martín era el secretario judicial de Madridcejos. Un pueblo castellano, lleno de molinos, de casas blancas con un solo piso. Cuando llegó allí ya tenía dos hijos. El tercero se llamaría José Luis. Nació en una calle cercana a la plaza del pueblo. A poco tiempo de nacer, sus padres se trasladan a Astorga. Y en Astorga transcurre la infancia de quien al cumplir sus diez años ingresa en el Seminario. Quiere ser sacerdote. Sacerdote como su tío, don Francisco, que es párroco en Valladolid. Los latines y las

Humanidades los cursa en Astorga. A los trece años José Luis escribe su primer poema, una poesía inuy larga, escrita en un pergamino, que todavía anda por casa, y que el pequeño se la dedica a su madre. Hay muchas faltas de ortografía, pero el niño está orgulloso de poder ofrecer este regalo a su madre. Los demás hermanos le han hecho otros obsequios. Las hermanas, unos preciosos pañuelos bordados por ellas. Cuando José Luis va a entregar su regalo, se da cuenta que en casa hay visita. Unas amigas de mamá que han venido también a felicitarla.

—Y tú, ¿no le obsequias con nada?

José Luis se pone un poco encarnado. En la cocina está el pergamino enrollado en un cofrecito que le ha costado cinco duros.

Cuando las amigas de mamá ven el cofre se deshacen en alabanzas para el buen gusto del niño. Y José Luis, muy serio, exclama:

—Lo que vale es lo de dentro.

Acababa de cumplir entonces trece años y cursaba el tercero de latines en el Seminario.

A los quince marcha con sus padres a Valladolid. La primera visita es para su tío don Francisco. José Luis, que ya ha terminado Humanidades, ingresará en el Seminario de la capital.

—Pero con pantalones cortos, de ninguna manera. Al menos, que te compre mamá unos bombachos.

Los tres años de Filosofía pasan sin pena ni gloria. El joven seminarista apenas logra enterarse de nada. Aquello es demasiado serio y demasiado importante. Demasiado fatigoso para un joven de dieciséis años, de diecisiete. Cuando comienza a descubrir los valores del pensamiento filosófico es en el curso en que don Eduardo Sánchez explica Historia de la Filosofía. Aquello ya se hace comprensible. Su vocación



Estos compañeros del último «Nadal» se han trasladado desde Madrid a Valladolid con objeto de felicitarle



El momento más trascendental de su vida: ordenación sacerdotal en el Colegio Español de Roma

literaria no ha quedado dormida mientras tanto. En tercero de latín ha hecho más de diez mil versos, y su firma se lee ya en las páginas de aquella revista que se llamaba «Aulas del Seminario».

Al terminar Filosofía, el Ayuntamiento de Valladolid ha creado dos becas para seminaristas que estudien en Roma. Y una de ellas la asignan los superiores a José Luis. Es el año 1948. El seminarista tiene ahora sólo dieciocho años y está ya en las puertas de los estudios teológicos. El 5 de octubre de este año llega al Colegio Español de Roma.

Seis años en Roma van a quedar para siempre en la memoria y en el recuerdo grato de José Luis Martín Descalzo. En Astorga, en Valladolid, mientras desmigaba a los clásicos españoles de nuestro Siglo de Oro. En Roma descubre algo más. Descubre la poesía y la novela de su tiempo. Allí, en el Colegio Español, hay una peña de seminaristas españoles que sienten vocación por las letras. Allí están, por ejemplo, Julio Montalvillo, que ya ha devorado mucho de la poesía y de la novelística modernas, y que tiene entre sus compañeros fama de renovador, de vanguardista, de hombre amante de la polémica. En esta peña nace «Estría». Una revista de literatura moderna, de poesía joven que lleva un nuevo sentido de la literatura a los Seminarios y Facultades eclesiásticas. José Luis ha comenzado a leer por primera vez

la «Antología Poética», de Gerardo Diego. Cada lectura es un nuevo hallazgo.

LOS «SIETE SONETOS DE ALBA»

Llega el fin de curso, y en las vacaciones veraniegas, junto con otros veinte compañeros del Colegio Español, marcha a un pueblecito del Tirol, a Brixen, junto a la frontera austriaca, rodeado de montes alpinos. En la maleta del joven teólogo van «La sombra del ciprés es alargada», de Delibes; «Nada», de Carmen Laforet; obras de Ortega, de Unamuno, a quienes todavía no había leído. Es un verano importante, que marca una nueva etapa. Son sesenta días entregados a una lectura sin cansancio, llena de provecho, de notas escritas al margen de los libros.

En el curso de 1949 a 1950 hay un nuevo vicerrector en el Colegio Español de Roma. Es el padre José María Javierre. Un hombre inteligente, que sabe comprender a los jóvenes y que les empuja en su camino. Es el alma de la fundación de «Estría». Por esta época caen también en Roma el padre Antonio Montero, José María Cabodevilla. La peña se agiganta y los frutos son cada día más maduros y más sabrosos.

Y ahora viene el primer premio. En 1952, José Luis Martín Descalzo envía a «Insula» una colección de siete sonetos: «Siete sonetos del alba». En el Jurado están Vicente Aleixandre, Dámaso

Alonso, Carlos Bousoño, Cano y Muñoz Rojas. Bajo la estructura formal y clásica del soneto se arrojan conceptos modernos, fondos vanguardistas. El Premio «Insula» recae en los «Siete sonetos». El 19 de marzo de 1952 llega para el Colegio Español de Roma una fecha memorable. Es la ordenación de 21 seminaristas que allí cursan estudios. Todos son compañeros de José Luis. Todos cursan cuarto de Teología. Pero a José Luis no le ha llegado su hora. Apenas tiene cumplidos sus veintiún años, y no hay dispensa que valga. Un día de inmensa tristeza, junto a la inmensa alegría por ver la dicha de los demás.

Ya ha terminado su licenciatura en Sagrada Teología. El arzobispo de Valladolid le ordena que continúe en Roma para licenciarse en Historia Eclesiástica. Un año más tarde llega el momento soñado de su ordenación sacerdotal en la capilla del Colegio. Nueve días más tarde, en el Santuario Nacional de Valladolid, el padre José Luis Martín Descalzo canta su primera misa. A su derecha, de diácono, oficia su tío Francisco, que, en este día ha cumplido sus bodas de oro sacerdotales.

Los veranos han sido, y siguen siendo, la época más fructífera para el joven escritor. En el verano de 1953 escribe su primera novelita corta: «Diálogos de cuatro muertos», que gana el Premio «Naranco».

De Valladolid, a Roma de nue-

vo. Hay que continuar los estudios de la Historia Eclesiástica, que se terminan en 1954. Otro verano de vacaciones. Vacaciones fuera de España. En Francia piensa descansar unos meses, y de esta época hay un triste recuerdo. Al día siguiente de llegar a Francia, un descarrilamiento ferroviario termina con la vida de 38 hombres. Los heridos se apañan por todas partes. El joven sacerdote, que aun no había levantado nunca su mano para absolver los pecados, se multiplica aquí y allá durante unas horas interminables.

Y ya, Valladolid de nuevo. Valladolid para siempre, al menos por ahora, mientras los superiores no manden otra cosa. A poco tiempo de llegar le nombran encargado de cátedra de Literatura en el Seminario. Después, coadjutor en la parroquia de Santiago, consiliario de las universitarias y universitarios de Acción Católica. Una vida intensa dedicada al apostolado, a la cura de almas. Junto al apostolado, o mejor, para el apostolado, el padre Martín Descalzo continúa, cuando puede, su actividad literaria. Crea el «Cine Forum», para que en el Aula Magna de la Universidad de Valladolid se expliquen y se discutan películas puestas en la pantalla. En la hoja de un diario que el padre Martín Descalzo me enseña he leído estas estadísticas: «Año 1955: 83 sermones, 20 conferencias, tres coloquios, 20 homilias, 80 círculos de Acción Católica, quinientas horas de confesionario.»

«NO QUEREMOS MILAGROS EN EL PUEBLO»

«La frontera de Dios» es una novela con historia en el pensamiento del P. José Luis. Nació en Roma, allá por noviembre de 1952. En un principio, fué sólo un proyecto de guión cinematográfico. Dos folios escasos que el autor envió al padre Javierre con el título «No queremos milagros en el pueblo». El padre Javierre le contesta rápido diciéndole que es un proyecto muy bueno, pero que hay que madurarlo. Más tarde el padre José Luis Martín cuenta a Miguel Delibes el argumento de su proyecto cinematográfico. A Delibes le gusta muchísimo. Le anima, le orienta. Más tarde, un segundo proyecto de 17 folios, todavía con el mismo título, hace pensar a su autor que aquello podía formar una novela. Pero no hay tiempo para nada. No obstante, si puede, escribirá la novela.

Empieza a escribirla el 23 de diciembre de 1954, aprovechando vacaciones de Navidad, y en estas vacaciones quedan atrás 76 folios. Luego, un salto al 20 de julio y otra cadena de días sentado a la máquina. El día 1 de septiembre hay ya 144 folios escritos. Pero la labor sacerdotal no deja tiempo libre, y otro gran salto al 20 de julio del año siguiente. Cuando todavía no ha terminado de escribir, se anuncia vacante la cátedra de Literatura, que provisionalmente dirige en el Seminario. No sabe a qué acudir. Hay sesenta días pa-

ra la preparación de los exámenes. El padre José Luis se decide por su novela. Terminará «La frontera de Dios». Luego, si hay tiempo, se presentará a cátedra. Y hubo tiempo para todo: cate-drático por oposición y Premio «Nadal» 1956, por justicia y por votación de un Jurado competente.

EL MEJOR PREMIO, LA ALEGRÍA DE MIS AMIGOS

El título fué un problema. Cuando la novela estaba ya para salir camino de Barcelona, sobre su cubierta se leían estas palabras: «El becerro de oro». Después se puso otro título. Después quedó, por fin, el que todos conocemos.

Mientras hablo con el novelista triunfador del último «Nadal», el teléfono no descansa. Ahora es el director de «El Norte de Castilla».

—Ahora mismo he oído tu nombre por Radio Vaticano. Han hablado muy bien de ti y de tu obra. Te vuelvo a felicitar.

La conversación se interrumpe a cada minuto. El padre Martín Descalzo responde a una llamada:

—El mejor premio para mí es la alegría de mis amigos. ¡O sea lo agradezco mucho!

Un breve comentario a estas charlas telefónicas:

—He descubierto que la gente me quiere y esto, comprenderá, que es algo que no tiene precio.

—¿Cree usted que una novela debe encerrar algo más que valores literarios?

—Al terminar una novela me pregunto siempre: «Esto, ¿para qué sirve?» En este aspecto me parece exacta una frase de Claudel: «La belleza está hecha para algo muy distinto del placer.» En un momento puede agradar una novela que proporcione horas felices. A mí, sinceramente, si no tiene algo detrás, no me interesa.

El padre José Luis Martín Descalzo habla de prisa.

—¿Cree necesaria una novela católica?

—Creo que un católico no debe producir sino novelas católicas.

Pero entiende que novela católica no es igual que novela de tesis católica y mucho menos novela sermón.

El novelista explica ahora estas distinciones:

—Hay muchas técnicas de novela católica: Primera, con Dios como paisaje; segunda, con Dios como personaje; tercera, con Dios como protagonista. En la primera, a Dios no se le ve, pero está en el fondo. Yo pondría como ejemplo «La muerte le sienta bien a Villalobos». En la segunda, la presencia de Dios está allí, como está la de Pedro o la de Juan. Dios está en la novela. «Los cipreses creen en Dios», me parece un buen ejemplo. En la última, la presencia de Dios es invasora, aunque a Dios no se le vea demasiado, siquiera lata en

cada página un cierto temblor religioso.

—¿Un ejemplo de novela con Dios como protagonista?

—Podría poner «La mujer nueva».

—¿En qué grupo encaja «La frontera de Dios»?

—Desde luego en el tercero.

—¿Cree usted en el apostolado desde la novela?

—Sí. De ello estoy cierto, aunque también estoy cierto de que es un apostolado difícil. El equilibrio entre el sacerdote y el novelista es, a veces, un imposible. De esto tengo yo buena experiencia.

—¿Será discutida «La frontera de Dios» en el aspecto religioso?

—Sí. Mucho y por muchos aspectos. Su temática pienso que ha de ser más que discutida.

El argumento de «La frontera de Dios» radica en el milagro. En el doble aspecto del milagro: lo útil, lo práctico, lo que en el milagro hay de beneficio y lo que en el milagro hay de presencia de Dios, de actuación divina.

El argumento poderoso y originalísimo se centra en un pueblo, tal vez un pueblo castellano, alejado de Dios, al que un humilde guardavías, dotado circunstancialmente de poderes sobrenaturales, trata de arrancar de su mezquindad y su egoísmo. La figura de Renato es una auténtica creación literaria. A su lado pululan personajes de la más variada índole, algunos de ellos llenos de una poesía tiernísima. Tal vez la mayor fuerza de la obra reside en los contrastes humanos que el novelista presenta y la novedad de las situaciones. Sin embargo, desde las primeras páginas predomina en «La frontera de Dios» un clima enrarecido de tragedia, de pasiones, algunas inconfesables, que van acentuándose, llenas de grandeza y de vigor excepcionales, a medida que se adelantan sus páginas.

Dos últimas preguntas: La primera, al catedrático de Literatura de un Seminario:

—¿Qué consejo daría usted a los seminaristas aficionados a la pluma?

—Pongamos dos: que trabajen y que sean sinceros.

Al sacerdote de los 83 sermones al año:

—¿Sus sermones son literarios?

—Yo llamo literario a lo sincero, no a lo superfluo, a lo añadido, a lo simplemente florido. Creo que mis sermones son literarios, es decir, sinceros.

Dos horas de charla. Es la una y media de la madrugada. En la calle, el mismo frío de antes. Ahora, camino de Madrid.

Desde su puerta, el padre José Luis Martín Descalzo:

—Buen viaje y que el frío amaine.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el padre Martín Descalzo diría su misa temprana, como todos los días, en la iglesia de Santiago. Después, confesionario, sermones, círculos de Acción Católica, reuniones en el «Cine Forum» coloquios literarios, a salto de mata se sentaría ante su máquina de escribir. Como siempre, como todos los días

Ernesto SALCEDO
(Enviado especial.)

(Fotografías de A. Bariego.)

«LA ESTAFETA LITERARIA»

aparece todos los sábados



Una fotografía simbólica. John Bodkins Adams atraviesa una cadena que bien pudiera ser esa frontera invisible entre el bien y el mal, entre el hombre de paz y el asesino

DOS EXHUMACIONES Y UN DIAGNOSTICO

**EL CASO DEL DOCTOR ADAMS,
A PUNTO DE DESVELARSE**

**UNA FORTUNA SOSPECHOSA: 125 MILLONES
DE PESETAS, VARIOS COCHES Y UNA
ELEGANTE MANSION EN EASTBOURNE**

TODO el proceso del doctor Bodkin Adams, acusado de asesinato contra una anciana viuda de ochenta y un años, y cargo al que han seguido diecisiete cargos más de asesinato o sospechas de él, ha sido acogido por el propio protagonista con una frase singular.

Cuando el detective-superintendente Herbert Hannam, encargado de arrestar a Adams le dijo:

—Ahora se le acusa de haberla asesinado.

El doctor irlandés le contestó: —No creo que pueda usted probar que fué un asesinato.

Ante las afirmaciones del policía, el médico apareció pensativo.

—¿Asesinato?—se preguntó en voz alta.

Luego hizo una pausa. Una larga pausa. Al fin continuó lentamente, como recogiendo el hilo de la historia:

En la tarde neblinosa de Eastbourne, el doctor Adams va con paso lento hacia la prisión, pensando acaso con nostalgia en su confortable y lujosa mansión



—¿Asesinato? ¿Puede usted probar un asesinato?

«DE TODAS FORMAS SE IBA A MORIR»

Este, pues, parece ser el punto fuerte de la historia: la seguridad del doctor Adams, que escudado en su personalidad y en su profesión, ni niega ni deja de negar las acusaciones: simplemente, se muestra escéptico ante el poder de la Policía. Al detective encargado del caso mientras charlaban le declaró en un diálogo que sostenían el pasado 20 de diciembre.

—Bueno, de todas maneras se estaba muriendo.

La conversación tenía lugar en la clínica del doctor Adams (nú-

mero 6 de Trinity Strest) en el momento en que Hannam le participaba su detención. El médico no parecía en absoluto inquieto. Sólo pensativo.

UNA ENFERMERA QUE LLORA

Frente a él, el joven y elegante inspector que todo Scotland Yard conoce por «el Cinde», esperaba pacientemente que el «querido doctor» quiera acompañarle.

En la antesala, un número bastante crecido de viejas señoras, pacientes con fe inquebrantable en el tremendo doctor, aguardan y se inquietan.

Porque ésta es la realidad del asunto: a pesar del escándalo de

su primera detención, a pesar de las investigaciones primeras en torno a la muerte de Gertrude Joyce Hullet, viuda de cincuenta años, el buen crédito del doctor Adams continuaba en pie entre la mayor parte de las viudas de Eastbourne. Que son unas cuantas.

Nadie parece sospechar de la inmensa fortuna que hoy posee Adams: 125 millones de pesetas, dos «Rolls-Royce», dos coches «M. G.», innumerables obras de arte y la magnífica y elegante casa del 6 de Trinity Strest, en el barrio más elegante de Eastbourne.

La sola persona que hubiera podido ayudar a la pobre Sarah Florence Henry, prima y enfermera del doctor, murió misteriosamente..., dejándole el equivalente de unos siete millones de pesetas.

En un momento determinado, cuando se preparaba para salir de la casa, hizo a Hannam una extraña pregunta:

—¿Habrá algún cargo más de asesinato contra mí?

Hannam se curó en salud.

—Como comprenderá, no es con usted con quien voy a tratar y a discutir este asunto.

Adams se fué preparando lentamente para acompañar al detective hasta el puesto de Policía más próximo. No hizo aspavento alguno.

Solamente cuando avanzo por el «hall» de su casa, Hannam pudo ver que la enfermera se le acercaba con cara de circunstancias. La mujer misma cogió con su mano derecha la izquierda del médico y la estrechó con fuerza. John la miró a través de sus antecuidos lentes fijamente.

—Te veré en el cielo.

COLA PARA VER A ADAMS

Tal prodigio de comportamiento tiene, como es lógico, atónito al público. Un hombre acusado de unos trece a diecisiete asesinatos, y al que la Policía hace mucho que vigilaba sin poder ejercer cargo alguno contra él, se ve de repente envuelto en una sola acusación de asesinato que envuelve todo un horizonte de terribles posibilidades.

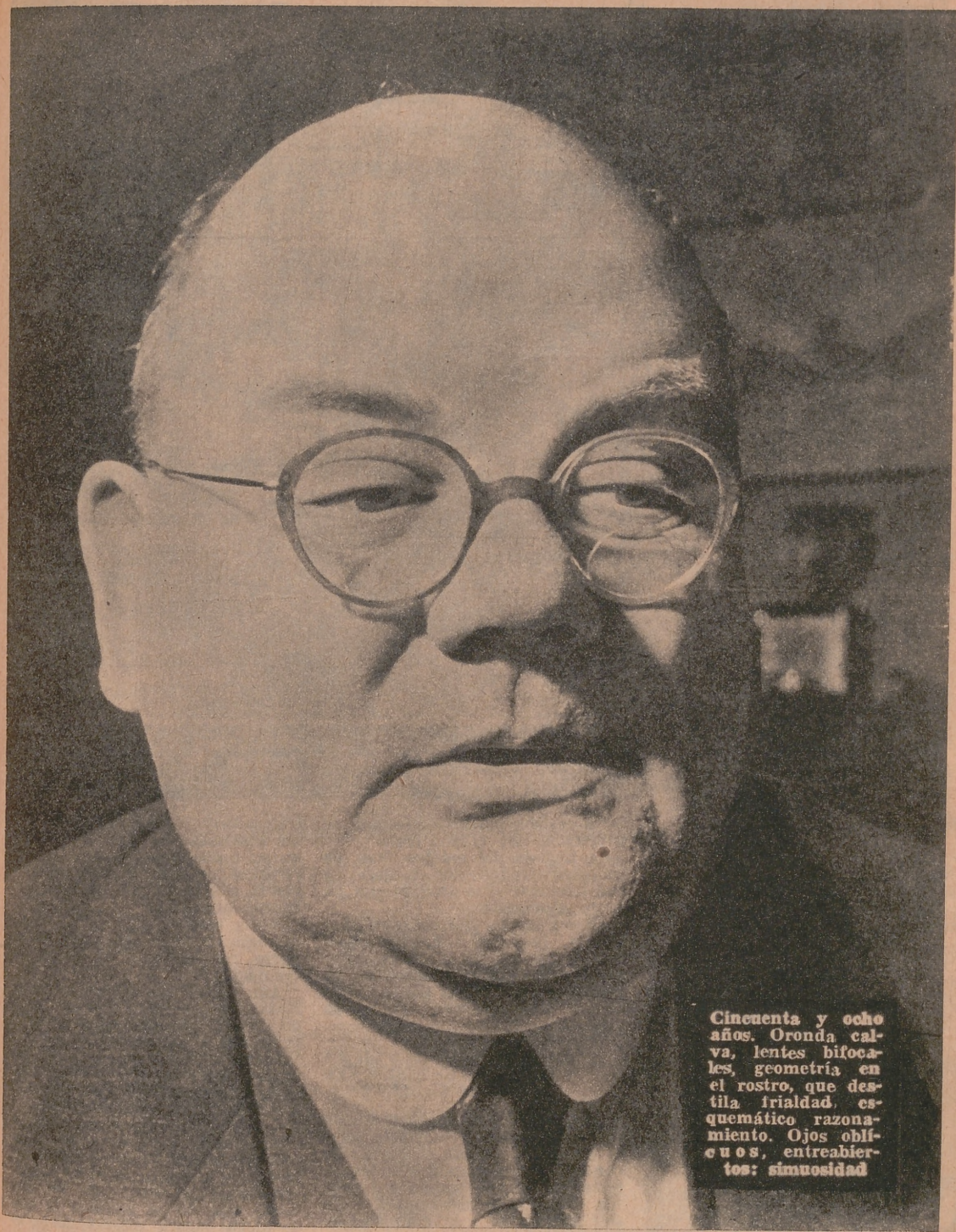
¿Qué es, pues, Adams? ¿Un inocente? ¿Un iluminado por las teorías escalofriantes de la eutanasia? O, simplemente, un cínico, un ambicioso...

La teoría de la Policía todos sabemos que es, claro está, esta última. Los testimonios de las mujeres fallecidas tienen una curiosa y sospechosa coincidencia: la coincidencia en la persona de John Bodkin Adams, beneficiario siempre en gruesas sumas.

Pero nada de esto se ha hablado en el cuartel de la Policía a la llegada de Adams, sobre las doce y media de la mañana.

Hoy por hoy, sólo se le acusa de una cosa, aquella por la que, al fin, la Policía ha podido dar como médico de viudas en prisión: el asesinato de miss Edith Alice Morrell, que murió en Malden Ash, en la carretera de Beachy, en Eastbourne, el 23 de noviembre de 1950.

La señora, en cuestión era la viuda de un asentador de Liverpool, rica y enferma víctima, que



Cincuenta y ocho años. Oronda calva, lentes bifocales, geometría en el rostro, que destila frialdad, esquemático razonamiento. Ojos oblicuos, entreabiertos: simosidad

Adams frecuentó muchísimo a cuenta de su enfermedad.

Este es el cargo único que se le ha hecho a John Bodkin Adams a su ingreso en el cuartel de Policía.

El, por su parte, sostuvo que había certificado en aquel tiempo la muerte de la señora Morrell por trombosis cerebral.

Y de todas formas mantuvo durante todo el interrogatorio una actitud taciturna y se mantuvo a la expectativa.

—Es mejor no decir nada—le oyó murmurar Hannam.

Antes de su aparición frente a la Policía la gente hizo cola para ver a Adams.

LEYO LA BIBLIA

Adams tenía que aparecer a las

diez de la mañana siguiente a su detención para escuchar formalmente su acusación y pasar luego a prisión. Dos horas antes del acontecimiento un público numeroso, principalmente de mujeres, hacía cola ante la puerta del Juzgado de Eastbourne.

John Bodkin es un hombre extraordinariamente bien conocido en Eastbourne, donde lleva ejerciendo más de treinta años. Todo el mundo ha visto su «Rolls Royce» recorriendo las calles principales y las carreteras de Eastbourne, cientos de veces al año. Sus pacientes eran también personas conocidas. Viudas extrañas, un tanto misteriosas. Señoritas ancianas un tanto místicas y un mucho histéricas. Mujeres todas ellas ricas o en buena posición que lle-

garon a creer en Adams como en un oráculo.

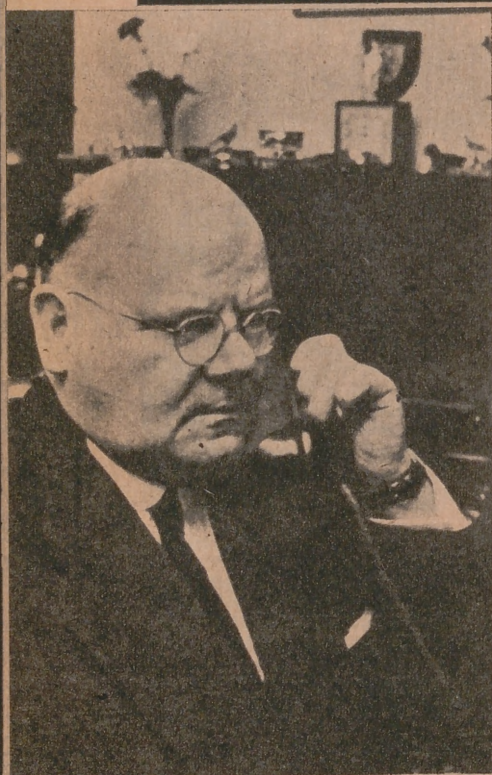
Adams fué a su vez siempre un médico extraño. Parecía no tener ciencia sino para dedicársela en exclusividad a una paciente. En pocas ocasiones figuraban maridos en su lista de pacientes. Una vez figuró uno y murió cuatro meses antes de que muriese su desconsolada viuda.

Por todo ello, la gente de Eastbourne no se ha querido perder ni uno sólo de los pasos del extraño doctor. Muchas de estas mujeres que han formado cola en la puerta del Juzgado eran clientes de Adams. El interés se explica.

Dos «constables» y un inspector de Policía se las arreglaron para manejar a todo este auditorio que formó triple fila alrededor de la



Hay algo de enigmático, de extraterrenal, en cada una de las fotografías de John Bodkins Adams. Aquí existe una manifestación dominante: el cinismo. Y también una retorcida y complicada atmósfera de misterio



Todo iba bien en los planes y en las circunstancias. Pero una mañana la Policía llamó a su teléfono y el doctor se puso por primera vez pálido

valla verde y blanca de la sala de audiencias del «Town Hall».

La llegada del médico tras de los magistrados—dos mujeres y tres hombres—fué acogido con un ligero murmullo.

Adams estaba tranquilo en apariencia: la noche, dijeron aquel día los periódicos, la había pasado leyendo a San Marcos en su propia Biblia, que se había hecho llevar especialmente desde su casa.

LA DEFENSA QUIERE QUE LA CAUSA SEA VISTA CUANTO ANTES

Iba vestido con un traje azul con rayas blancas. Su vasta figura parecía un poco cansada. Su cara ancha de pastor irlandés relucía; relucía su cabeza sin pelo, sus mejillas sonrosadas. Con la frente un poco baja, simplemente por estar pensativo, fué oyendo todo lo que allí se dijo mientras se miraba fijamente las manos como quien está ocupado haciendo pajaritas de papel.

No hizo muchos movimientos. Quizá porque sabía que todo el mundo estaba pendiente de él. Y Adams es un hombre cauto que quiere formar una opinión pública contraria a sus intereses.

El superintendente Hannam cumplió con la fórmula de comunicar al auditorio el porqué de la detención del doctor Adams.

Escuchó uno tras otro los cargos que había contra él: además del asesinato escuchó tres cargos más relativos a administración de drogas. Trece cargos más concernientes a la cuestión de

cremación. Una de las más astutas coartadas de Adams, ya que en su testamento muchas de sus víctimas dejaron escrito su ferviente deseo de que sus cuerpos fueran cremados.

Estos testamentos se ha visto claramente su falsificación en la parte concerniente al deseo de cremación.

Aún tuvo que escuchar John Bodkin cuatro cargos más. Cuando éstos le fueron hechos, levantó la cabeza y sostuvo la mirada fijamente a través de sus lentes bifocales sobre las autoridades sentadas enfrente de él. Edward Clerk se dirigió a los magistrados:

—Mister Adams y su defensa están ansiosos de conocer por lo menos algunos de los detalles del caso que se ha de preferir seguir especialmente contra él, ya que hasta que no se conozca lo que se alega contra Adams, nada se puede hacer en su ayuda

La defensa de Adams está, pues, deseando que el caso salga a la luz cuanto antes. Alguna información aseguró lo contrario.

Pero lo cierto es que el pasado día 20 de diciembre, en el cuartel de Policía de Eastbourne fué exactamente fijada la fecha del día en que será visto el «caso Adams».

El 14 de enero de 1957.

UN ABOGADO RECHAZA DEFENDER A ADAMS

Mientras tanto, Adams anduvo buscando su defensa.

Ante el escándalo de la Prensa sobre las «viudas de Eastbourne», el médico se decidió a pedir ayuda a sir Hartley Shawcross, co-



Cementerio de Langley. Exhumación del cuerpo de la señorita Clara Neij Miller, de sesenta y cinco años. El superintendente Herbert Hanna m desentierra los años y los hechos para que la ley triunfe una vez más

nocida personalidad en el mundo de la abogacía británica. Hace unas semanas sir Shawcross defendió ante un tribunal al «médico de las viudas», pero lo defendió sólo de unos cargos menores.

Hoy en día, cuando la Prensa tuvo su nombre en la boca al hablar de la defensa de John Bodkin Adams. Shawcross ha hecho escribir a los periódicos una carta en la que un subordinado suyo asegura que sir Hartley no se ha comprometido a defender a Adams.

Y que probablemente no lo hará tampoco.

EXPECTACION ENORME ANTE EL CASO

La expectación despertada, pues, por el caso de las viudas de Eastbourne es extraordinaria.

Vidas extrañas y oscuras comienzan a salir a la luz después de desaparecidas.

Terminados los preliminares de la detención de Adams, que duraron escasamente diecisiete minutos, y el doctor mismo instalado en la prisión de Brixton, la Policía no ha perdido el tiempo en sus pesquisas.

Porque si bien es verdad que de las mujeres cremadas es imposible afirmar nada definitivo, dada su desaparición material, y si sólo sospechas basadas en la falsificación de las actas de cremación y de sus deseos no expresados en testamento, de otras víc-

timas afortunadamente no cremadas se ha podido hacer una exhumación.

Así que en la madrugada de aquel mismo día, todavía de noche, un equipo de Scotland Yard, acompañado de varios policías de Eastbourne, el doctor Sommerville y varios sepultureros hicieron

su aparición en el cementerio Ocklynge para dirigirse a la tumba de la señora Bradnum, vieja señora de ochenta y cinco años, muerta de manera repentina el 27 de mayo de 1952.

Las lámparas de petróleo dibujaban extrañas sombras en esa hora de la madrugada fría y gris.



Cementerio de Ocklynge. Julia Bradnum, de ochenta y cinco años, muerta en 1952. Otra exhumación. Fotografía con reminiscencias dantescas, que sólo dulcifica ese piadoso telón que oculta el paso firme de las investigaciones



J. B. Adams abre diariamente esta verja y sube lentamente los nueve escalones para entrar en su casa. Toda Inglaterra, todo el mundo, se pregunta hoy si esta es la casa de un nuevo Landrú

Los árboles tristes del cementerio, los trajes negros de los inspectores, sus hongos más que famosos, componían una tétrica estampa.

La primera exhumación comenzaba a las 6,45 de la mañana. Alrededor de la tumba fueron alzados grandes paños tendidos sobre altos caballetes para defender las operaciones de la curiosidad de algún extraño madrugador. Y eran como fantasmas altos haciendo movimientos entre,

la luz de las lámparas y un viento desaprensivo e insistente.

La señora Julia Bradnum había sido una extraña mujer, delgada y mística, de rostro enjuto siempre adornado con gafas, labios finos e inexpresivos adornados de alguna especie de mueca que quería ser sonrisa. Sus sombreros espantosos no habían dejado de impresionar a las elegantes de Eastbourne.

La señora Bradnum era la típica paciente que se preocupa demasiado por su salud.

Tenía una enorme casa y era rica. Su médico llegó a tener con ella una gran confianza.

La confianza que la buena señora no hubiera depositado en nadie, la depositaba en Adams.

Era larga, flaca y cortés. Sus ochenta y cinco años parecían estar en disposición de recibir otros quince encima de ellos.

Un buen día, en el mes de mayo de 1952, uno de los meses de mas ocupaciones y preocupaciones de Julia Bradnum, dadas sus aficiones jardineras, apareció muerta en su residencia de Willingdon, en Eastbourne.

DOS EXHUMACIONES Y UN DIAGNOSTICO

La exhumación de los restos del cuerpo de Julia Bradnum hecha, la extraña caravana se dirigió al cementerio de Langley, en la misma localidad.

Esta vez se trataba de exhumar los restos de miss Neil Miller, muerta a los ochenta y siete años de edad, cuando estaba invitada en una casa de St. Joan' Road, en Eastbourne, como es de suponer.

Era el 22 de febrero, y miss Clara Neil-Miller parecía tener arreos para vivir muchos años todavía.

Su tipo era poco más o menos el ya descrito de Julia Bradnum. Sus relaciones con Adams como médico y paciente no quedan del todo claras.

Pero está decididamente en claro que Adams intervino en su muerte de alguna manera.

De ambas se benefició Adams de alguna manera. La primera le dejó su «Rolls Royce» y 1.000 libras. De la segunda también sacó una buena cantidad.

Las teorías y los métodos de John Bodkin Adams son, pues, tremendos: siempre ha escogido mujeres mayores, trastos un tanto inútiles a la sociedad, mujeres sin familia, de las que nadie se acuerda ni espera nada. Por su edad podrían fallecer un día u otro. Igual podían haber muerto hace tiempo.

Nadie se preocupa mucho de su existencia. Alguna vecina se ocupa de decir una frase de sorpresa o conmiseración el día de su muerte. Nada más.

El doctor Adams tuvo siempre predilección por este tipo de paciente: como están solas son influenciables. Como nadie se acuerda de ellas en vida, nadie se preocupará tampoco de averiguar exactamente la causa de su muerte. El es su médico particular, su hombre de confianza también. Entre la paciente y él hay siempre una relación de confianza que sobrepasa la mera de médico y enferma.

Conseguida esta confianza, a la cliente la convence de introducir una cláusula a su favor en su testamento. Y luego de que firme un acta de cremación.

Claro que en este punto no había coniado Adams con el capricho femenino que existe aun cuando se hayan pasado los ochenta.

Adams no quisieron firmar. Adams falsificó. Y la Policía quiso averiguar esta cuestión de las falsificaciones, las muertes y las viudas.

El próximo día 14, tras los informes del doctor Francis Camps sobre las muestras de tierras de las tumbas y ciertos órganos llevados a los laboratorios de Scotland Yard para ser analizados, se podrá empezar a dibujar una tesis exacta.

Lea todos los sábados
LA ESTAFETA
LITERARIA

ma-
es de
iones
s afi-
muer-
lling

S Y
O

estos
he
e di-
y, en

umar
iller,
años
itada
Road,
supo

Cla-
rres-
s to

menos
num.
como
n del

en
n su

dams
ra la
00 li-
saco

s de
ques,
ogido
tar-
nuje-
nacie
or su
ía u
uerto
le su
ocu-
resa
e su

mpre
pa-
in-
se
adie
veri-
e su
ticu-
tam-
hay
fian-
mé

a la
duch
n su
e fir-

be-
apri-
aun
los

rmar
qui-
e las
y las

nfor-
amps
s de
le-
Scot-
s, se
a te



**Perfección de movimien-
tos, escalofrío del equili-
brio. Lo inverosímil tiene
su realidad en el peligro-
so ejercicio de Pinito de
Oro**

EL TRAPECIO, TIERRA FIRME

PINITO DE ORO, REINA DEL CIRCO

A MARIA CRISTINA DEL PINO, LE ASUSTA VIAJAR EN AVION

LOS mejores «números» de todas las pistas de circo del mundo se han reunido en el Palacio Municipal de los Deportes de Barcelona. Veintidós países han enviado a sus más famosos artistas y medio millón de espectadores han proclamado «Reina de este Certamen Internacional a Pinito de Oro. Por una mayoría de más de 25.000 votos esta trapezista canaria se ha ganado limpiamente, con arte y simpatía el primer «Oscar».

En los días del Festival, el Palacio Municipal de los Deportes se ha transformado completamente bajo las directrices de ese taurinólogo del espectáculo circense que se llama Juan Carcellé. Barras niqueladas y tensas cuerdas. Arenas sobre las que galopan los más famosos corceles germánicos que se vieron en Barcelona, los del domador Althoff. En el frontis del local, monumentales retratos en memoria de unos hombres geniales que vivieron la grácil aventura, siempre renovada, del circo: Rámper, Rívels, Charlot, Grogh, Antonet... Y banderas de todos los países, y osos polares, y payasos, y músicas.

Allí han presentado sus «números» los artistas de más re-



El escultor Ramón Sabi, modela la cabeza estilizada de la trapezista, que piensa, cuando se retire, dedicarse exclusivamente al hogar y los hijos

nombre. Desde Franz Althoff a la «troupe» de piramidistas de Bob Guerri, El «vagabundo» italiano Emilio Zavatta, la señorita Teris Arndé con sus fieras amaestradas, el ciclista malabarista español Kolmedy y los Tres Alava, del circo Price de Madrid. La plana mayor de la pista internacional en Barcelona: eso ha sido el Festival Mundial del Circo 1956.

Entre todos ellos se llevó el mejor trofeo la gracia y el riesgo de nuestra española Pinito de Oro. Porque lejos, en lo alto de la cúpula del local, sin red protectora debajo, ni cuerda alguna para quebrar la posible caída, la maravilla del equilibrio y de la serenidad sobre el «trapecio a vuelo» de la española le han dado merecidamente el triunfo.

—Ha sido para mí un honor muy grande. Estoy emocionada. Ya había tenido otro premio de la televisión cubana; pero éste es el que prefiero, porque me lo otorgan mis compatriotas.

Con estas palabras, la «reina» expresa la alegría del triunfo. Esta mujer joven y bonita que desdena el riesgo de muerte a que se expone durante sus ejercicios tiembla y se le saltan las lágrimas al conocer el galardón obtenido.

PINITO DE ORO, EN EL EL TRAPECIO

Estamos viendo el peligroso ejercicio de Pinito de Oro. Llega a la pista en una carroza dora-

da. Envuelta en gasas azules, parece una coloreada libélula. Se despoja de la capa y ya sobre el trapecio lleva a cabo su «número», tan estremecedor como jamás se vió bajo las lonas. Es la perfección de los movimientos y el escalofrío del equilibrio, apoyando su cabeza —y no el rodete de otros trapecistas— sobre la barra, suspendida en la cruz altísima del local. Los ocho mil espectadores contienen la respiración. Lo inverosímil tiene aquí su realidad. Es imposible desenvolverse con mayor maestría ni pericia.

Cuando terminan los ejercicios y desciende maravillosamente a la pista, una sensación de alivio mueve al público.

—Es lo más arriesgado que he visto yo en toda mi vida.

—Parece ligera como una pluma.

—El menor fallo y se mata cualquier día.

Con divertidas inclinaciones de cabeza a derecha y a izquierda saluda y corresponde a los ovaciones. Dando una carrerita se retira de la pista para volver a salir una y muchas veces más. Todavía no se han apagado los aplausos y envuelta en gasas azules se dirige presurosa al camerino.

La habitación es amplia. Junto al espejo se alinean centenares de «christmas» venidos de todas las partes del mundo. Gran variedad de muñecos y entre ellos, la rechoncha persona de un «Pé-

re Noé». Por los rincones hay lentejuelas y vaporosos tules, que son gala y honor del espectáculo del circo.

Con palabras sencillas, Pinito de Oro habla de la humanidad, del riesgo y la ventura de la gran familia nómada de los artistas de circo. Del dominio de la técnica. De la perfección del oficio, en donde no cabe la fracción del segundo de una duda. Se juega con la muerte. Siempre encomendados al amparo del Ángel de la Guarda, para que tienda sus alas en caso de caída. Y Pinito de Oro habla también de ella.

—Nací en Las Palmas de Gran Canaria. Mi padre, antiguo trapecista, era propietario de un circo pequeño: el circo Segura. El solía guardar la impedimenta en Hueva, y atraído por esta provincia, amante de la tranquilidad, compró una casita en un pueblo pequeño. Me refiero a Niebla, amurallada, junto al rojo paso del río Tinto. Allí precisamente en Niebla pasé gran parte de mi infancia.

La actual «Reina del Circo» era la hija menor de una familia de diecinueve hermanos. Todos trabajaban en la pista: unos en ejercicios de «perchas»; otros, en el alambre, en el trapecio, en la barra. Pero Pinito de Oro no tenía mucho amor a la pista.

EL HALLAZGO DE UN TRAPECIO

—No, señor, de ninguna manera, yo empecé trabajando en el alambre. Reconozco que era bastante mala. O mejor, no tenía entusiasmo por ese trabajo. Mis padres se enfadaban y me reñían por esa falta de amor y de estímulo en mi ejercicio. La verdad: no me movía en el alambre con facilidad, por creer que se trataba de un trabajo rutinario y sin aventura...

Pero un día, arreglando un viejo baúl, Pinito de Oro se encuentra en el fondo una maravilla: un antiguo trapecio que había pertenecido a su padre. Lo anuda como Dios le da a entender y practica las primeras intenciones. Pone voluntad y ahínco. El padre no oculta su satisfacción al observar la vocación de su hija y prodiga los consejos.

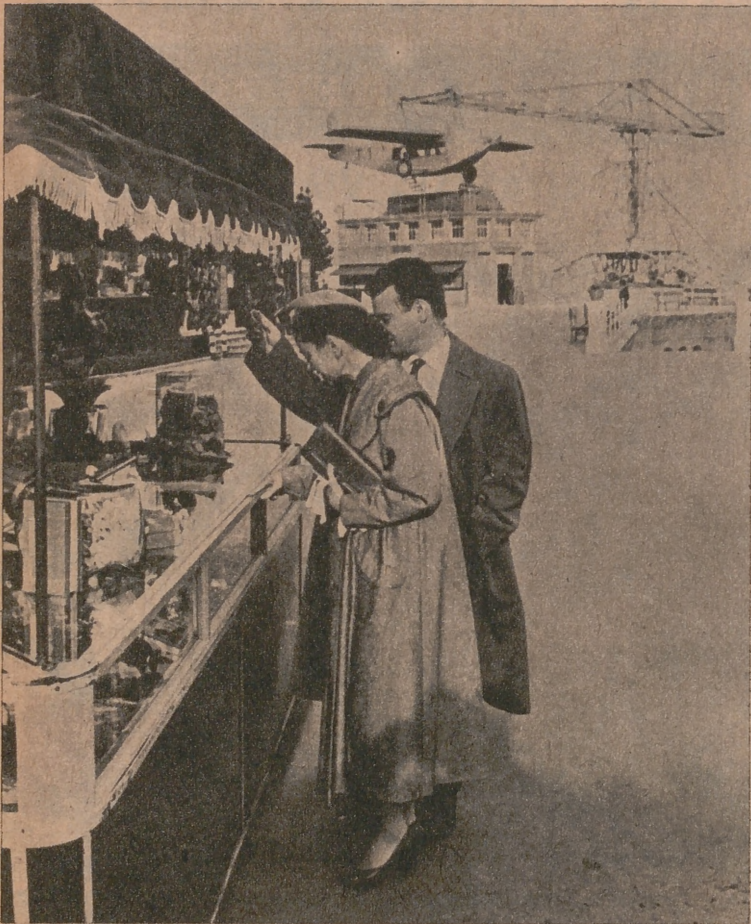
Pinito de Oro consigue cierta maestría en los equilibrios a ras del suelo. Los artistas viejos de la especialidad la vigilaban y la recomendaban constancia.

—No olvides nunca que esto tendrás que hacerlo a muchos metros sobre la arena de la pista.

—Habrás de moverte bajo el impacto de los focos y la inquieta mirada del público.

Pinito de Oro se aplica como una buena niña estudiosa. Pasa largas horas del día ensayando el equilibrio, perfeccionando su técnica, corrigiendo defectos. Hasta que un feliz día se cree preparada para el debut.

—La vida del circo es como medalla: cara de triunfos y con cruz de dolores íntimos. El mismo día que yo estrenaba «mi número», mi madre se puso enferma. Me separé de su cama para subir por la escala hasta el trapecio. Arriba no podía pensar en nada; concentraba mi atención



La feria de las sorpresas. El Tibidabo parece una continuación de la vida ingenua y agitada que se desarrolla bajo la lona trashumante

en el ejercicio. Cualquier fallo era la caída inevitable. Triunfé. Descendí de nuevo por la escala de cuerdas, sonriente. Luego me precipité angustiada hacia el dormitorio de mi madre. Llegaba tarde. Ella, que siempre me había alentado en mi trabajo, había muerto sin presenciar mi debut.

LA TRAPECISTA Y EL MARINO

El amor no andaba lejos de la bonita trapecista por aquellos días de su debut. Cuando va a trabajar a Huelva conoce a un radiotelegrafista de Marina. Las fragancias de los pinos del Conquero y la brisa de la ría son testigos de ese idilio, que terminaría muy pronto en boda.

—Mi vida está ligada al circo. Junto al circo había nacido y junto a él me crié. Por eso quise casarme también en el circo. La ceremonia se celebró el año 1949 en Niebla, ante la presencia de todos los artistas que trabajaban con mi padre. Fué emocionante. Se cumplían así mis mejores sueños.

Pero todo en la pista no son sonrisas y alegrías. La tragedia ronda cada momento.

—Fué en Huelva. Actuaba confiada en la cruz de la lona. De pronto sentí que perdía el equilibrio. Se había roto una barra de las que sostienen el trapecio. No tuve tiempo de pensar en nada.

En la pista, sangre empapando las lentejuelas y las gasas de brillantes coloridos. El público gritaba horrorizado.

—Me recogieron del suelo. Un practicante me hizo la primera cura de urgencia; no esperaban salvarme... Con el derrame cerebral tenía lesionada la espina dorsal. El maxilar inferior también roto... Mi rostro era algo monstruoso. Un doctor de Huelva, el señor Vázquez Limón, cuyo nombre jamás olvidaré, me practicó otra cura. Se negó a hacerme la trepanación, con lo que me salvó para el circo. Recompuso mi maxilar con tal destreza que no se me conoce sutura alguna... Así pude volver de nuevo al trapecio. En Huelva, donde me había salido al paso el amor, me había salido también al paso la muerte.

EN EL RIVER-PLATA DE NUEVA YORK

Después de una penosa convalecencia, Pinito de Oro está resuelta a probar el sabor de la aventura en los grandes espectáculos internacionales.

Estaba el gerente del circo River—el de la película «El mayor espectáculo del mundo»—recorriendo Europa buscando atracciones para sus programas, cuando llega a Murcia.

—Yo sabía que él se encontraba entre los espectadores. Comprendí que mi porvenir dependía de que le agradara mi ejercicio. Puse en el empeño toda mi ilusión y triunfé otra vez. Era el año 1950, el siguiente al de mi boda, y ya tenía un contrato para trabajar en América. La fama empezaba a sonreírme.

También fué una dura prueba para Pinito de Oro la presentación en Nueva York. Hasta entonces había cursado su bachillerato circense y ahora llegaba la



Vestida con su traje circense, muestra radiante el trofeo conseguido en el Festival de Barcelona

reválida, en el marco más suntuoso que puede soñar un artista: en el anillo del River-Plata.

—Soy muy devota de la Virgen del Pino y recé fervorosamente una oración ante una estampa de la sagrada imagen. Después, más segura de mí misma, trepé por la escala de cuerdas. Me aplaudieron mucho, y ello me valió un contrato para trabajar en Norteamérica durante siete años.

Tras recorrer todo aquel país, Pinito de Oro pudo atender a las llamadas que se le hacían desde España.

—El día 4 de diciembre estaba actuando en Miami y el día 5 me encontraba en Madrid para ultimar los detalles del contrato con el empresario Carcellé. Aunque tenía una gira muy remunerativa por América renuncié a todo por la nostalgia de mi Patria. Traía de Estados Unidos muy buenos recuerdos, y entre ellos, uno de los mejores: el día en que me proclamaron en Nueva York «La Reina del Circo».

VIAJAR EN AVION, PEOR QUE EL TRAPECIO

Pinito de Oro es actualmente la mujer más popular de Barcelona. La asedian por todas partes. Le esperan periodistas, micrófonos, aficionados, amigos. Hay huellas de fatiga en su rostro. La fama le impone este precio: tanto incómodo. Ahora entran en



Reto a la gravedad. El reflejo de los focos, el trémolo del trapecio, la tensión de los músculos. Tres hechos y una realidad paradójica



Sobre la pista, ante el «flash» de los fotógrafos y la mirada cordial de espectadores y Jurado, Pinito recibe el galardón

el camerino familiares de su marido que acaban de llegar de Murcia especialmente para saludar a la artista.

—Hay algo peor que mi trabajo y que la popularidad: el viajar en avión. No me preocupa hacer equilibrios en un trapecio a quince metros de altura, como hice en El Rodeo, de Cuba. Sin embargo, cuando viajo entre las nubes experimento una sensación como si perdiera el equilibrio. Y eso a pesar de que puedo contar hasta trescientas horas de vuelo. Es verdadero pánico lo que siento al subir a un aparato.

La vida de Pinito de Oro no se agota con esos viajes y con las actuaciones ante el público. Es aficionada a la literatura y colabora desde hace tiempo en una revista de Nueva York.

—Me gusta escribir; no lo niego. Tengo reunidos bastantes cuentos de circo, que son anécdotas reales vividas por mí. Mi propósito es agruparlos en un volumen.

De la literatura, de esos trabajos publicados en la revista «Temas», de Nueva York, Pinito de Oro pasa a hablar de cine. De las últimas películas realizadas con el tema central del circo. Concretamente, de «Trapecio».

—Como película no está mal. Sin embargo, le falta autenticidad. Creo que el verdadero film de la pista aún está por hacer. Esos odios tremendos, esos hombres que cortan los trapecios para que se caiga la estrella. Esos contrastes entre la miseria y las

galas de la noche del debut son tópicos que dañan a la salud moral del circo. El circo, hay que entenderlo bien, es una gran familia bien avenida; todo el mundo se ayuda, se compenetra y se quiere. Tengo pensado escribir un guión con la auténtica vida del circo, pues sin falsedades hay en ella la suficiente sustancia dramática y humana.

Esta artista del trapecio, aficionada a la pluma, es una infatigable lectora. Sus autores favoritos son Somerset Maugham y los clásicos rusos.

—Soy muy amiga de Hemingway, pero no me gustan sus libros. Se lo he dicho a él. Obras españolas de autores contemporáneos he leído pocas. Conozco «Nada», de Carmen Laforet, y no me agradó demasiado. Hay en esa novela excesivo ambiente de nervosismo y miseria.

UN TELEGRAMA FECHADO EN NIEBLA

A la puerta del camerino están llamando constantemente. A Pinito de Oro le traen muchos paquetes, que los Reyes Magos han dejado con retraso entre sus amigos.

—Lo único que he pedido a Melchor, Gaspar y Baltasar es que me conserven la felicidad actual. Mi marido ha escrito a Sus Majestades para que me traigan un «Biscúter». Es un capricho mío. Vengo de Norteamérica, donde cruzan por las carreteras los grandes automóviles, y me he enamorado aquí de esos cocheci-

tos, que parecen como de juguete.

Pinito de Oro tiene además de este capricho, el de coleccionar muñecas. En Barcelona ha incrementado su número con una, vestida con el traje regional. Muchas de las felicitaciones recibidas con motivo de haber sido proclamada «Reina del Festival Mundial del Circo» han venido acompañadas de un muñeco. Los tiene de todos los tamaños y de todas las procedencias.

—Entre las felicitaciones que he recibido, conservo con la mayor emoción un telegrama fechado en Niebla. Su texto es así: «Te dije que llegarías al pináculo de la gloria. Ya has llegado». El remitente es mi padre.

La «Reina» hace público ahora el secreto de sus triunfos y lo hace con sencillez y modestia. No de otra forma es su carácter.

—Si tuviera que aconsejar a alguien que quisiese dedicarse al trapecio, le diría que lo haga si verdaderamente tiene vocación, si sabe sacrificarse, si lo hace con ilusión. Si toma esto como un oficio, es mejor que lo abandone.

Hay un gesto triste ahora en su rostro. Piensa en ese otro accidente que tuvo en Madrid, en el año 1950. Haciendo el equilibrio de cabeza, sobre el trapecio, se «pasó los riñones». Cayó desplomada. Por fortuna, su marido, que suele situarse debajo del trapecio durante los ejercicios, le rompió la vertical de la caída. Y salvó a Pinito de Oro. Al día siguiente estaba trabajando de nuevo con la misma serenidad.



El saludo y la sonrisa no tienen fronteras en Pinito de Oro. Desde su elegante automóvil plantea el mismo gesto que desde el trapecio

UN CIRCO CUESTA 180.000 PESETAS DIARIAS

El empresario de circo, Juan Carcellé, acaba de hacer su entrada en la estancia de Pinito de Oro. Sus palabras son para dar cuenta de los excelentes resultados del Festival Mundial del Circo 1956.

—Debido al extraordinario éxito, tenemos que prorrogar diez días más el programa y no lo hacemos por más tiempo, debido a exigencias de otros contratos. Puedo anunciar este éxito a pesar de que los gastos diarios estaban calculados en 30.000 duros y luego, en la práctica, han sobrepasado las 180.000 pesetas por día. Como para asustar a cualquiera.

Según este veterano empresario español, el éxito de un programa de circo depende además de las grandes «estrellas», de muchos otros héroes anónimos. Y entre éstos cita a colaboradores como el marido de Pinito de Oro.

—Aquí hay uno de esos que contribuyen al triunfo del espectáculo: Juan de la Fuente, el esposo de Pinito de Oro. Con su experiencia adquirida en Norteamérica, ha montado los trapecios, los alambres... Es esto un mundo técnico difícil y exigente: no caben en él las improvisaciones.

La «Reina del Circo» mira con admiración a su esposo. Es una pareja bien avenida como lo es, en general, la gran familia del circo. Se quieren igual que en los días de Huelva, cuando paseaban

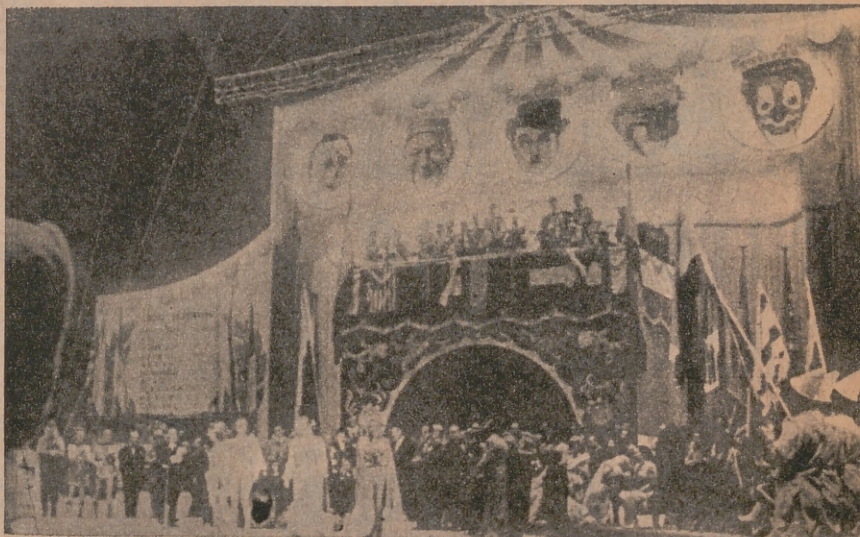
de novios por las calles de esa capital, envueltas por las fragancias de los pinos del Conquero y la brisa de la ría.

—Cuando deje el trapecio y la pista, y no tardaré más de cuatro años o cinco en decidirme, mi comodidad será mi hogar, mi marido, mis hijos, criar gallinas y conejos. Pero no me retiraré por la llamada crisis del circo. El circo, mientras haya niños, no morirá jamás.

Así es Pinito de Oro Así es la

gran familia unida y amorosa del circo, donde sus miembros no se odian, sino que se ayudan, auxilian y consuelan. Porque la desgracia y la muerte rondan entre el rítmico ejercicio y el arabesco de la acrobacia, bajo la lona ancha y redonda que cubre la pista. Esa pista multicolor, tierna y humana, de la que ha sido proclamada «Reina» nuestra bonita artista canaria Pinito de Oro.

Rafael MANZANO



La apoteosis. Ha llegado el momento de la compensación. El riesgo encuentra el laurel milagroso en el aplauso enfervorizado

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,90 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

EL TRAPEZIO, TIERRA FIRME



DINITO DE ORO, REINA DEL CIRCO

MARIA CRISTINA DEL PINO,
E ASUSTA VIAJAR EN AVION

